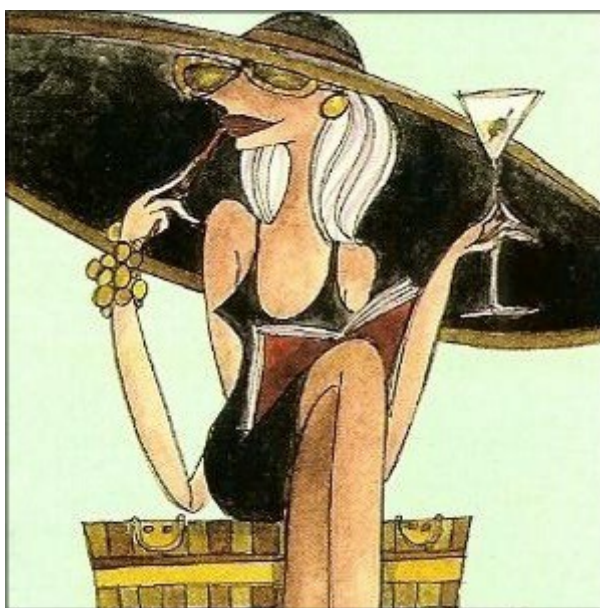


Penelope Parker



LOS HOMBRES
(A VECES, POR DESGRACIA)
SIEMPRE VUELVEN

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	Error: Reference source not found
INTRODUCCIÓN.....	Error: Reference source not found
PRIMERA PARTE: El origen de las Chicas Parker.....	Error: Reference source not found
Capítulo 1.....	Error: Reference source not found
Capítulo 2.....	Error: Reference source not found
Capítulo 3.....	Error: Reference source not found
Capítulo 4.....	Error: Reference source not found
Capítulo 5.....	Error: Reference source not found
SEGUNDA PARTE: El carácter y la personalidad de las Chicas Parker.....	Error: Reference source not found
Capítulo 6.....	Error: Reference source not found
Capítulo 7.....	Error: Reference source not found
Capítulo 8.....	Error: Reference source not found
Capítulo 9.....	Error: Reference source not found
TERCERA PARTE: Ser totalmente Parker.....	Error: Reference source not found
Capítulo 10.....	Error: Reference source not found
Capítulo 11.....	Error: Reference source not found
Capítulo 12.....	Error: Reference source not found
EPÍLOGO.....	Error: Reference source not found
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	Error: Reference source not found



PRÓLOGO

La primera vez que vi a Penelope Parker estaba sentada sobre un taburete en un mercadillo de Shanghai. Rodeada de una nube de vendedores chinos, regateaba animadamente sobre el precio de un par de *qipaos* de seda. Nos presentamos en seguida, dos mujeres occidentales prácticamente de la misma edad. Más tarde supe que estaba en China recopilando información para un libro, el mismo que ahora tengo la satisfacción de presentar.

Poco después de ese primer encuentro me tropecé con ella en París. Todavía recuerdo el enorme esfuerzo de cortesía que tuve que hacer para aceptar su invitación de visitarla en su hotel. Mi marido acababa de abandonarme tras seis años de matrimonio y aunque acudí a la cita decidida a no hablar de ello, aquella noche terminé confesándome con ella. Le hablé de mi frustración por no haber tenido el valor de decirle a mi marido todo lo que pensaba de él. Le dije también que seguía queriéndole y que no sabía cómo podría volver a ser feliz. «No te preocupes —me dijo mientras revolvía un martini con una rama de eneldo— estoy segura de que volverás a verlo. Volverá a ti aunque no quieras; lo hará aunque para entonces ya no te importe. Créeme, Claire, los hombres —a veces, por desgracia— siempre vuelven.»

En aquel momento sonreí, pedí otro martini y, por supuesto, no la creí.

Meses después de aquella conversación me vi obligada a viajar unas semanas a Brasil. Al marcharme dejé grabado en el contestador del teléfono de mi casa un mensaje con la dirección de mi hotel en Rio de Janeiro, aunque mi familia y mis amigos sabían perfectamente dónde localizarme. Ahora que todo ha pasado no me importa reconocer por qué lo hice. Sabía que mi estancia en Brasil coincidiría con mi cumpleaños, el número 33, el primero sin mi marido a mi lado; y por algún motivo, en aquel instante, recordé las palabras de Penelope. No sabría explicar por qué, pero de pronto tuve claro que si había un momento para que él reapareciese, ese momento era aquél. Por esa razón, cuando en la madrugada de mi cumpleaños regresé al hotel y vi una luz roja parpadear en el teléfono pensé que estaba soñando. Sentada sobre la cama, a miles de kilómetros de casa, tuve por fin la confirmación de lo que había escuchado en París. Tras once meses de silencio allí estaba él, desesperado, explicándome desde el contestador cuánto me echaba de menos y cuánto deseaba volver a verme. Cuando el mensaje terminó colgué el teléfono, llamé al servicio de habitaciones y encargué una botella de champagne helado. Después, me eché sobre la cama, levanté el auricular y llamé a Penelope Parker.

CLAIRE

VASSÈ

Praga, 15 de enero de 2005



INTRODUCCIÓN

Examinadlo todo y quedaos con lo bueno.

PABLO DE TARSO, (1 Ts 5,21)

Cierto día de abril, mientras desayunaba con desgana una ensalada de frutas en mi suite del hotel Negresco en Niza, hice uno de los descubrimientos más importantes de mi vida. Aquella mañana, tras repasar mentalmente las rupturas sentimentales que había experimentado hasta entonces y enfrentarme a la aterradora idea de que debía sumar una más a todas ellas, caí en la cuenta de que nadie, absolutamente nadie, podría decirme nunca lo que en aquellas circunstancias necesitaba oír. Al principio me resistí a la evidencia y, como en ocasiones anteriores, recorrí las librerías de medio mundo en busca de respuestas. Fue un esfuerzo inútil. Al igual que otras muchas personas en mi situación, terminé descubriendo que todos aquellos volúmenes seguían un mismo patrón. Obra tras obra y capítulo tras capítulo, psicólogos y terapeutas de todas las escuelas y nacionalidades hablaban de la mejor forma de superar una ruptura sin apenas variar una línea. Primero describían la fase del duelo; después, la aceptación del dolor y finalmente, el temible momento de dejarlo atrás.

El problema era que ninguno de aquellos sabios parecía ser consciente de un detalle fundamental. Yo, sencillamente, no quería dejarlo atrás. Por alguna extraña razón, lo que yo quería era precisamente lo contrario: quería que él volviese, quería que volviese ya, inmediatamente, cuanto antes mejor. Lo que realmente necesitaba, me confesé una tarde al salir de una vieja librería en un suburbio de Ciudad del Cabo, era un manual de instrucciones que me explicase cómo, cuándo y por qué él iba a regresar.

El siguiente paso fue más sencillo. Abandoné mi trabajo por un tiempo, me encerré en la vieja casa de campo de los Parker y comencé a trabajar en un método de actuación propio. A lo largo de más de un año reflexioné sobre mis experiencias sentimentales y sobre las de decenas de mujeres de distintas nacionalidades, edades y ocupaciones que me brindaron sus historias y depositaron en mí su confianza.

De todas esas historias y de todas esas confidencias extraje una conclusión. Después, elaboré un método: el método Parker.

La conclusión, que se resume en el título de esta obra, es que los hombres que abandonan a sus parejas regresan siempre e invariablemente cuando se dan dos condiciones: la primera es que se les haya dejado marchar sin presiones ni reproches; la segunda, que la mujer a la que abandonan sea lo suficientemente fuerte y decidida como para lograr rehacer su vida.

El método para lograr que se den esas condiciones se nutre de grandes dosis de autoestima, resistencia, disciplina y estrategia. Ambos, conclusión y método, están recogidos en el libro y acompañados de casos prácticos.

Antes de terminar estas líneas quiero confesarles algo. Nadie me ha enseñado en las aulas lo que voy a explicarles en esta obra. Mi paso por la universidad me ha resultado de muchísima ayuda en un gran número de ocasiones, pero ni una sola vez me ha servido para solucionar mi vida sentimental. Debo advertirles también sobre lo que no es este libro. Este libro no es una receta mágica y mucho menos un tratado pedagógico. No solucionará por sí solo sus problemas de autoestima, tampoco resolverá sus conflictos con su físico, sus batallas



con los hombres o su tendencia a la autocompasión.

Este libro no es más que una simple herramienta, pero si hacen el esfuerzo de aprender a utilizarla verán cómo poco a poco su mapa del mundo comienza a cambiar. Donde ahora está el norte, en el futuro encontrarán el sur; donde antes estaba el este, ahora verán el oeste. Conseguir dar la vuelta a su atlas sentimental, ése es el objetivo de este libro.

Si están dispuestas a ello, levanten la barbilla, respiren hondo y síganme.

Van ustedes a convertirse en verdaderas chicas Parker.

PENELOPE
PARKER

LOS HOMBRES (A VECES, POR
DESGRACIA) SIEMPRE VUELVEN
Original



PRIMERA PARTE:

El origen de las Chicas Parker



Capítulo 1

Sigúeme y todo irá bien.

J. M. BAHRIE, *Peter Pan y Wendy*

UN PEQUEÑO VIAJE CON LÁPIZ Y PAPEL

La memoria es una eficiente herramienta de discriminación. La entrenamos para retener ciertos fenómenos y por eso mismo nos resulta absolutamente inútil para plasmar muchos otros. Al igual que hay personas que descubren que el mundo está lleno de miopes cuando su oculista les prescribe unas gafas, la mayoría de las mujeres fijamos en nuestra mente nuestros fracasos sentimentales y los de nuestras amigas, pero rara vez nos detenemos a analizar algo tan sencillo como qué paso después, justo a partir del momento en que la última de las heridas terminó de cerrarse. Esto resulta especialmente cierto cuando ese después se produce meses, incluso años más tarde.

¿Qué pasó después? Se trata de una pregunta simple, pero encierra una información crucial. Y para demostrárselo voy a proponerle un pequeño ejercicio de introspección. Sea cual sea la edad que tenga, si está leyendo este libro es porque hay o ha habido en su vida alguna ruptura sentimental traumática y eso es lo único que necesitamos para el ejercicio. ¿Preparada? Sostenga una hoja de papel y un bolígrafo y comience a enumerar los nombres de los novios, amantes o maridos que han pasado por su vida y la han dejado en la estacada. Asegúrese de no dejarse nada en el tintero por doloroso o insignificante que le parezca. Sí, aquel chico tembloroso del primer año de universidad que una noche le confesó que la quería y al día siguiente se escurrió como una anguila también cuenta. Lo mismo ocurre con ese lamentable ex marido inmerso en un proceso por evasión fiscal. O con el novio que se marchó alegremente con su mejor amiga del colegio en el intervalo en que usted se agachaba para atarse los zapatos.

Ahora, tras anotar junto a cada nombre qué pasó después de la ruptura, marque con una equis a aquellos hombres que se arrepintieron de su decisión de abandonarla. Aunque no esté a su lado para comprobarlo estoy segura de que al menos uno de esos hombres se comportó exactamente así. En caso contrario, pruebe a hacer el ejercicio con la vida sentimental de sus amigas. Ahora tiene alguna prueba, ¿verdad?

Lo que pone de relieve este pequeño juego es que por algún designio del destino la mayoría de los hombres se conducen por la vida armados de segundas partes sentimentales bajo el brazo. Desde luego, no es una regla infalible. Hay muchos novios, amantes y maridos que una vez rota la relación no vuelven a nuestras vidas, pero en numerosas ocasiones el proceso es el siguiente: ellos abren la puerta para irse, tras un tiempo prudencial nosotras la cerramos y a los pocos meses, o incluso después de varios años, ahí están otra vez en el umbral, tan frescos, en el mismo punto en que lo dejaron. El regreso a veces es momentáneo, otras resulta definitivo. En ocasiones encuentran a sus novias, amantes y esposas esperándoles con los brazos abiertos; bastante a menudo las encuentran, sí, pero en los brazos de otro.

La gran pregunta es: ¿por qué hacen eso los hombres? Algunos terapeutas, como el célebre John Gray en su bestseller *Los Hombres son de Marte y las Mujeres son de Venus*, sugieren que los hombres se comportan como una suerte de gomas elásticas, de forma que



periódicamente se alejan de su pareja y si no se les presiona vuelven a acercarse de forma natural. Dejando a un lado el hecho de que el concepto de goma elástica hace un flaco favor a la dignidad masculina, hay un aspecto irrefutable en esa teoría. Si revisa nuevamente esa lista de hombres que la abandonaron para regresar después descubrirá un elemento común a todos ellos: se trata de hombres que no fueron perseguidos, presionados ni acorralados cuando decidieron marcharse.

Esto, que puede parecer un detalle intrascendente, es la clave que subyace a todo el método Parker. Es la pieza central del puzzle y sin ella todo el armazón se hunde sin remedio. A primera vista resulta una idea increíblemente sencilla: si quiere que el hombre que la ha abandonado regrese a sus brazos, primero debe dejarle marchar. Parece fácil, ¿verdad? No lo es. Exige disciplina, tesón y autodominio, cualidades que no abundan en las mujeres enamoradas y abandonadas.

Como ya habrá podido adivinar, en este libro aprenderá cómo adquirir esas habilidades.

*Se convertirá usted, sin apenas darse cuenta,
en un modelo de chica Parker*

PRIMERA CONFIDENCIA PARKER

Al igual que todas las mujeres cuyas historias aparecen reflejadas en este libro, también yo he experimentado el curioso fenómeno del hombre que vuelve. Cuando comencé a fraguar esta obra mantuve un serio debate conmigo misma sobre si debía o no volcar mis propias vivencias en el libro, tal y como he hecho con las del resto de las mujeres. Finalmente llegué a la conclusión de que no hubiese sido honesto exponer esas historias y al mismo tiempo ocultar mis experiencias, más aún cuando la verdadera razón que me ha llevado a escribir esta obra son precisamente éstas.

Sucedió hace varios años, cuando yo todavía estaba en la universidad. Un verano, tras una intensa relación de año y medio, mi novio me abandonó inesperadamente y sin una pizca de elegancia. Lo hizo de la noche a la mañana y, como suele suceder en estos casos, lo hizo sin una sola explicación. El día anterior (tome nota de este detalle porque es un clásico en el mundo de las rupturas) me confesó lo increíble, lo profundamente enamorado que se sentía. Al día siguiente, o quizá diez minutos más tarde, al parecer ya no era así.

En aquella época yo no era en absoluto una mujer de mundo, así que pensé que la ruptura era para siempre. Envuelta en un mar de sollozos me refugié en la casa que una de mis tías abuelas posee en el valle de Franschhoek, en Sudáfrica. Allí descansé entre los viñedos, vagabundee en busca de antigüedades holandesas y curé con martinis con eneldo mi corazón roto. Cuando regresé en el mes de septiembre él estaba en el aeropuerto con una preciosa pulsera *art déco* en la palma de la mano a modo de bandera blanca.

Más tarde supe que la pulsera la había elegido su madre.

Pese a que aquel encuentro no presagiaba ya nada bueno, durante los meses siguientes lo intentó una y otra vez. Me explicó que se había asustado, que se sentía perdido, que estaba demasiado enamorado, que tenía miedo. Me explicó todo lo que un chico de 20 años puede explicar a su ex novia para que vuelva con él. Pero yo ya no era capaz de dar marcha atrás. Simplemente, había dejado de confiar en él.

En poco tiempo me marché a estudiar a una universidad de Estados Unidos y conocí al que sería con el tiempo mi novio durante los siguientes seis años. Aquel tenaz ex, siguió escribiéndome y llamándome hasta que cansado de no recibir respuesta, terminó iniciando una nueva relación y un año más tarde decidió casarse. A medida que se acercaba la fecha de la



boda sus mensajes y sus llamadas no sólo no cesaron, sino que se hicieron más y más frecuentes. Una vez celebrada la ceremonia el procesó continuó. Sólo cuando nació su primer hijo terminó al fin y por completo.

Cuatro años después de esa fecha, una mañana me sorprendí pensando en él. De camino al trabajo volví a pensar en lo extraño que resultaba haberle recordado así, de pronto y sin motivo. Cuando 20 minutos más tarde llegué a mi despacho vi que en la pantalla del ordenador parpadeaba un mensaje. No sabía explicar por qué, pero no me sorprendió descubrir que era suyo.

Era un encantador mensaje de apenas dos líneas. Y firmaba: «El hombre al que no le diste una segunda oportunidad.»

Créame, siempre vuelven

¿POR QUÉ ESTE LIBRO HABLA MÁS DE RUPTURAS QUE DE REENCUENTROS?

No sé qué hará usted, pero cuando yo cojo un libro lo primero que hago es leer la primera frase de la primera página y la última frase de la última página. Después, examino el índice. Y si me gusta lo que veo me sumerjo en la obra como en una bañera de agua caliente.

Si ha observado el índice de este libro tal vez le haya sorprendido el ingente número de capítulos que se dedican a la ruptura y la recuperación y el pobre espacio que ocupa la vuelta del hombre que se fue. La explicación es muy sencilla. El método Parker parte de la premisa de que esa vuelta se producirá o no en función de cómo haya sido la ruptura y en función de cómo haya sido la recuperación.

Si tienes 16 o 20 años este libro te enseñará en esos capítulos previos que la única ruptura que parece insuperable es la primera. Te enseñará que si superas una sabrás que puedes superar cualquier otra.

Sin embargo, si es usted ya una mujer, una mujer joven o incluso una mujer madura, tal vez lo que le reste por aprender sea otra cosa. Probablemente le falte darse cuenta de que la suerte es a menudo una consecuencia natural del optimismo, del valor y de las ganas de vivir y no al contrario. O tal vez le falte aprender a cerrar de una vez la puerta, al menos momentáneamente, incluso de un fuerte portazo, para poder abrirla después.

Aunque el objetivo de este libro es enseñarle a alcanzar el equilibrio que permita que las cosas comiencen a cambiar, el camino hacia ese equilibrio es largo. Por eso esta obra dedica tanto tiempo a los hombres, a las mujeres, a sus rupturas, a sus recuperaciones y, finalmente, pero sólo finalmente, a sus reencuentros.

Sí, ahora sí, ahora está preparada para seguir leyendo.



Capítulo 2

No deberá haber errores en la vida de esta Betsey Trotwood.
No jugarán con sus afectos, pobrecita.

CHAKLES DICKENS, *David Copperfield*

ALGUNOS FALSOS MITOS SOBRE ELLOS Y ELLAS

Para una chica Parker, el mundo se divide entre dos tipos de mujeres: las que dan consejos y las que los reciben. Entre las primeras hay una nueva división: una mitad detesta a los hombres y a la otra mitad les encantan. Las mujeres que odian a los hombres suelen argumentar que tienen una buena razón para ello. Endurecidas y crispadas, narran una y otra vez sus malas experiencias y culpan a sus relaciones fallidas del dolor que las inunda y de lo mal que les va en la vida.

En realidad no hay duda de que esas mujeres pueden tener perfecto derecho a odiar y despreciar a uno, dos, tres, diez hombres en concreto, pero no a todos los demás. Para darse cuenta de ello basta con hacer una reflexión tan sencilla como la de recordar cuántas amigas nos han fallado a lo largo de nuestra vida y cómo, pese a ello, no odiamos a todas las mujeres.

Las mujeres que odian a los hombres se caracterizan por aconsejar a las demás que jamás depositen sus esperanzas en un corazón masculino. Con sonrisa maliciosa y mirada compasiva oscurecen las ilusiones del resto de las mujeres con un gesto de sobria suficiencia. El argumento de las mujeres que odian a los hombres es que si una mujer necesita a un hombre, si se abre completamente a él, si le entrega su corazón, entonces él la dejará. Es así, no hay vuelta de hoja. Ha ocurrido durante siglos. No hay nada que hacer.

Por supuesto que este tipo de mujer tiene razón hasta cierto punto. Todos conocemos a esa clase de personas que ponen toda la artillería en una relación cuando ésta apenas ha hecho otra cosa que empezar. Obsesionadas con ese diablo que susurra, al modo del conejo blanco de Carroll, «llego tarde, llego tarde», entregan, sueñan, exigen, interrogan y arruinan en menos de un mes la relación que mantienen.

Mi amiga Sophie, una mujer neozelandesa atractiva, encantadora e inteligente que conocí en México D. F., me llamó por teléfono una mañana cuando apenas llevaba un mes con el hombre con el que salía y me preguntó si era demasiado pronto para decirle que le quería. «Pero si sólo llevas un mes con él —le respondí con el antifaz de dormir todavía sobre los ojos— ¿cómo demonios puedes saber ya que le quieres?» Desde el otro lado del teléfono Sophie insistió con firmeza en que así era. Estaba segura, lo había meditado mucho, no había duda.

Dos meses después de esta conversación matutina aquel individuo la abandonó. Con una falta de elegancia que ni ella ni yo olvidaremos nunca, rompió la relación con una triste postal que deslizó por debajo de su puerta. Una noche, mientras cenábamos en un pequeño restaurante en la colonia Condesa, al sur de la ciudad, recordé a Sophie su entusiasta afirmación del primer mes. Después de meditar un momento reconoció que apresurarse en las relaciones era un defecto que le costaba superar. «Es que si me controlase no sería yo, —me dijo—, y se supone que hay que ser una misma en las relaciones, ¿no es así?» Recuerdo que la miré seriamente y después le dije: «No desde el principio, desde luego. ¿Cuánto tiempo



estuviste viniendo a mis fiestas y aceptando mis martinis con eneldo antes de atreverte a decirme que te parecían intragables?»

Pese a que las *sophies* de este mundo deban aprender a observar cómo se desarrollan los acontecimientos antes de zambullirse de cabeza en una piscina helada, las mujeres que odian a los hombres no tienen razón. Pensar que si una mujer ama a un hombre éste va a abandonarla necesariamente es condenarse a vivir sin amor. Por esa razón, la próxima vez que reciba uno de esos dardos envenenados en forma de recomendación hágase un favor a sí misma y recuerde que nadie, y mucho menos una mujer despechada, tiene derecho a decirle lo que debe hacer.

Acepte consejos, pero acéptelos sólo cuando coincidan con lo que en el fondo usted ya sabe en su interior.

Y sí, esto sirve también para este libro.

ALGUNAS VERDADES PARKER SOBRE EL MISMO TEMA

Cuando la fabulosa Emma Woodhouse de Jane Austen explica a su amiga Harriet por qué una mujer rica no debe preocuparse en absoluto por la posibilidad de quedarse soltera, no sabe que el amor está a punto de llegar a su vida. «Una mujer soltera con una renta muy estrecha debe ser una solterona ridícula, desagradable; la burla apropiada de niños y niñas; pero una mujer soltera de buena fortuna siempre es respetable», explica Emma a Harriet, una chica sin fortuna y sin talento. Exactamente al otro lado de la esquina, nosotros lo sabemos, espera el amor firme y sincero de su amigo el señor Knightley, a punto de entrar en escena. Emma lo ignora, pero al contrario que Harriet no se siente presionada por la búsqueda de marido. Tiene fortuna y puede mantenerse sin la ayuda de un hombre. Es, trasladado a principios del siglo XIX, el esquema de vida de muchas mujeres actuales: independientes económicamente y por lo tanto, capaces de mantenerse por sí mismas. ¿Por qué, entonces, la vulgar obsesión de no casarse sigue atormentando a tantas de ellas?

Estar enamorado es maravilloso, todos lo sabemos. Es una experiencia intensa y enriquecedora. Precisamente por ello resulta sorprendente descubrir cuántas mujeres dejan pasar por alto esa aventura para centrarse en una idéntica obsesión: atrapar a un hombre con el único objetivo de ponerle un anillo, simbólico o real, en el dedo. Cuanto antes, mejor. Aunque la relación no sea exactamente un mar de placidez y felicidad; aunque a veces se sientan incomprendidas y desgraciadas; aunque las cenas en los restaurantes estén llenas de silencios. No importa, hay que formalizar la relación, hay que echar el candado. No hay tiempo que perder.

Sin embargo, el amor no se mide únicamente por el rasero del compromiso, pese a que todos nos sentiríamos mucho más seguros si así fuera. Basta con echar un vistazo alrededor para darse cuenta de que el mundo está lleno de personas atrapadas en relaciones desgraciadas, ya se trate de un mal noviazgo, un funesto matrimonio o una tensa relación de convivencia. Hombres y mujeres infelices que se preguntan a menudo si fuera de sus vidas existe algo diferente, pero que no tienen el valor necesario para salir y averiguarlo. La mujer para esos hombres y el hombre para esas mujeres es sólo un seguro, un soporte, una amarga tabla de naufrago.

Perder a un hombre al que se ama profundamente es muy doloroso. Pero no querer al hombre que se tiene al lado o quererle y no ser lo suficientemente correspondida es mucho, muchísimo peor. Por eso, busque el amor y después construya el compromiso, pero hágalo en ese orden. Y si antes de lograr el compromiso que colme realmente su vida llega usted a amar a varios hombres, abra los ojos y convénzase de que es usted una mujer afortunada.



Mientras tanto, recuerde las palabras de Emma y cuide de sus finanzas.
Porque sin independencia económica —las mujeres lo han aprendido a lo largo de los siglos— no existe libertad sentimental.

¿UNA MUJER DEL SIGLO XX O UNA MUJER DEL SIGLO XXI?

Están por todas partes. Sentadas a nuestro lado en el trabajo o el autobús, retratadas en los periódicos gracias a un nuevo libro, mezcladas con nuestro grupo de amigos, entre nuestras antiguas amigas del colegio, entre nuestras compañeras de gimnasio, en las series de éxito en televisión, en las películas de cine. ¿He dicho antes que el mundo se divide entre mujeres que dan consejos y mujeres que los reciben? Pues bien, no es la única división. En realidad, la más grande, la más importante clasificación del sexo femenino es la que diferencia entre las mujeres del siglo XX y las mujeres del siglo XXI. Y, créame, no estoy hablando de fechas de nacimiento.

Elizabeth von Arnim, una de las escritoras favoritas de cualquier chica Parker, escribió a principios del siglo pasado un maravilloso librito titulado *Elizabeth y su jardín alemán*. Elizabeth es una dama de alta sociedad casada con un barón alemán que encuentra la felicidad en el jardín de la mansión familiar. Completamente entregada a la belleza de la naturaleza, su marido y sus hijas aparecen como personajes secundarios, ajenos a su perfecta comunión con los árboles, los setos, las semillas y los esquejes. Elizabeth es una mujer satisfecha y feliz junto a su marido y sus hijas, pero lo que se advierte enseguida es que también lo habría sido (aunque seguramente de forma diferente) si no hubiese tenido ni un marido ni tres niñas. Porque Elizabeth tiene un proyecto, tiene un secreto, tiene una pasión propia y exclusiva: tiene un jardín.

La mujer del siglo XXI, como Elizabeth von Arnim, desea el amor, es feliz cuando lo encuentra y desgraciada si lo pierde, pero no hace de él su único timón, su brújula, el centro de gravedad de su existencia. La mujer del siglo XX hace del amor un fin desesperado: no busca un hombre, busca un marido. Mientras la mujer del siglo XXI vive el amor como una parte fundamental de su existencia, la mujer del siglo XX no concibe la vida sin una relación que la sostenga.

Celia, una mujer a la que entrevisté para elaborar esta obra, solía enterarse de la profesión de un hombre antes de acercarse a él. Si la información no satisfacía sus expectativas borraba al candidato de su lista. Su hombre ideal no era inteligente, honesto, divertido, tierno y afectuoso. Su hombre ideal tenía una casa, un coche, un título universitario y un puesto directivo en una empresa. «No estamos para perder el tiempo», me advirtió muy seria una noche cuando le pregunté cómo era posible que basase su elección en semejantes parámetros. «Te equivocarás», le dije yo. «Puede ser, pero por lo menos no me quedaré soltera», me contestó. «¿Y después, qué?», volví a, preguntarle. No me respondió.

En su delirio por conseguir un compromiso, Celia era una parte de la noche. Trabajaba de lunes a viernes en un bufete de abogados con el único objetivo de salir el fin de semana y rastrear la ciudad en busca de candidatos. No leía demasiado, no iba a menudo al cine, veía a sus amigas por las noches y basaba sus conversaciones en las características de aquellos hombres que la obsesionaban. No viajaba apenas, tampoco tenía proyectos sobre sí misma y su futuro, fuera de conseguir un novio y transformarlo rápidamente en marido.

Seguro que conoce usted a alguna Celia, todo el mundo las conoce. Tal vez ha sido usted una de ellas, quizá incluso todavía lo es. Y si ése es el caso, hágase la siguiente pregunta: si Celia no consigue su objetivo, si fracasa finalmente, ¿qué quedará de ella? Si echa la vista atrás, si examina esos terribles años malgastados, ¿qué es lo que recordará?



Las mujeres del siglo XX se pasan media vida cavando una fosa. Cuando finaliza el plazo que se dan a sí mismas para conseguir lo que desean ya están atrapadas dentro de ella.

No saben que el enemigo está en su propia casa.

MUJERES QUE AMAN (SÓLO) CON EL CEREBRO

A estas alturas debe estar preguntándose ya, qué demonios tiene que ver todo esto con el hombre que vuelve. La respuesta es mucho. Si el método Parker se basa en que los regresos sentimentales masculinos se producen cuando se dan dos circunstancias muy concretas —que se les haya dejado ir sin escenas ni presiones y que la mujer que han abandonado sea capaz de rehacer su vida sin ellos— será necesario analizar qué tipo de comportamientos y qué tipo de mujeres son las que hacen de esa empresa un imposible. Hemos hablado ya de las mujeres del siglo XX y de su nefasta relación con los hombres. Ahora vamos a ocuparnos de un grupo de mujeres que están muy relacionadas con ellas: las mujeres que aman al hombre como institución.

Durante el tiempo que pasé en Francia entrevistando a mujeres para este libro, conocí a una mujer llamada Anette. Al contrario que la mayoría de los mortales, Anette presumía de no haberse enamorado nunca, aunque deseaba casarse y tener hijos lo antes posible. Vivía con su familia y trabajaba en la empresa de su padre, rodeada de tíos, hermanos y abuelos. Como esos simios que avanzan por la selva de liana en liana, Anette dejaba a un hombre sólo y exclusivamente cuando tenía a otro en sus manos.

No lo hacía porque hubiese dejado de querer a uno y comenzado a amar a otro, tampoco porque le resultase excitante o atractivo el cambio. Lo hacía simplemente porque aquel nuevo hombre la acercaba un poco más a su objetivo: casarse y marcharse de su ciudad.

«He sido la niña, después la adolescente, luego la novia, ahora me toca ser la esposa y después la madre. Son las etapas que las mujeres debemos pasar», solía decir.

Hoy Anette tiene un flamante esposo y un bebé precioso. Aunque de vez en cuando confiesa con franqueza que su marido es un estorbo, tampoco duda al afirmar que en conjunto es feliz. Al menos, todo lo feliz que alguien en su situación puede ser. Probablemente todo lo feliz que se puede llegar a ser viviendo con alguien a quien no se respeta del todo y del que no se ha estado nunca enamorada.

Las mujeres como Anette no aman a los hombres por sí mismos, aman a los hombres como institución. Desean el matrimonio como esquema de vida, como estado civil, como contrato con derecho a casa, alimentos y viaje anual. Las *anettes* pertenecen a esa clase de mujeres para las cuales la mayor tragedia de una ruptura sentimental no es la pérdida del hombre al que querían, sino el temor a no encontrar otro. Como si ese otro fuese un traje a medida hecho con una perfección tal que en él pudieran encajar todo tipo de candidatos.

Para Anette fue finalmente Patrice. También podría haber sido Pierre o Jean-Louis o Giscard.

La mayoría de nosotros nos enamoramos de alguien en concreto, de alguien con una personalidad y unas cualidades determinadas. Esa norma tan sencilla no rige, sin embargo, para las mujeres que aman al hombre como institución. Para ese tipo de mujer los hombres equivalen a piezas de mercado intercambiables. Los hay más caros y más baratos; los hay de oferta y los hay de saldo; los hay que salen bien y los que salen mal; los hay con garantía y los hay sin servicio técnico que los avale.

Eso sí, los hay, que es lo importante.

Las mujeres que aman al hombre como institución ignoran que el éxito en el amor no se



rige únicamente por el busca y encontrarás. Tampoco —excepto para quienes quieren un matrimonio a toda costa, no importa de que clase— por el occidentalismo de el que la sigue la consigue.

Las chicas Parker confían en LaoTse para estas cosas.

*Y por eso creen que en el amor,
el que se empeña fracasa.*



Capítulo 3

No te dejaré marchar si no me das tu bendición.

ISAK DINESEN, *Memorias de África*

UNA RUPTURA PARA CADA MUJER

Una chica Parker, al menos una que se precie, debe tener en su haber alguna ruptura espantosa. No se trata de que sea necesario, pero desde luego es conveniente. Una chica Parker sabe muchas cosas de la vida y la única forma de saber cosas de la vida, desengañarse, es haber pasado malos tragos. No tan malos que lleven a no tener ilusión por seguir adelante, pero sí lo suficientemente malos como para permitir que una se conozca a sí misma. Si hemos clasificado a las mujeres de este mundo entre mujeres que dan consejos y mujeres que los reciben, entre mujeres del siglo XX y mujeres del siglo XXI, entre mujeres que aman al hombre como institución y mujeres que aman de verdad, nada más natural que concluir que las rupturas de todas ellas sean diferentes también.

Hay un tipo de mujer que se repone a toda velocidad de las rupturas; un tipo de mujer que llora dos días, se lamenta cuatro y el séptimo está surcando la noche o el día en busca de otro candidato. Como ya hemos comentado en el capítulo anterior, el dolor de estas mujeres no proviene de haber perdido a su novio, marido o amante, sino del temor a no poder encontrar otro. Es por eso que sus disgustos terminan justo en el momento en que encuentran sustituto.

Como ya habrá adivinado si ha llegado hasta aquí, este libro no se ocupa de ese tipo de rupturas. Se ocupa, por el contrario, de las rupturas de las mujeres que aman de verdad. De las mujeres que se equivocan, que se ilusionan, que se obsesionan, que juzgan mal a su pareja, que adelantan acontecimientos, que dudan, que insisten y que fracasan, pero que aman de verdad.

«Cuando las mujeres fracasan, entonces el fracaso debe ser un reto para las otras», escribió la aviadora Amelia Earhart a su marido poco antes de que su avión desapareciese en el Pacífico en 1937. Como Earhart, las chicas Parker consideran que los fracasos son retos, pero no sólo para las otras (¿a quién le importan en ese momento las otras?), sino también y principalmente para una misma.

Un fracaso es un final y eso nadie puede cambiarlo. Pero un final es también la antesala de otro principio.

De usted depende el aprovecharlo.

COMENZAR LA LABOR MÁS IMPORTANTE

Cuando rompí con mi segundo hombre que vuelve, pasé cuatro meses intentando averiguar qué había pasado realmente entre nosotros. Fueron cuatro meses de tristeza y oscuridad, de pensamientos recurrentes y obsesivos, de análisis entre amigas y de análisis en



soledad, de insomnio. Cuatro meses perdidos en tratar de entender algo que, como descubrí más tarde, no tenía ni la mitad de la importancia que yo le daba entonces. ¿Por qué me ha dejado?, me preguntaba. ¿Qué es lo que ha pasado?

Me obsesioné profundamente en esa época, me obsesioné al igual que en situaciones similares se obsesionan tantas y tantas mujeres. Me obsesioné sólo para llegar a la conclusión, varios meses más tarde, de que la razón de una ruptura es la parte menos importante de todo el proceso. Porque, al fin y al cabo, tanto si se trata de una crisis de inmadurez, de un mar de aburrimiento, de falta de comunicación o de la aparición de una tercera persona en escena, lo importante, lo verdaderamente importante es que ese hombre ha dejado de quererla o, al menos, ha decidido alejarse de usted. Con esto no quiero decir que haya que renunciar a averiguar la razón por la que la relación se termina, pero sí que esa necesidad no puede convertirse en una obsesión y menos aún en un arma con la que maltratarse a una misma o con la que maltratarle a él.

Cuando dos años después de la ruptura mi segundo hombre que vuelve regresó, yo estaba felizmente enamorada de otro. Él no lo comprendió, no comprendió cómo después de cuatro años de relación y una ruptura tan terrible había dejado de quererle y había comenzado a querer a otro. Y entonces, lo recuerdo muy bien, se inició el mismo interrogatorio que yo me había hecho a mí misma durante aquellos primeros meses, pero en dirección opuesta. ¿Por qué has dejado de quererme?, me preguntaba ahora él. ¿Cómo ha podido desaparecer todo eso si me querías tanto?

Fue entonces cuando descubrí que no es fácil saber por qué se deja de querer a otra persona. No es sencillo explicar por qué un buen día una se desenamora, por qué cuando llega el reencuentro se es incapaz de volver a sentir aquel afecto, aquel amor. No es fácil analizar por qué no se percibe la personalidad del otro tan intensamente como antes, no se encuentra su voz tan cálida, no se siente el impulso de abrazarle o de besarle, no se experimenta ese sentimiento que parecía inextinguible.

El amor se termina algunas veces. En otras ocasiones se adormece, hiberna y finalmente regresa. Las razones existen, desde luego, pero no son tan importantes como el hecho en sí. En el fondo, desde su punto de vista debería darle igual que su marido la haya dejado por una crisis de edad que por un enamoramiento repentino. Lo importante es que la ha dejado.

Y lo importante es que a partir de ese momento es cuando usted debe comenzar la labor más importante de su vida: recuperarse.

Hágame caso y empiece hoy. No tiene tiempo que perder.

LAS RUPTURAS INEXPLICABLES NO EXISTEN

Hace cuatro años, mientras sobrevolaba los Andes en un vuelo de Buenos Aires a Santiago de Chile, tuve uno de esos extraños momentos de lucidez que algunas personas califican de revelaciones. Quizá fuese la mezcla del tercer *dry martini* con eneldo que tenía entre las manos, la música que sonaba en mis auriculares o la impresionante belleza de los lagos que salpican las montañas nevadas de la cordillera. Tal vez fuese un golpe de suerte o quizá una casualidad. Lo único que recuerdo es que en ese momento, mientras observaba el paisaje suavemente adormilada en mi butaca de primera clase, tuve la certeza absoluta de una gran verdad: no existe eso que la gente llama rupturas inexplicables. Existen rupturas, desde luego, y algunas son inesperadas. Pero lo que no pueden considerarse en ningún caso es inexplicables.

Todo es una cuestión de perspectiva. La perspectiva para una chica Parker es como un



ángel de la guarda: nunca falla. Aunque ya hemos dicho que la razón de una ruptura es la parte menos importante del proceso, si usted ha roto recientemente con su novio, marido o amante y no encuentra explicación, hágame caso: relájese y espere. Deje pasar el tiempo, haga otras cosas, practique aficiones, vayase de viaje, recupérese y conozca a otras personas. Una mañana, como por arte de magia, la respuesta estará ante su puerta. Sin necesidad de buscarla, sin tener que atormentarse dándole vueltas una y otra vez. La verdad vendrá a usted. Y ese día entenderá por fin por qué él se fue.

Esto no implica que la ruptura tenga siempre un motivo razonable y lógico. Algunas veces será así, otras la explicación no tendrá para usted en un principio ni pies ni cabeza. Pero, poco a poco, el *puzzle* comenzará a recomponerse. Tal vez descubra entonces que la relación era demasiado agobiante. Quizá ninguno de los dos pasaba tiempo con sus amigos o con su familia. Puede que usted o él fuesen demasiado dependientes y ello terminase siendo una carga demasiado pesada para uno de los dos. O también pudo deberse a aquellas terribles discusiones que terminaban en acercamientos cálidos y románticos, pero que él conservaba amarga y silenciosamente en su memoria. Tal vez ya no tenían nada que decirse y se pasaban las noches en los restaurantes mirando a las parejas sentadas cerca de ustedes.

No es fácil reconocer la verdad cuando el dolor nubla la vista. Tampoco es fácil hacer autocrítica y todavía menos asumir la parte de culpa que se debió al otro, especialmente si aún está usted muy enamorada de él. No es fácil reconocer, por ejemplo, que la capacidad de las mujeres para borrar de su memoria las discusiones (sobre todo, si ellas han sido las responsables de iniciarlas) es incomparablemente mayor que la de los hombres. No es sencillo darse cuenta de que la reconciliación no borraba el daño con la misma facilidad en él que en usted. Y tampoco lo es aceptar que el amor no siempre es suficiente.

Muchas mujeres pasan media vida sin darse cuenta de que el amor, por sí solo, no apuntala una relación si existen otros elementos y circunstancias que sabotean continuamente ese sentimiento. Desesperadas tras una ruptura se hacen siempre la misma pregunta: ¿cómo pudo ocurrir si me quería?

Créame, ocurre. Y si quiere usted convertirse en una chica Parker debe aprender a aceptarlo. Del mismo modo que debe aprender a reconocer las minas, los tropiezos y los socavones que debilitaron la relación y acabaron con ella.

*Una vez que los haya mirado a la cara,
de frente y sin excusas, habrá recorrido ya medio camino.*

UNA CHICA PARKER BUSCA INSPIRACIÓN

Es una verdad universalmente reconocida que a todos nos atraen (al menos, momentáneamente) los opuestos. A los extrovertidos les gustan los introvertidos; a los habladores, los callados, a los tímidos, los decididos, a los suaves, los enérgicos, y a los intensos, los volubles. Esa característica que todos llevamos dentro es especialmente útil para una chica Parker en el momento de la ruptura. Porque es la medida que nos ayudará a distinguir con claridad a dos tipos de mujeres que pueden ser fundamentales en nuestras vidas: las mujeres para inspirarse y las mujeres de las que huir.

Tal vez no sea su caso, pero yo tengo una selección muy concreta de mujeres en que inspirarme. La mayor parte de ellas son personajes literarios, otros son cinematográficos. Hay varias escritoras, alguna que otra actriz y, desde luego, muchas mujeres de mi familia: una bisabuela, dos abuelas, una ingente multitud de tías abuelas y, claro está, mi propia madre. También hay varias personas con las que he tenido la fortuna de cruzarme en mi vida. Más de



una ha sobrepasado ya la barrera de la madurez. Algunas son ya unas maravillosas, espléndidas ancianas.

Todas esas mujeres tienen algo que yo no tengo o al menos lo tienen en mayor medida que yo. Ése es el motivo por el que me atraen, me inspiran, me dan fuerza y energía. Coger un libro y fundirse con la personalidad de una mujer que inspira es una de las mejores terapias contra el dolor, el desaliento y la tristeza. Y lo mismo digo de levantar el teléfono y hablar con esa amiga o con esa hermana que tranquiliza, que calma o, por el contrario, que hace reír, alegra el día, obliga a levantarse de la cama.

Por desgracia, también existe el extremo opuesto. Hay veces en que una se descubre rodeada de mujeres terribles de las que mejor sería huir. En ocasiones es una situación evidente, otras resulta más sutil y por lo mismo más peligrosa. Identificar a una persona de estas características no requiere demasiado esfuerzo. Mezquinas, poco comprensivas, envidiosas o, simplemente, torpes no son las personas adecuadas para capear una ruptura.

Cortar esos lazos opresivos es más que una elección, es una necesidad. Esa amiga que llama de vez en cuando para hablar de los viejos tiempos, como si el futuro fuese un pozo negro y el pasado la única fuente de felicidad posible, debe ser desterrada. Esa otra que mira de arriba abajo cuando se estrena un vestido que ha consumido la mitad del sueldo, abre la boca como si fuera a decir algo y después calla, tiene que correr el mismo destino. Lo mismo ocurre con esas amigas que toman a los demás como paño de lágrimas o receptáculo de alegrías sin perder un instante en preguntar y en escuchar.

La lista puede ser interminable, pero la regla de oro es sencilla: nadie, absolutamente nadie que no despierte en usted una desbordante energía, unas fuertes ganas de vivir y un sentimiento de lucha y coraje debe estar a su lado si acaba usted de pasar por el trance de haber sido abandonada por el hombre al que ama.

Busque a esas mujeres talismán, búsquelas en su familia, en la literatura, en el cine o en la calle. Búsquelas entre sus amigas, entre sus compañeras de trabajo, entre sus conocidas del gimnasio, en la clase de yoga, en el taller de pintura o en el de restauración. Búsquelas, aférrese a ellas con fuerza y abandone después a todas las demás, abandone sus lastres.

No deje que le tiemble el pulso.



Capítulo 4

Odio y amo. ¿Por qué lo hago?, quizá te preguntes. No lo sé, pero eso siento. Y me tortura.

CATULO

EL ARTE DE SER ADMIRABLEMENTE RECHAZADA

Las novelas británicas del siglo XIX, verdaderas biblias para cualquier chica Parker, muestran siempre a hombres admirablemente rechazados. Tanto Elizabeth Gaskell como Jane Austen presentan a personajes masculinos adorables, que resultan todavía más adorables tras ser humillados por las protagonistas de sus novelas, jóvenes profundamente inteligentes y siempre, siempre, honestas.

Sin embargo, ser rechazado en la vida real no resulta en absoluto admirable. No hay rastro de la atractiva dignidad con la que Gaskell y Austen revisten a sus galanes cuando una se enfrenta a ese trance. No hay grandiosidad de carácter, no hay últimas palabras lapidarias, no hay salidas elegantes, no hay miradas de encendido desdén. «Me parece que piensa usted que mi amor la deshonra. No puede evitarlo. Yo, aunque quisiera, no puedo librarla de él. Y no lo haría aunque pudiera. No he amado a ninguna mujer: he estado siempre demasiado ocupado, demasiado preocupado por otros asuntos. Ahora amo, y seguiré amando. Pero no tema demasiadas demostraciones de mi parte», explica con un desprecio irresistible el John Thornton de *Norte y Sur*, la novela de Elizabeth Gaskell.

Sí, en la vida real hay que tener mucho estilo, mucho autodominio y, sobre todo, mucha práctica para conseguir (en caso de que sea estrictamente necesario) ser admirablemente rechazada. Es una habilidad y como tal puede aprenderse, pero requiere realizar antes de nada un profundo examen de conciencia.

Volemos de nuevo hacia el pasado como hicimos en el capítulo 1. Visualice su primera ruptura, no la primera gran ruptura, sino simplemente la primera. ¿Hubo lágrimas? ¿Hubo gritos, reproches o portazos? Anote cuidadosamente en su cuaderno cualquiera de estas incidencias violentas. Visualice de nuevo el momento, la cara de él, las palabras de usted, la tensión de la conversación. Visualícelo y después avance unos días en su memoria, unas semanas, incluso un par de meses. ¿Le pidió una y otra vez que volviera con usted? ¿Le llamó por teléfono para rogarle que le explicara sus motivos? ¿Le escribió cartas o mensajes? ¿Interrogó a sus amigos? ¿Se hizo la encontradiza en los lugares que él frecuentaba? ¿Mantuvo relaciones ocasionales con él?

No se preocupe si ha contestado afirmativamente a algunas o incluso a todas estas cuestiones. Todas ellas son actitudes habituales en gran parte de las rupturas de las mujeres normales. Sin embargo, de ahora en adelante usted va a dejar de ser una mujer normal. Va a convertirse en una chica Parker y ello implica desterrar de raíz todos esos comportamientos. Como el fascinante John Thornton de Elizabeth Gaskell, debe usted tener presente y hacer comprender a cualquier hombre que pretenda abandonarla, ahora y en el futuro, que no debe temer «más demostraciones de afecto» por su parte.

Cualquier mujer podría permitírselos, cualquier mujer menos usted.



*Porque usted ha dejado ya de ser una mujer cualquiera.
No debe olvidarlo.*

PERO, ¿QUIÉN HA DEJADO A QUIÉN?

Si no puedo llorar, no debo gritar, no se me permiten los reproches, se me prohíbe escribir, se me impide llamar, buscar o suplicar... ¿qué debo hacer?, se estará preguntando al llegar a este punto. O para decirlo de otra forma: ¿es posible hacer alguna otra cosa? Si ha hecho usted bien los deberes debería conocer la respuesta a esta pregunta.

Recordemos que la teoría sobre la que se sustenta este libro afirma que los hombres que abandonan a sus mujeres terminan regresando a los brazos de éstas siempre y cuando se den dos condiciones: que se les haya dejado marchar sin escenas ni presiones y que las mujeres a las que han abandonado sean capaces de rehacer completamente sus vidas sin ellos. «Que se les haya dejado marchar sin escenas ni presiones», ahí tiene usted su respuesta. ¿Y qué hay que hacer para lograr esa hazaña? Mantener la calma, ni más ni menos.

—¿Cómo sigue mi primo, el señor Forsyte?

El hombre comprimió sus labios.

—¡No se espera que pase de esta noche, señor!

Soames sintió algo, como si su chaleco le apretara ligeramente.

—¿Tiene conocimiento?

—Sí, señor.

—¿Quiere pasarle mi tarjeta? Es posible que le complazca verme

Esta escena, un extracto de *El Mono Blanco*, la novela del premio Nobel británico John Galsworthy, explica de un modo admirable el concepto de mantener la calma «Soames sintió algo, como si su chaleco le apretara ligeramente» cuando le comunican que su primo se encuentra agonizante y, pese a que no se espera que éste supere la noche, solicita educadamente al mayordomo que le entregue su tarjeta, ya que es posible que al moribundo «le complazca» verlo. No, no voy a pedirle que se comporte usted como este magnífico personaje, pero sí que practique una cierta aproximación.

Cuando un hombre decide dejar a una mujer la primera manifestación de ésta suele ser la sorpresa, después, la incredulidad y, finalmente, el dolor. Ese es el orden natural de los sentimientos en esas circunstancias y está bien dejar que así sea. De lo contrario podría dar la impresión de que la ruptura no le importa en absoluto o, lo que es peor, que está usted plenamente de acuerdo con ella. No sería sincero, no sería honesto y, sobre todo, no resultaría inteligente.

Pero una vez mostrada su sorpresa, manifestada su incredulidad y exhibido su dolor puede hacer usted dos cosas: continuar por ese camino en un torbellino de violencia verbal y desesperación o explicar con calma y sinceridad sus sentimientos, escuchar los de él, preguntar si hay alguna posibilidad de meditar esa decisión y, una vez obtenida la respuesta negativa, aceptarlo con entereza y elegancia. Es más, si es usted una alumna aventajada tal vez logre ponerle la guinda al pastel asegurándole que ha sido usted muy feliz con él, que siempre recordará su relación de una forma muy especial y que está convencida de que con el tiempo verá con claridad que no habría podido ser feliz con alguien que, como él, no estaba total y absolutamente enamorado de usted. Si lo hace usted bien, realmente bien, tal vez consiga que su hombre salga de la habitación preguntándose quién ha dejado a quién.

Dejarle marchar, ésa es la clave. Y para animarse en el proceso nada mejor que recordar



que ese esfuerzo inmenso, esa actitud serena ante el dolor es el primer episodio de una batalla, el primer eslabón de una estrategia diseñada cuidadosamente para conseguir que vuelva.

*Una retirada a tiempo es, también en este caso,
la primera victoria importante.*

LAS CHICAS PARKER NO LLORAN

No llorar más de lo necesario y hacerlo siempre en privado o al menos en silencio es una máxima que debería enseñarse en las escuelas. No sólo porque sollozar en público resulta terriblemente incómodo para quien presencia la escena, sino porque destroza los ojos, enrojece la nariz e hincha el rostro. Las mujeres, por educación o por cualquier otra razón, tendemos a intensificar nuestros momentos emocionales con mares de lágrimas. Desde nuestra más tierna infancia se nos ha animado a estimular este resorte emocional como una forma de dar rienda suelta a nuestros sentimientos. Es una ventaja indudable desde el punto de vista de la salud mental, ya que al contrario que la mayoría de los hombres, que no suelen hacer uso de este recurso, las mujeres somos capaces de sacar al exterior todo el dolor, la tensión o la frustración que llevamos dentro. Pero es al mismo tiempo una muestra de falta de control y el resultado de un mito aprendido, una vez más, desde la cuna.

Los hombres no pueden resistirse a las lágrimas. Este es el falso, el nefasto aforismo que ha lanzado de cabeza a tantas y tantas mujeres a lo largo de tantas y tantas generaciones hacia el más profundo de los errores. Porque, pensemos un poco, ¿por qué razón habría de conmover a nadie —a no ser que se trate de una tragedia realmente importante— la visión de un ser deshecho en lágrimas, con el rimmel corrido, la nariz roja e hinchada y la mandíbula desencajada? ¿Alguna vez se ha mirado usted al espejo en semejante trance? Y si lo ha hecho, dígame, ¿acudiría usted con ese aspecto a una cita? ¿Cree que tendría alguna posibilidad de cerrar el encuentro con éxito? Pues si no es así piense en ello la próxima vez que se disponga a chantajear, consciente o inconscientemente, a un hombre con sus lágrimas. Podrá hacer que se apiade de usted, podrá hacer que la contemple con lástima, pero no conseguirá más. Le hará angustiarse, le hará sentirse culpable, le hará incluso reconsiderar momentáneamente la decisión, pero no conseguirá más.

A no ser que pertenezca usted a ese reducido y mítico club de mujeres que saben llorar sin perder el buen aspecto, contenga las lágrimas, dé media vuelta y márchese (sin tropezar con ningún mueble) y en silencio.

SER CUALQUIER COSA, EXCEPTO NATURAL

De los años sesenta a esta parte las mujeres hemos sido bombardeadas con la dictadura de la naturalidad. Comenzaron las feministas —esas mujeres terribles que ahora sobrepasan con creces los sesenta años— desterrando el sujetador, abogando por el fin de la depilación y despreciando el maquillaje. Afortunadamente, hoy ninguna mujer que se precie maldeciría un sujetador, el láser nos ha librado definitivamente del sufrimiento periódico de la depilación y el negocio de la cosmética avanza viento en popa, nutrido por los bolsillos de millones de mujeres y de hombres. ¿Hemos llegado al fin de la naturalidad? En realidad, probablemente hayamos alcanzado el ansiado punto medio. Hemos tomado lo artificial, lo hemos utilizado para potenciar y perfeccionar lo natural y hemos logrado algo que podría definirse como la



naturalidad artificial, un concepto que ha inundado nuestras vidas, se ha instalado en nuestros cuerpos, ha revitalizado nuestros rostros y ha refinado nuestros comportamientos.

Las chicas Parker, más que ningún otro tipo de mujer, saben el elevado precio que puede tener la dictadura de la naturalidad y conocen el incalculable valor de dominar el arte de la naturalidad artificial, más aún en el caso de una conversación de ruptura. Seguro que estará usted de acuerdo conmigo en que no hay nada peor que terminar una escena de abandono con la sensación de haber dicho mucho más de lo que se quería decir, haber confesado verdades que jamás pensó revelar y haber lanzado a la cara del otro ese tipo de afirmaciones que son imposibles de retirar y muy difíciles de olvidar.

Como me dijo en una ocasión Martina, una chica polaca a quién entrevisté para el libro, al contarme cómo su marido la había dejado a los dos meses de dar a luz a su segunda hija, «la naturalidad, Penelope, me habría llevado a cortarle el cuello. Cualquier otra cosa diferente a eso no formaba parte ya de un comportamiento natural en mí».

Martina no creía en el valor de naturalidad. Yo sí creo en él, aunque con matices. Creo firmemente que, como ocurre con tantas cosas, la naturalidad debe dosificarse. Creo que cualquier persona debe ser natural y sincera nueve de cada diez veces en su vida, ser espontánea, ser tal cual es. Pero la décima vez debe reservarse para una ocasión especial. La décima vez debe servir para animar a ese amigo que está pasando una mala racha que le provoca inseguridad, para apoyar a esa persona que quiere y que está a punto de afrontar un proyecto en el que usted no tiene fe, para convertir un encuentro de ruptura y abandono en una estrategia militar que minimice las consecuencias de la escena y le permita salir airosa de ella.

«Me atrevería a aconsejarle que aprenda usted a dominarse, ya que no todo el mundo podrá comprenderla como yo y su inexperiencia podría acarrearle alguna desgracia», responde Eugenio Onegin, el protagonista del poema de Pushkin, a una humillada Tatiana cuando ésta le abre sin reservas su corazón y le confiesa su amor.

Pero, ¿qué significa «dominarse» en la práctica?

Vayamos por partes. En primer lugar, y como ya hemos analizado en el epígrafe anterior, dominarse significa abandonar definitivamente las lágrimas. Significa también controlar ese terrible impulso de decir al hombre que se va una y otra vez cuánto le quiere, lo loca que está usted por él y lo mucho que sufrirá si la abandona. Significa morderse la lengua y evitar pronunciar palabras desagradables, ya sean insultos, reproches o alusiones a viejas rencillas. Significa abstenerse de culparse a sí misma y ante él de la ruptura y del abandono. Significa, finalmente, pensar un poco antes de confesarle —ya sea por culpabilidad o por despecho— cualquier acto o circunstancia que el día anterior o incluso diez minutos antes ni se le hubiese pasado por la cabeza confesar.

Una mujer naturalmente artificial deja que se le llenen los ojos de lágrimas, pero no se abandona al llanto. Da entender que no desea la ruptura y que ésta le duele, pero no insiste. Deja claro que no entiende el comportamiento del hombre que la abandona, pero no hace reproches ni saca a relucir viejas rencillas. No le culpa explícitamente de la ruptura, pero mucho menos se culpa a sí misma. Y, por último, no se deja llevar por las emociones hasta el punto de revelar circunstancias que puedan perjudicar sus intereses, ahora o en el futuro. Una mujer naturalmente artificial evita las escenas, mantiene la calma y conserva la serenidad.

El autocontrol es el sostén de una chica Parker en la ruptura. De la misma forma que invierte dinero en el segundo, dedique tiempo y tesón a practicar el primero.

EL PEOR MOMENTO PARA DECIR LA VERDAD



Hay una pequeña tienda de antigüedades cerca de Washington Square, en Nueva York, donde una fría tarde de otoño me encapriché de una edición decimonónica de *Cranford*, de Elizabeth Gaskell. Mientras ojeaba el libro, embutida en un confortable abrigo y con un café caliente entre las manos, recordé el día en que mi amiga Charlotte entró como un torbellino en el jardín de mi casa en Londres mientras yo leía esa misma obra en edición de bolsillo. Deshecha en lágrimas de desesperación, me contó que su novio John la había dejado porque no estaba seguro de estar enamorado de ella. «¡Le he dicho cosas horribles, Penelope!», repetía sin cesar con una angustia indescriptible. En aquel momento recuerdo haber pensado que por muchas cosas horribles que Charlotte hubiese dicho a su novio, jamás podría igualar el daño que él le había hecho abandonándola.

Lo cierto es que, como supe más tarde, su angustia tenía un motivo justificado. En su afán por herirle en el momento de la ruptura, Charlotte confesó a su novio que jamás había entendido su pasión por la historia, que siempre se había sentido profundamente aburrida con sus conversaciones sobre las civilizaciones antiguas y que había soportado con un estoicismo admirable su horrible costumbre de arrastrarla de museo en museo y de conferencia en conferencia. John —éste es un dato relevante para entender la historia— es historiador y trabajaba por aquel entonces en el Museo Británico.

Pese a que el ataque de angustia sentimental del novio de mi amiga se extinguió tan rápido como comenzó, éste no pudo olvidar la confesión de Charlotte. «No puedo volver con alguien que odia lo que hago y, sobre todo, no puedo estar con alguien que es capaz de fingir tanto tiempo que le interesa algo que en el fondo detesta», me explicó una tarde en uno de los muchos cafés que tomé en esa época con uno y otro. Charlotte, como muchas otras personas en su caso, cometió el error de hacer una confesión en el peor momento del mundo: el de la ruptura.

Las conversaciones tensas y dolorosas nublan la mente e impiden pensar con claridad. Cuando gritamos, cuando sufrimos, cuando lloramos, no sólo nos hacemos vulnerables ante las personas que nos rodean, nos hacemos vulnerables también frente a nosotros mismos porque perdemos la capacidad de controlarnos. Algunas mujeres cuando son abandonadas sienten tristeza, otras sienten dolor y un tercer grupo siente, además, un odio intenso. Es sobre todo entre ese último colectivo donde son más comunes las confesiones de actos y de hechos que jamás debieron hacerse públicos. El daño que producen esas confidencias arrojadas de forma impulsiva a la cara del otro es doble: por un lado hieren al que se va, por otro dañan también al que se queda. Es, además, la mejor forma de romper cualquier puente que pueda quedar en pie entre ambos después de la separación.

Cualquier hombre o mujer es libre de decidir cerrar la puerta definitivamente a la persona que le abandonó, pero todos sabemos que lo que pensamos hoy no siempre se corresponde con lo que pensamos mañana. Por eso, por su propia dignidad y por la de su pareja, evite las confesiones de última hora. Si en el momento en que ocurrió lo que ahora desea confesar decidió usted guardárselo para sí, alguna razón debió tener.

*Confíe en su juicio de aquellos momentos y cierre la puerta
al insidioso y mezquino deseo de hacer daño al otro.*



Capítulo 5

Comparado, pues, con la debilidad de vuestros pies, yo soy un gran corredor.

SÉNECA, *Sobre la felicidad*

EL INSTINTO MÁS FEMENINO

Aunque a mucha gente le cueste admitirlo, nuestras abuelas tenían grandes recetas para casi todo tipo de problemas. Cuando se trataba de tristeza solían recomendar trabajo físico, ejercicio y aire fresco. En mi caso el ejercicio perfecto para épocas difíciles es la jardinería. Con las manos hundidas en la tierra y un sombrero para protegerme del sol, entierro mis problemas entre rosales silvestres, medito incidencias bajo montañas de abono y busco respuestas junto a las gardenias, los camelios y los magnolios. Es en esos momentos cuando mi mente funciona con más claridad.

Hay personas que logran esa clarividencia después de hacer bizcochos, pintar un cuadro, ordenar su biblioteca, clasificar el trabajo del día, conducir a gran velocidad, escalar una montaña o correr alrededor del jardín. Sea cual sea su válvula de escape para momentos difíciles, porque estoy segura de que tiene una, es importante que la tenga lo suficientemente a mano como para utilizarla en los minutos, horas, días o semanas posteriores al abandono del hombre que se va. ¿Por qué le digo esto? Porque es en esos momentos, justo en esos instantes, cuando entra en escena uno de los peores enemigos de una chica Parker: el poderoso instinto de retención.

Hasta cierto punto, y no vamos a flagelarnos por ello, tratar de retener al hombre que se va es lógico y natural. Pedirle que medite, que reconsidere su decisión, que trate de intentar que las cosas mejoren por última vez es absolutamente humano. También lo es llamarle alguna vez, continuar la conversación al día siguiente, tener contacto durante las primeras semanas o escribirle un largo mensaje. Seguramente nuestras antepasadas, las mujeres de Cromagnon, hacían lo mismo cuando sus hombres las dejaban para perseguir otra pieza, fuese humana o animal. Seguramente les amenazaban, se agarraban a sus piernas, les agredían, les seguían durante cientos de kilómetros. Era y sigue siendo todavía un poderoso instinto natural.

Pero la línea entre lo natural y lo excesivo es a veces muy fina. Han pasado miles de años desde que las mujeres de Cromagnon perseguían implacablemente a los machos de su especie y, pese a ello, no hemos hallado todavía una regla absoluta que defina el momento exacto en el que debe aplacarse el instinto de retención.

Ésta es, por el contrario, una de esas ocasiones en que deberá usted dejarse guiar por su sentido común. Como buena aspirante a chica Parker habrá de averiguar por sí misma cuándo ha llegado el momento de cerrar puertas y ventanas. Deberá averiguarlo aunque él no se lo diga, deberá descubrir la respuesta y deberá reconocerla como tal. Porque la gran verdad sobre este tema es que la mayoría de las mujeres que se encuentran en esa situación cuentan con una voz interior que marca el límite entre lo tolerable y lo excesivo y que las hace perfectamente conscientes de en qué momento están cometiendo un error.

No pueden evitarlo, es cierto, pero saben que es un error.



Kevin, uno de mis mejores amigos, acudió una fría mañana de noviembre a mi casa de Kensington, en Londres. Absolutamente desesperado, me contó que su ex novia Jane no cesaba de perseguirle. Recibía llamadas por la mañana y por la noche; tenía encuentros aparentemente casuales con ella en el supermercado, en los restaurantes, en los cines; encontraba el correo electrónico repleto de reproches, explicaciones, preguntas, súplicas. «No sé qué hacer, Penelope, ayúdame porque no sé qué hacer», me dijo.

Kevin había estado muy enamorado de Jane y ella le había dejado por otro hombre. Ahora Jane estaba desesperada por recuperarle y él estaba harto de ella. «¿Por qué demonios algunas mujeres no se dan cuenta de cuándo tienen que parar? ¿Es que no tienen dignidad?», me preguntó aquel día mi amigo. Por aquel entonces Jane no sólo no tenía dignidad, sino que tampoco mostraba inteligencia. Con aquella actitud obsesiva estaba tirando por la borda las pocas posibilidades que quedaban de que Kevin volviese a ella. Yo estaba completamente segura de que lo sabía. También lo estaba de que, pese a ello, era incapaz de dominarse.

Cuando mi amigo se marchó llamé a Jane por teléfono y esa misma tarde la cité en mi casa. Durante una hora y media le expliqué pacientemente cómo estaba destrozando sus posibilidades de volver con él con aquella actitud. Después de otra hora y media de llanto y arrepentimiento, analizamos juntas cuáles eran las opciones que tenía para mitigar aquella ansiedad que la impulsaba a perseguir a su ex novio: concentrarse en su trabajo, leer un buen libro, darse un baño con sales, salir de compras, cambiar de sitio los muebles, ir a la peluquería, sacar a pasear a su perro, llamar a sus amigas e incluso llamarme a mí. La lista fue terminada al fin y la ex novia de mi amigo se marchó agradecida y dispuesta a silenciar de una vez por todas su rebelde instinto de retención.

Tengo que confesar que tuvo algunas recaídas, pero finalmente lo consiguió. Hoy Kevin y Jane son una pareja muy feliz.

TRES ACTITUDES PROHIBIDAS

La terrible Francine de Sor, uno de los múltiples personajes femeninos salidos de la pluma de Wilkie Collins, representa todas las actitudes que cualquier persona, sea hombre o mujer, no debe adoptar jamás frente a su pareja. Su enérgico afán de persecución, su tenacidad sin límites y su insistencia en ponerse a los pies del hombre al que ama obligan a éste a huir lo más rápidamente que puede. Una vez más, no estamos hablando de literatura por casualidad. El método Parker sostiene, lo hemos recalcado varias veces, que el modo en que se produce una ruptura determina la posibilidad o imposibilidad de que el hombre que se fue regrese junto a la mujer a la que abandonó. Si extrapolamos el comportamiento de Francine de Sor a una situación de ruptura sentimental podemos observar tres actitudes nefastas que son comunes en muchas mujeres, pero que cualquier chica Parker debe cuidadosamente evitar:

1. La compasión

«Estoy lejos de mi hogar y a mi madre y a mi padre no les importaría no volver a verme», se lamenta Francine ante el hombre de sus sueños. Como ella, hay mujeres (tal vez haya sido usted una de ellas) que irrumpen en sollozos de desesperación en un intento de que sus parejas no las abandonen. Es un método común, es verdad, como también es cierto que resulta humillante y profundamente inútil.

Tal vez en un determinado tipo de hombre, más bien pusilánime, esa táctica pueda conseguir aplazar o incluso frustrar la decisión de romper la relación, pero se trata de una victoria aparente. El hombre que ahora se queda por lástima terminará yéndose la próxima



vez. Una vez que sus lágrimas dejen de sujetarle, una vez que se haya acostumbrado a sus gimoteos, abrirá la puerta y se irá. Y mientras no lo haga, usted sabrá que permanece a su lado por compasión y no por amor. ¿Cree realmente que vale la pena?

2. La culpabilidad

Existen mujeres a las que no les importa despojarse de su dignidad delante de sus parejas en su desesperado afán por retenerlas. Mujeres que no tienen problema alguno en aludir a su edad, al tiempo perdido, a los sacrificios realizados o a la precariedad económica para tratar de retener a sus novios, maridos o amantes. «¿De qué le sirve el dinero a un ser tan desgraciado y solitario como yo?», pregunta, muy en línea con esa escuela lastimera, Francine de Sor.

Ninguna de ellas intuye el inmenso daño que se hacen a sí mismas y a su causa con ello. En su cruzada por mantener la relación a flote olvidan algo que cualquier chica Parker sabe por instinto: que una mujer es en un 50% aquello que cree ser y en el otro 50% aquello que dice ser. Si se define usted ante el hombre que la abandona como una víctima sin futuro, sin atractivo y sin posibilidad de recuperación, a partir de ese momento él la verá de esa forma. Seguirá su camino, pero lo seguirá con la conciencia de que ha dejado detrás un guiñapo, no una mujer.

Jamás debe describirse a sí misma con dureza delante de un hombre, menos aún si éste está a punto de abandonarla. Aunque se sienta usted terriblemente desgraciada, aunque crea que su vida ha dejado de tener sentido, aunque su mayor deseo sea suplicarle, no debe permitir que él advierta su desesperación. Si lo hace, créame, no lo olvidará nunca.

3. El chantaje

La última de las actitudes a desterrar en una conversación de ruptura, se nutre de la amenaza, el insulto y el chantaje. Terminar una relación arrojando los trastos a la cabeza del otro no sólo resulta vulgar, sino que supone una falta total de astucia y de visión de futuro. ¿De qué sirve, además de para experimentar un desahogo momentáneo, escupir barbaridades sobre el rostro del hombre al que todavía se quiere? ¿Qué se puede ganar con ello, aparte de crear un campo de minas que imposibilite una reconciliación? A menos que sus recriminaciones se deban a hechos y comportamientos verdaderamente graves (en cuyo caso debe usted descartar totalmente el objetivo de que ese hombre regrese y comenzar una nueva vida sin él) piense unos segundos antes de hablar y no deje que las palabras rompan puentes entre ustedes.

*Una chica Parker —apuesto a que ya lo sabe—jamás derriba un puente
a no ser que resulte absoluta y totalmente necesario.*

LA ÚLTIMA IMAGEN DE UNA CHICA PARKER

Mi tía abuela Grace, que vive en una hermosa casa en Gramercy Park, Nueva York, asegura no haberse presentado jamás en público después de los 16 años sin estar bien peinada, elegantemente vestida e impecablemente calzada y maquillada. Acompañada de una sonrisa eterna y unos buenos guantes que compra siempre en una pequeña tienda de la plaza de España en Roma, ha llevado el estandarte de su belleza desde su adolescencia hasta la ancianidad.

Es cierto que sus hijos, nietos y sobrino-nietos no hemos gozado nunca del placer de



saber de qué color es su piel y sus labios, cuál es la textura y el tono real de su pelo o cómo serían sus esbeltas piernas sin sus fabulosos zapatos de tacón alto. Pero, en cierto modo, todos amamos el sentido de la belleza de la tía abuela Grace, su manera de bajar perfecta a desayunar, los espléndidos quimonos orientales que usa antes de irse a descansar o las maravillosas joyas antiguas que ha lucido en su cuello incluso en los raros momentos en que se ha dignado entrar en una cocina. Nunca en la suya, por supuesto.

Mi tía abuela Grace me enseñó desde que era niña una lección que toda chica Parker debe tener siempre presente: la belleza es una forma de gimnasia. Cuanto más se cultiva, cuanto más tiempo se le dedica, más fácilmente se mantiene y menos artificialidad requiere. Es obvio que mi sentido de la belleza no es el mismo que el que ella, a sus 93 años, mantiene con una dignidad admirable. Pero sí lo es la conciencia de que esa belleza es un don que hay que cultivar.

«Se puso un vestido blanco, un collar de jade y zapatos verdes. Esta combinación no era casual. Lo había pensado muchas horas antes de haber visto el peral en flor desde la ventana del salón». Berta Young, protagonista de *Felicidad*, un relato escrito en la década de los años veinte por Katherine Mansfield, siente una mañana una mezcla de felicidad y desazón que la hace desear que llegue cuanto antes el final del día para reencontrarse con su marido. Berta Young se dice a sí misma que su vida es feliz. Tiene una buena posición social, una hija adorable y un marido atento y cariñoso, pese a que su vida íntima no es precisamente apasionada. Al final del día, cuando Berta recibe impecable y perfecta a su esposo y a sus invitados, descubrirá por primera vez, desde el inicio de su matrimonio, un sentimiento intenso y profundamente físico hacia su marido. También averiguará esa misma noche que él le es infiel.

El atuendo impecable de Berta Young es una metáfora de la fragilidad de una felicidad basada en la apariencia, pero también de una forma de enfrentarse a la vida. El vestido blanco, el collar de jade y los zapatos verdes son la coraza de Berta frente al mundo real. Y no es casualidad que así sea.

Acudir a una cita amparada por un vestido fabuloso y un maquillaje perfecto es, en cierto sentido, una experiencia de poder. Al contrario que en otras especies, donde son los machos los encargados de lucir el colorido en el cortejo, en la raza humana las mujeres tenemos el honor de cargar con el ritual del arreglo personal. Es cierto que los hombres se cuidan cada vez en mayor medida, pero las mujeres siguen siendo las maestras de la sofisticación en esta materia.

Sin embargo, es conveniente recordar que no sólo en el cortejo son necesarios los colores brillantes. Ser abandonada con un vestido viejo, una cara ojerosa y un pelo fuera de control es más que un abandono, es una afrenta. No hay nada más triste y lastimoso que una experiencia como ésta. Por eso ser admirablemente rechazada, ese arte que estudiamos en el capítulo anterior, implica dejar en la retina del hombre que se va una última imagen inolvidable.

Al igual que mi tía abuela Grace, no deje que nadie la sorprenda desprevenida a partir de los 16 años. Concédase tiempo para usted cada mañana. Concédase tiempo para bañarse, para hidratarse, maquillarse, peinarse, vestirse y calzarse como si se estuviese preparando para una gran cita.

Esa cita diaria que no sólo tiene con él, sino con usted misma y con el resto del mundo.

**¿ROMPER PARA SIEMPRE
O DEJAR LA PUERTA ABIERTA?**



Uno de los errores más frecuentes que cometen las mujeres en sus conversaciones de ruptura es ceder a los ataques momentáneos y violentos de dignidad. Las mujeres que sufren este fenómeno suelen decir muchas cosas de las que más tarde se arrepienten. Ofuscadas por su furor inmediato y por la sensación de que si no hacen algo drástico caerán en el más espantoso de los ridículos, suelen gritar a los hombres frases grandilocuentes que terminan siempre con un «no quiero volver a verte», un «no vuelvas a llamarme jamás» o un «se acabó para siempre».

En realidad, todos nosotros aprendemos más o menos después de cumplir los once años que en esta vida pocas cosas son para siempre. Y las rupturas, créame, no son una excepción. Sin embargo, son muchas las veces que con estas expresiones y con actitudes en consonancia con ellas hacemos de una posible ruptura temporal un adiós definitivo.

Hay que reconocer que la eficacia devastadora de esas frases depende en gran parte del hombre que tengamos frente a nosotras. Hace unos años, mientras compraba en un pequeño pueblo cerca de Antibes, en el sur de Francia, esas sartenes decoradas con pintura que se ven en los mercadillos de la zona, mantuve una esclarecedora conversación sobre un tipo de hombre muy determinado: el hombre que no se deja dejar.

Mi amiga Helen, una ejecutiva estadounidense, mantuvo una relación de algo más de un año con un hombre que la decepcionó profundamente. El día en que reunió las fuerzas suficientes para decirle que hiciese las maletas y se marchase de su casa se encontró con la desagradable sorpresa de que aquel hombre no tenía intención de dejarse dejar. «Se acabó, no quiero que vuelvas, quiero que te vayas», le explicó mi amiga una y otra vez sin observar reacción alguna por parte de él. La escena se repitió varias veces a lo largo de los meses siguientes hasta que ambos, dejadora y dejado, terminaron odiándose mutuamente. «¡Lárgate!», le gritaba ella. «¡No quiero irme!», le respondía él.

Afortunadamente, como me explicó Helen en Antibes, aquel hombre insistente se convenció un buen día de que, le gustase o no, hacía ya seis meses que no ostentaba ninguna clase de título oficial. Cuando se dio cuenta de ello cogió sus cosas y se marchó...

Aunque no del todo. «De vez en cuando todavía me manda mensajes desesperados, también le envía flores a mi madre e incluso tiene unos palos de golf pendientes de recoger en casa», me aseguró mi amiga. «¿Y cómo vas a resolver lo de los palos sin volver a verle?», le pregunté. «Le he dicho que los martes y los jueves está la asistenta», me contestó ella muy dignamente.

Pese a que situaciones como la que padeció Helen pueden producirse alguna vez en la vida —tal vez dos si creemos en la reencarnación— los adioses drásticos suelen surtir efecto, aunque a menudo ese efecto es exactamente el contrario al que pretendíamos conseguir al lanzarlos. Ya se trate de unas palabras dichas sin pensar o de una táctica perteneciente a la vieja escuela que predica que cuanto peor se trate a un hombre más pendiente se le tendrá, hay que cuidarse muy bien de terminar una conversación de ruptura con algo que ni remotamente suene a definitivo.

De no hacerlo así puede usted encontrarse con dos situaciones muy difíciles: la primera es que él se lo tome en serio y no vuelva a verle nunca; la segunda, que usted se arrepienta de haber dicho esas palabras y termine yendo en su busca.

Esto último no sólo la convertirá en lo opuesto a una chica Parker, sino que mermará su autoestima de una forma tal que le resultará muy difícil volver a confiar en usted misma y en su habilidad para tratar a los hombres.

Hay muchas formas correctas de decir adiós a un hombre y una sola verdaderamente equivocada. En realidad esta última es muy fácil de evitar: sólo tiene usted que desterrar de su vocabulario de ruptura los *nunca*, los *jamás* y los *para siempre*.

Siempre habrá tiempo para volver a encontrarse



con ellos en una buena novela inglesa del siglo XIX.

LA PEOR DE LAS TORTURAS

El día en que descubrí que la falta de descanso era la única responsable de la persistente jaqueca con la que me levantaba cada mañana abandoné definitivamente la costumbre de torturarme con palabras dichas o por decir. Antes solía dar vueltas y vueltas por las noches, pensar una y otra vez en lo ridículo de aquello, en lo insuficiente de lo otro, en lo indigno, lo excesivo, lo odioso. Me desvelaba noche tras noche hasta que en un momento dado, casi siempre al filo de las tres de la madrugada, me levantaba de la cama y terminaba escuchando música con una taza de café entre las manos. Pero lo cierto es que ni el café ni los cuartetos de cuerda venían en mi ayuda al día siguiente, cuando comenzaba la jornada con aire de cansancio infinito.

He aprendido mucho desde entonces. Continúo bebiendo tazas de café, también escucho música y sigo dándole vueltas a las cosas. Pero, como buena chica Parker, ahora lo hago de otra forma. A las seis de la tarde, especialmente si el día es frío y estoy en el campo, me pongo mi viejo abrigo de astracán (heredado, no comprado) y mis botas de montar y salgo a pasear por el jardín. Paseo y paseo mientras pienso en lo ridículo, lo insuficiente, lo poco digno, lo excesivo y lo odioso. Paseo y si el problema es muy grande o las palabras muy hirientes, abro la verja y salgo a caminar por el campo hasta que me tranquilizo. Luego, vuelvo a casa, me quito las botas, me recojo el pelo húmedo y con los pies cerca de la chimenea saboreo un martini doble con eneldo y me abandono a la música.

Existen muchas formas de diseccionar los problemas, muchas maneras de flagelarse con el pasado, el presente e incluso el futuro. Es cierto que lo ideal sería no hacerlo, pero a veces no es fácil controlar la mente, no es sencillo hacerla caminar por donde a nosotros nos conviene. Sin embargo, si la mente a menudo es indomable, no ocurre lo mismo con los escenarios. Los escenarios son mucho más fáciles de manejar.

Elija su escenario de forma cuidadosa y concédase permiso para preocuparse en él. Tal vez sea el trayecto que realiza en metro o en taxi de casa al trabajo, quizá esa media hora esperando a que haga efecto una mascarilla o se seque el esmalte de uñas, incluso ese rato diario en el que sale con el perro a pasear. No importa cómo, dónde y cuándo sea, lo importante es que tenga un tiempo y un lugar.

Hágame caso: jamás se lleve las preocupaciones sentimentales a la cama.

*La cama, cualquier chica Parker lo sabe, es un lugar para el descanso
y para la felicidad.*

SEGUNDA PARTE:

El carácter y la personalidad de las Chicas Parker



Capítulo 6

—De todos modos —dijo el espantapájaros—, yo pediré un cerebro, no un corazón, porque un necio no sabría que hacer con el corazón, si lo tuviera.

—Yo pediré el corazón —contestó el leñador de hojalata—, porque el cerebro no da la felicidad, y la felicidad es lo mejor del mundo.

L FRANK BAUM, *El Mago de Oz*

HOMBRES CON MEMORIA DE PEZ

Es una verdad, esta vez *casi* universalmente reconocida, que la capacidad de la mayoría de los hombres para retener detalles, complicidades y otros adulcoramientos de las relaciones amorosas es incomparablemente menor que la de las mujeres. Tanto es así que a menudo la ruptura se convierte en la primera atalaya desde la que la novia, esposa o amante otea perpleja el inmenso, el deslumbrante vacío de la memoria del hombre que se va respecto a esos momentos mágicos que ella creyó grabados en su memoria.

Recuerdo una conversación que tuve hace años, desde luego antes de comenzar a fraguar este libro, con una de mis mejores amigas y que puede servir para ilustrar perfectamente lo que quiero decir. Fue en un pequeño restaurante de comida casera que hay muy cerca de la plaza de San Pedro, en el Vaticano. Allí, entre bocado y bocado, mi amiga Piera me relató cómo había sufrido la mayor decepción de su vida al descubrir que el hombre con el que acababa de romper no recordaba en absoluto la mayoría de los detalles que ella consideraba los pilares de la historia de su relación.

Tras jugar religiosamente al golf cada fin de semana, Piera y aquel hombre se iban al cine a disfrutar de una buena película. A ambos les encantaba aquel plan que combinaba ejercicio, aire libre y espectáculo. «Cuando estábamos en el cine —me explicó mi amiga en los postres— siempre parecía entusiasmado. Me cogía la mano toda la película y me decía lo mucho que le gustaba ir conmigo, me decía que no podía casi recordar cómo era ir al cine sin mí. Ya sabes, yo no interrumpía con comentarios la película, esperaba sin moverme hasta el final de los créditos y comentaba con él los detalles cuando volvíamos caminando a casa».

Piera era la compañera perfecta para su pareja en esos momentos, al menos eso pensaba ella hasta el día en que rompió la relación. En esa fecha descubrió algo que la dejó boquiabierta. «No recordaba con quién había ido a ver la mitad de las películas. Comenzamos a hablar sobre los buenos momentos y yo le decía, “¿te acuerdas de cuando fuimos a ver esta película?”. Y él me contestaba: “Sí, sí, qué buena. Pero creo que no fui contigo, ¿o sí?”. No se acordaba, Penelope, es que no tenía ni idea».

La experiencia de Piera, aunque lamentable, no es ninguna excepción. El tiempo y el desencanto transforman a menudo a un novio, marido o amante respetable en alguien incapaz de retener en su memoria momentos que en el mejor de los casos tal vez haya preferido olvidar y, en el peor, quizá nunca valoró. Se trata de una experiencia triste aún en el caso de que una sea la responsable de la decisión de romper; resulta absolutamente destructiva cuando la ruptura procede de él.



Como siempre, una chica Parker ha de estar preparada para esta coyuntura. Es importante recordar que el momento de ser abandonada no es ni el instante ni la circunstancia adecuada para someter al hombre que se va a un tercer grado, aunque sea un tercer grado de momentos felices y pasados. Interrogarle sobre si recuerda lo romántica que era aquella canción o aquello que le dijo cuando ascendieron al Everest no servirá para retenerle y, desde luego, tampoco para hacer que se sienta usted mejor. En caso de que él haya guardado todos esos detalles en su memoria le costará más dejarle marchar y, si no es así, se sentirá usted aún más herida, humillada y decepcionada de lo que ya estaba.

Normalmente las rupturas son la culminación de una larga sequía sentimental. Son la guinda de un pastel cocinado tras largos meses de desinterés, incomunicación, frialdad, aburrimiento y, en algunos casos, incluso crispación. La cima de un viaje como ése no es un lugar cálido plagado de hermosos recuerdos; los hermosos recuerdos son más bien los fardos que se han dejado caer en el camino que lleva a la cumbre. Lo que quiero decir con esto es que el hecho de que el hombre que se va no recuerde todas esas imágenes que el amor ha grabado en la memoria de usted no significa que no la haya amado nunca. Significa, por el contrario, que hace meses, tal vez años, que sus sentimientos se han enfriado y con ellos también sus recuerdos.

Los recuerdos se mantienen porque una y otra vez volvemos voluntariamente sobre ellos. Los evocamos, los analizamos y por eso siguen dentro de nosotros. Si su novio, marido o amante ha dejado de quererla, probablemente haya dejado de evocar esos recuerdos, posiblemente los haya sepultado consciente o inconscientemente en su interior. Y por eso su ausencia no es ya la medida del amor que una vez sintió, sino más bien la prueba del final de ese amor, tanto si ese final es definitivo como si no.

Cuantas menos oportunidades dé en las conversaciones de ruptura para que la hieran, mejor. En esas situaciones debe imaginarse a sí misma como un caballero con armadura, como un astuto guerrero ninja que intuye los golpes antes incluso de que éstos se hayan producido.

No interrogue sobre recuerdos pasados al hombre que se va y no permita tampoco que él la interroge a usted.

*Debería aprender, si es que todavía no lo sabe,
que una chica Parker jamás pone la otra mejilla.*

UN ESCUDO CONTRA LA TORPEZA MASCULINA

Después de romper con mi segundo hombre que vuelve pasamos un par de semanas en las que mantuvimos largas conversaciones por teléfono. Él estaba entonces en Chicago y yo en Portofino, refugiada en una de las casas de verano de mi abuela materna. En aquellas conversaciones largas, difíciles y a menudo interrumpidas por las lágrimas, descubrí una nueva faceta —al menos una faceta desconocida hasta entonces para mí— del que hasta entonces había sido mi novio: la extravagancia insensible.

Es de sentido común, pensaba yo en aquel momento, que si un hombre abandona a su novia, si la hiere, si le rompe el corazón, deba hacer todo lo que esté en su mano para que ese trance sea lo menos doloroso posible para ella. Si no hay odio, pensaba yo entonces, si no hay rencor, si no ha habido grandes reproches en la ruptura, él debería asegurarse de que la delicadeza y la corrección fuesen lo último que ella echase en falta en ese momento.

Pero como seguramente ha aprendido ya por experiencia propia, el comportamiento de los hombres durante las rupturas responde a todo menos al sentido común. En aquellas



terribles conversaciones de ruptura, y como muchas otras mujeres en situaciones similares, yo esperaba oír todo tipo de excusas. Esperaba oír «lo siento», esperaba oír también «no quiero hacerte daño», esperaba oír «te mereces a alguien mejor que yo», esperaba incluso un «también es difícil para mí». Pero lo que no esperaba, lo que nunca imaginé, fue que escucharía un alegre «creo que voy a irme de gira por Latinoamérica, me apetece mucho recorrer el Amazonas».

Es posible que visto desde la distancia pueda tener gracia. Le aseguro que en aquel momento no la tuvo.

Naturalmente, la gira por Latinoamérica no se llevó a cabo. Como tiempo después descubrí, no era más que un abrupto intento para tratar de escapar de la espiral de dolor propio y ajeno en que ambos estábamos inmersos. Al igual que los gusanos de seda tejen un capullo que protege después a la crisálida, muchos de los novios, maridos y amantes que abandonan a sus parejas tejen una red de extravagancia insensible a su alrededor para escapar de la tensión de las rupturas y del dramatismo de las conversaciones que las acompañan.

No voy a negar que no es precisamente un comportamiento heroico, pero resulta bastante común. En mi caso fue una gira por Latinoamérica, en otros puede tratarse de comprar una motocicleta, aprender a pilotar un coche Fórmula 1, hacerse un tatuaje o salir día y noche en busca de juerga y alcohol. ¿Qué se puede hacer ante eso? Protegerse férreamente. Una vez más, uno de los grandes artes de una chica Parker.

Si lo piensa usted bien, no son las extravagancias insensibles lo peor que ha de temerse del hombre que se va. Las salidas de tono son, por el contrario, la muestra más clara y palpable de que él también está pasando un mal momento y de que la ruptura ha alterado en buena medida su vida. Es más bien la solicitud excesiva, la preocupación constante por su bienestar y otras actitudes similares lo que demuestra que el fin de la relación es para él una liberación y no una crisis. Es el «quiero que estés bien», «por favor, llámame si necesitas hablar», «no quiero que estés sola» y frases similares las que deben descorazonarla y hierirla.

Sólo un hombre profundamente alterado puede decidir remontar el Amazonas dos semanas después de haber roto una relación de varios años. Sólo un hombre que quiere huir de algo que le resulta profundamente doloroso sale día y noche y bebe hasta el coma etílico en una situación como ésta. Por esa razón no debe permitir que los comentarios y planes de futuro del hombre que se va minen su estado de ánimo. Piense que es preferible que quiera escalar el K-2 a que se aposente junto a su puerta y le tienda un hombro lleno de remordimientos para que usted vierta su dolor y su rimmel sobre él.

Los hombres, decía Dorothy Parker, tienen todos la misma edad. Sin llegar a ese extremo de suficiencia femenina (una chica Parker jamás finge suficiencia) hay que reconocer que existen ciertos arquetipos de comportamiento tanto en hombres como en mujeres. La extravagancia insensible masculina es uno de ellos.

La próxima vez que un hombre la abandone y le diga que ha decidido vender su casa y dar la vuelta al mundo, mírele con ternura, sonríale dulcemente y, después, deséele suerte.

Créame, la va a necesitar.

LA GRAN ASIGNATURA PARKER

A lo largo de los capítulos IV y V de este libro hemos analizado a fondo el modo en que una chica Parker se comporta frente a una ruptura. Hemos explicado cómo dominar el arte de ser admirablemente rechazada, cómo conseguir no hacer uso de las lágrimas, cómo mantener la calma en medio de la tempestad o cómo evitar realizar una confesión de la que más tarde



podamos arrepentimos. En la misma línea hemos relatado cuáles son los límites del instinto de retención, cómo conservar puentes alzados tras la separación o cuál es el valor de dejar una última imagen inolvidable en la retina del hombre que se va. Pero una vez aprendido todo esto, una vez dominadas estas técnicas de comportamiento externo, llega el momento de afrontar la gran asignatura. Y la gran asignatura para una chica Parker no es otra que evitar que la ruptura resquebraje su interior y lo haga estallar en mil pedazos. Porque de poco sirve mantener un comportamiento impecable, de poco sirve salir del aprieto con la cabeza alta y la sonrisa en los labios, si una vez en casa dejamos que el abandono acabe con nuestra autoestima, nuestra fortaleza y nuestra personalidad.

Las mujeres tendemos a culparnos a nosotras mismas cuando somos abandonadas. No me refiero únicamente a culparnos de la razón de la ruptura, sino a culparnos de no haber colmado las expectativas, del hombre que se fue. Nos convertimos en jueces implacables, ciegos y parciales de nuestra personalidad, nuestro aspecto y nuestro comportamiento. Así, a menudo la novia, amante o esposa abandonada llega a la conclusión de que nunca fue lo suficientemente guapa, lo suficientemente inteligente, lo suficientemente divertida, lo suficientemente independiente, dulce o comprensiva. No debió haber insistido tanto en esto, no debió dedicarse tanto a aquello, no era lo suficientemente culta, no vestía adecuadamente, no era atractiva en la medida en que debía serlo, no tenía las piernas bonitas. Este proceso que sucede a la ruptura y que a veces se prolonga durante meses es la mayor amenaza de las mujeres abandonadas y resulta mucho más destructivo que la propia ruptura.

Pocas de esas mujeres, una vez superado el primer enfado y la incredulidad, asumen los errores de su pareja o reconocen sus carencias. Se acusan de no ser suficientemente guapas, pero olvidan el dudoso aspecto del hombre que se fue o su espléndida calvicie. Se flagelan con la idea de no haber sido suficientemente agudas o inteligentes, pero entierran las carencias que él tenía en ciertos campos, su falta de cultura literaria o el modo en que hacía sonar sus llaves en los conciertos de música barroca. Sí, aparentemente su conversación sobre las últimas tendencias artísticas era muy profunda, pero creía que la pintura prerrafaelita había precedido a Rafael. Tampoco dudaba en sentar cátedra sobre novedades literarias, pero estaba convencido de que la Conjura de Catilina era la historia de una vestal romana, aseguraba haber leído las obras completas de Sócrates y daba por hecho que los trascendentalistas era una secta religiosa. Se veía a sí mismo como un hombre de mundo, pero no dudaba en quitarse la chaqueta en público cuando arreciaba el calor. Juzgaba a la gente por las apariencias, pero no sabía distinguir una moneda auténtica de una falsa, un buen zapato hecho a mano de uno de serie, una cómoda eduardiana de una reproducción de imitación.

Pese a que todo esto pueda parecer una caricatura exagerada, las mujeres abandonadas tienden a golpearse por sus defectos, sean reales o imaginarios. Es una actitud masoquista, destructiva y errónea. Porque si las rupturas se debiesen a factores tan superficiales como la belleza o el ingenio, las mujeres que poseen esos atributos jamás serían abandonadas. La experiencia, por el contrario, nos dice que sí lo son. Si hace usted una lista de las celebridades o personajes femeninos que admira verá como no están libres de abandonos y rupturas. Si analiza a las grandes escritoras, a las grandes actrices, a las grandes heroínas de la historia descubrirá cómo también ellas fueron alguna que otra vez desdichadas en el amor. Y, sin embargo, sus fracasos no restan valor a su persona. Y no lo hacen porque el éxito o el fracaso no es la única medida del ser humano. No lo es en ningún campo, tampoco en el amor.

La próxima vez que sea abandonada y decida lanzar dardos venenosos contra usted recuerde a todas esas maravillosas, hermosas e inteligentes mujeres que alguna vez, y como usted, fueron abandonadas por sus novios, maridos o amantes. Recuérdelas y que ese recuerdo la haga reaccionar y desechar pensamientos autodestructivos.

Después, vuelva a casa, tome un baño con sales y mientras se sumerge en el agua medite sobre todas esas cualidades y defectos que hacen de usted una mujer única.



UN DÍA PERFECTO PARA TOMAR UNA DECISIÓN

La casa de mi tía abuela Sarah en Connecticut se levanta a la sombra de un enorme y frondoso roble. No se trata de un roble americano, sino de un *quercus robur*, el árbol sagrado de los antiguos pueblos europeos, el centinela al que las tribus celtas atribuían poderes mágicos. Cuando era una niña y viajábamos cada otoño a visitar a mis abuelos paternos en Canadá, mis padres hacían un alto en la enorme casa de la tía abuela Sarah. Allí solía tumbarme sobre un banco de madera bajo el viejo roble y pensar. Pensaba en mis padres, en mis amigos del colegio, en el olor a jazmín que inundaba mi casa en la India, en los continuos traslados a que nos obligaba la condición de diplomático de mi padre, en la literatura que robaba de la biblioteca de mi madre, en el borsch que hacía la cocinera moldava de la tía abuela Sarah.

Con el tiempo llegué a inventar un sistema de comunicación entre el árbol y yo. Tumbada bajo sus ramas exponía en voz alta mis problemas, mis encrucijadas, mis dudas e indecisiones. Después preguntaba qué debía hacer, cómo debía actuar, qué opción era conveniente escoger. Eran preguntas cerradas, que se respondían únicamente con un sí o un no. Si el roble dejaba caer una bellota sobre mí, la respuesta era afirmativa. Si, por el contrario, ninguna bellota caía al suelo, yo interpretaba que el árbol había dicho no.

El venerable roble de tía abuela Sarah decidió así sobre aspectos muy variopintos de mi vida. A él debo la elección de mi primer novio del colegio entre dos posibles aspirantes. También fue decisión suya que estudiara piano y no violonchelo, que me matriculara en una universidad estadounidense y no británica, que profundizara en el arameo y dejara para más adelante el sánscrito, que escribiera mi tesis sobre Salustio y no sobre Horacio. Durante años se convirtió en mi oráculo. Al igual que los antiguos acudían a Delfos, yo peregrinaba cada otoño a casa de tía Sarah para ser aconsejada a golpe de bellota o a golpe de silencio.

Pero un atardecer todo cambió. Con la confianza que da la costumbre me acosté bajo el árbol como había hecho los diez años anteriores, miré hacia arriba, formulé la pregunta y antes de que hubiera tenido tiempo de terminarla una enorme bellota se desprendió de una rama y cayó sobre mi ojo derecho con una fuerza casi sobrenatural. Lo siguiente que recuerdo es el servicio de urgencias de un hospital y a un joven médico examinando con incredulidad su primera córnea ulcerada por el impacto de un fruto silvestre.

Aquello constituyó el fin de la comunicación entre el roble y yo. Jamás volví a preguntarle nada, jamás volví a recostarme bajo sus ramas, jamás volví a confiar en ningún tipo de bellota.

Mi experiencia de adolescente con el roble de tía Sarah es un ejemplo para ilustrar uno de los aspectos más difíciles de las rupturas: el momento de cortar la comunicación. De la misma forma que un agudo dolor, un dolor insoportable, puso fin a mi idilio de diez años con el viejo árbol de mi tía abuela, la intensidad del sufrimiento sentimental es la medida que debe utilizar una chica Parker para poner coto a los cafés esporádicos, los mensajes y las conversaciones con el hombre que se fue. «Vileza es mostrarse débil, bien en las obras, bien en el sufrimiento», rezaba el Satán de Milton. La debilidad en el sufrimiento es, una vez más, algo que puede permitirse cualquier mujer.

Cualquier mujer, pero no una chica Parker.

Pese a eso, no vamos a engañarnos. Mostrar fortaleza en el sufrimiento no es fácil. Requiere hacer el esfuerzo de elegir entre dos opciones igualmente dolorosas: una de ellas —la ruptura— infligida por el otro; la otra —el fin de la comunicación— elegida por una misma



y, por lo tanto, más difícil de soportar que la anterior.

Como ocurre en la mayoría de las ocasiones, optar por la debilidad supone elegir el peor de los caminos. Implica aferrarse a un contacto que ya no significa lo que un día significó. Implica aceptar una dosis cada vez más baja de atención y estar a merced de que ese novio, marido o amante se despierte un día con la sensación de que tiene un lastre sujeto a sus pies. Implica que en algún u otro momento aparezca una tercera persona que acabe con el contacto y, de paso, con la autoestima de la novia, esposa o amante abandonada. Implica aceptar un dolor lento y renunciar a cambio a cualquier esperanza de cerrar esa etapa con dignidad y con respeto. Si acaba usted de ser abandonada y no sabe cuándo o cómo va a conseguir las fuerzas necesarias para echar el candado, recuerde que la compasión no ha sido nunca un puente hacia el amor. Mírese al espejo cada mañana y observe su rostro. Vea la tristeza que hay en él, vea los restos de la ansiedad, de las veces que llora cada día, de las noches que no duerme, de la comida que deja en el plato.

Vea todo eso y después tendrá la respuesta del cuándo y tendrá la respuesta del cómo.

Ningún hombre merece que entregue su vida y su felicidad a no ser que esté dispuesto a hacer lo mismo por usted.

¿Lo está el suyo? Entonces ya sabe lo que tiene que hacer.

Hágalo hoy.



Capítulo 7

¿Por qué no me morí entonces? —añadió de pronto la Maslova echándose a llorar.

LEÓN TOLSTOI, *Resurrección*

LAS CHICAS PARKER ELIGEN SU DESTINO

Cuando Marianne Dashwood, una de las dos heroínas de *Sentido y Sensibilidad*, de Jane Austen, descubre que el hombre al que ama ha decidido casarse con otra, su dolor es tan insoportable que a punto está de acabar con ella. Marianne, prototipo de mujer romántica, no logra comprender cómo el objeto de sus desvelos coloca por delante de ese sentimiento las ventajas de un matrimonio con una dama que posee 50.000 libras anuales de renta. Pronto descubrirá también que, además de interesado, ese hombre es un canalla. «No me importa que sepan que estoy derrotada. Que el mundo conozca libremente su victoria. [...] Tengo que sentir... tengo que ser desdichada... Y que disfruten, si lo que quieren es verme así», se lamenta frente a los intentos de su hermana por consolarla.

Fruto del debilitamiento que el ayuno, el insomnio y el dolor provocan en ella, Marianne cae gravemente enferma poco después de salir a dar «dos deliciosos paseos crepusculares» y volver a casa con los zapatos y las medias mojadas. Su enfermedad y su dolor son los mismos que inundan a la Natasha de Dostoievsky en *Humillados y Ofendidos*, a la Tatiana de Pushkin, a la Anna Karenina de Tolstoi, a la Ofelia de Shakespeare, a la Catherine Earnshaw de Emily Brönte o a la Emma Bovary de Flaubert. Es un dolor que usted, si está leyendo este libro, seguramente conoce también. Porque es el mismo dolor que toda mujer abandonada ha sentido alguna vez.

El dolor sentimental es la enfermedad que sigue a la ruptura. A veces resulta abrumador y se percibe de inmediato, otras surge despacio y afianza sus raíces en silencio. En el primer caso, las señales son inconfundibles: la angustia, las lágrimas, la ansiedad y la desesperación son sentimientos comunes en las mujeres enamoradas y abandonadas. También lo son el odio, el rencor, la incredulidad, el desprecio y la autocompasión. Todas ellas constituyen muestras de un dolor agudo que dura días, incluso semanas, tal vez un mes, pero que no suele extenderse mucho más allá, ya sea porque todo lo intenso suele ser breve o porque nadie es capaz de soportar una tensión emocional de esa magnitud prolongada en el tiempo.

Pero es el segundo tipo de dolor, ese sordo y callado que llega tras las primeras semanas o el primer mes, el más peligroso y el más destructivo. Es ese dolor que no muestra signos exaltados, que se vuelve rutinario, que acompaña cada día y que, por lo mismo, desgasta y mina sin que apenas se perciba externa ni internamente. Las lágrimas en soledad, la falta de apetito, el cansancio físico y la somnolencia son las señales que evidencian este segundo tipo de dolor.

Su alimento es siempre el mismo: los días pasan despacio y no hay noticias del hombre que se fue. Al principio se espera impaciente una llamada de teléfono, un mensaje de correo electrónico, una carta. Pero el tiempo acaba con esa esperanza y es entonces cuando llega la tristeza crónica, cuando se pierde peso, cuando desaparecen las ganas de maquillarse o de vestirse, cuando no se puede soportar ver películas de amor, caminar por las calles por las que



se caminó con él, ir a aquel restaurante favorito, ver a aquella pareja abrazándose en un parque.

«Tengo que sentir... tengo que ser desdichada», repite Marianne Dashwood desde el pozo de su desesperación. Y, sin embargo, la gran verdad es que no hay por qué sufrir y no hay por qué ser desdichada. Al menos, no hasta el fin de los tiempos. Es cierto que la tristeza resulta inevitable durante cierto periodo, al menos si partimos del hecho de que hemos querido al hombre que se fue, pero alargarla más de lo razonable no es una necesidad, es una elección. Marianne Dashwood sufrió más allá de lo tolerable, sufrió hasta el límite que sus fuerzas le permitieron soportar. Y su sufrimiento no sirvió más que para impedirle ver cómo la vida seguía a su alrededor. Seguía, aun cuando ella sufría.

Sufrir después de una ruptura es natural y hasta saludable. Cierta dosis de dolor permite conocerse a una misma hasta un punto insospechado y poner a prueba el carácter y la capacidad de resistencia. Pero el dolor excesivo no ayuda y tampoco fortalece: el dolor excesivo sólo destruye. Por ello es importante ser consciente de que el dolor sentimental debe tener un límite. Y también lo es rodearse de familiares y amigos con la fuerza suficiente como para señalarlo.

Al revés que las Marianne Dashwood de este mundo, una chica Parker sabe que su destino es ser feliz, no desdichada. Sabe que el orgullo y la independencia no pertenecen sólo a quienes sufren poco, como pensaba Marianne, sino a quienes aún habiendo sufrido mucho tienen el valor de levantarse después de haberse caído.

Afortunadamente, en las páginas finales de *Sentido y Sensibilidad*, Jane Austen nos devuelve al buen camino.

«Marianne Dashwood había nacido para un destino extraordinario. Había nacido para descubrir la falsedad de sus opiniones, y para contrarrestar, con sus obras, sus más preciadas máximas».

CÓMO DOMINAR LOS FLASHES

Hay quien se sorprende todavía de que de vez en cuando, casi siempre en algún rincón de Estados Unidos, alguien afirme haber visto a Elvis Presley. Y sin embargo, no hay nada más natural que ver de forma insistente la imagen de una persona a la que se desea mucho ver. Las mujeres que han sufrido una ruptura saben perfectamente lo que quiero decir. Una de las experiencias más desestabilizadoras de las separaciones consiste en dejar atrás al ex, sea del tipo que sea, para casi inmediatamente y sin solución de continuidad comenzar a verlo entre las multitudes, en la cola del cine, en la sección de comida macrobiótica del supermercado o en un puesto de información de British Airways en el aeropuerto de Singapur.

Por supuesto ninguno de los que ven a Elvis Presley y pocos de los que ven a su ex, gozan de un sentido del equilibrio envidiable. Nadie se atrevería a negar que alguna vez sea posible cruzarse con una antigua pareja, pero el tipo de visión al que me refiero no puede englobarse bajo el término «alguna vez», sino más bien bajo el bastante menos moderado «continuamente». Vislumbrar una mañana a un ex novio o a un antiguo marido en la sección de corbatas de unos grandes almacenes es relativamente normal. Encontrárselo tres veces ese mismo día en la calle, coincidir con él en el mismo restaurante, avistarlo en un autobús urbano y, casi inmediatamente después, observarlo mientras sube a una línea de un tren de alta velocidad es, definitivamente, un exceso.

«Cuando era mi marido no le veía nunca. Ahora, en cambio, le veo en todos los sitios», me contó con cierto humor Hariza, una mujer que entrevisté en Abbdis Abeba. Desde que su esposo la abandonó, Hariza no cesaba de verlo en todos los rincones de la ciudad, en el



mercado, delante de la mezquita o en la puerta de su casa. Idéntica experiencia me relató Jocelyn, una canadiense afincada en Colombia que, tras romper con su novio, no dejaba de encontrárselo allá donde dirigiera la vista. «Lo terrible, Penelope, es que José era calvo y bajito. Fíjate bien: calvo y bajito. ¿Cuántos hombres en el mundo crees que responden a esa descripción?», me confesó durante la charla para el libro. Durante varios meses cada vez que Jocelyn oteaba a un calvo bajito el corazón le daba un vuelco y durante un segundo estaba segura de que era él. Después se tranquilizaba, enfocaba mejor y se daba cuenta de que no era así.

En realidad la insistencia de Hariza y de Jocelyn en ver al hombre que se fue en cada rostro y en cada cuerpo es la manifestación más común de una de las primeras reacciones postruptura: los flashes. Los flashes —visiones fugaces e imaginarias— no se limitan a transformar rostros y cuerpos de ciudadanos anónimos en réplicas del hombre que se fue, sino que a menudo reproducen de forma insistente escenas completas de la relación que terminó. En ocasiones esas escenas son duras o conflictivas; la mayoría de las veces se trata de momentos felices y placenteros.

Es precisamente esa revisión de momentos agradables y la consiguiente y abrupta vuelta a la realidad lo que hace de los flashes una experiencia peligrosa y un impulso a evitar. Porque como todo ejercicio en una mente sana, los flashes pueden controlarse. No voy a negar que ese control requiere de un considerable esfuerzo de voluntad y de una buena dosis de concentración, pero tanto la voluntad como la concentración son dos virtudes clásicas de una chica Parker.

En mi caso, los árboles siempre han sido un valioso recurso para controlar los flashes. Mi preferido es el ginkgo, un fabuloso árbol con hojas en forma de abanico bajo el que se dice que Siddharta encontró la iluminación. En otoño las hojas del ginkgo se desprenden y forman una alfombra de oro alrededor de su tronco. Cada vez que mi mente comienza a evocar imágenes dolorosas del pasado sustituyo inmediatamente esa visión por la estampa luminosa de un viejo ginkgo en otoño.

Puede parecer un truco simple, pero créame, funciona. Tal vez en su caso no tenga por qué ser un árbol, puede ser el rostro de una persona de su familia, puede ser un amigo, un paisaje que recuerda con afecto, la mirada de su gato o de su perro o la sonrisa de un actor de cine. No importa cuál sea la estampa que elija, lo importante es que le sirva para sustituir y hacer desaparecer de inmediato esos flashes que la llevan al pasado y le impiden caminar hacia el futuro.

La mente puede convertirse en la mejor amiga, pero también en la peor enemiga de una mujer abandonada. Por eso convertirse en una chica Parker implica aprender a dominar la imaginación y a doblar los recuerdos.

Más tarde, un buen día, podrá abrir la mano y dejarlos volar.

AMIGAS QUE AYUDAN Y AMIGAS QUE ESTORBAN

Si echa la vista atrás verá que en el capítulo III de este libro analizamos a dos tipos de mujeres fundamentales para cualquier chica Parker: las mujeres para inspirarse y las mujeres de las que se debe huir. Esta distinción, válida a lo largo de las distintas etapas de la vida, se hace especialmente importante en los primeros meses posteriores a la ruptura. Es entonces cuando la mujer abandonada se hace perfectamente consciente de las cualidades y los defectos de las personas que la rodean y de su capacidad para ayudarla a superar su dolor.

Mi primera medicina tras una ruptura es la compañía de las mujeres de mi familia y el



respaldo de mis amigas más íntimas. La elección de las primeras es cosa de la naturaleza. La de las últimas, sin embargo, es el resultado de otra importante clasificación que toda chica Parker debe aprender a realizar: la que diferencia entre amigas que estorban y amigas que ayudan.

En éste, como en otros tantos asuntos, no hay recetas mágicas que nos permitan tomar la decisión correcta. Al hablar de estos dos tipos de amistades no pretendo sugerir que se haga de la ruptura una suerte de rito de iniciación, de forma que algunas candidatas sean coronadas y otras arrojadas a los leones. Una amiga que estorba en la ruptura puede ayudar en la felicidad. Y en el extremo opuesto, hay personas que sacan lo mejor de sí mismas a la hora de ayudar a los demás y, sin embargo, se muestran débiles o torpes cuando las dificultades desaparecen.

Lo cierto, sin embargo, es que una mujer abandonada no puede permitirse el lujo de rodearse de personas que puedan hacer peligrar su ya de por sí frágil equilibrio. Aunque resulte duro decirlo, no es éste el momento de ser delicada; de ser cortés, dócil y considerada. Una mujer recién abandonada tiene que manejar su vida con la misma frialdad con la que un equilibrista vigila sus pasos en la cuerda floja. Su primer deber, su primera tarea, es asegurarse de que no hay nada a su alrededor que pueda desestabilizarla y hacer que se derrumbe. Es por ello que resulta tan importante alejar a las amigas que estorban y acercarse a las amigas que ayudan.

Ninguna mujer necesita un manual de instrucciones para saber qué amigas son un bálsamo y qué amigas no lo son. Esa amiga que nos hace calmarnos y sentirnos mejor, que nos habla con claridad, pero con dulzura, que insiste en que normalicemos nuestra vida, pero no nos fuerza a ello, que nos arranca una sonrisa aún en los momentos más bajos o que nos hace razonar una y otra vez para desechar la misma idea fija, ésa es la amiga que ayuda. Por el contrario, esa otra amiga, también bienintencionada, pero torpe o con poca capacidad de empatía, esa amiga que nos regaña, se impacienta, es dura o desconsiderada, ésa es la amiga que estorba.

Contar con una o dos amigas que ayudan cuando se vive una ruptura es tener un tesoro. Saber que se puede levantar el teléfono y hablar con una voz comprensiva y serena, que se puede tomar un café con alguien que hace las preguntas justas y recuerda los detalles importantes, que se pueden revisar y diseccionar una y otra vez los fantasmas que pueblan la mente hasta que a fuerza de análisis desaparecen del todo, es un valioso regalo.

Dedique tiempo a elaborar su lista de amigas que ayudan. Dedique tiempo antes de que una nueva ruptura llame a su puerta.

Pero, asegúrese al mismo tiempo de que es usted merecedora de ocupar un lugar similar entre la lista de las amigas a las que quiere.

LA BELLEZA TIENE ENEMIGOS

A partir de los 25 años toda chica Parker debe contar con un buen cirujano plástico o, al menos, con un buen médico de estética. La razón es muy sencilla: a partir de los 25 años hay que comenzar a asumir que el aspecto, como la personalidad o la inteligencia, forma parte de nuestro capital y no debe derrocharse.

Tengo que reconocer que no me tienta la cirugía estética y que únicamente la entiendo en casos excepcionales. Sin embargo, hoy en día las mujeres y los hombres cuentan con un amplio espectro de técnicas no quirúrgicas que permiten mantener la piel en buen estado, suavizar los estragos causados por el tiempo, el sol, los malos hábitos y los disgustos y conservar la belleza más allá del plazo razonable.



Entre los peores enemigos de la belleza de una chica Parker figuran, sin duda alguna, el alcohol y la nicotina. Aún sin mencionar el daño a la salud, primera razón para abandonar el tabaco, consumir cigarrillos es una práctica anacrónica que deteriora el aspecto de la piel, inunda con un olor persistente ropa y cabello y oscurece los dientes. Abusar del alcohol produce, a su vez, aumento de peso, profundiza las ojeras y resta frescura y vitalidad. Además, y aunque pocas mujeres caigan en la cuenta de ello, la costumbre de arrastrarse de bar en bar, de cigarrillo en cigarrillo y de copa en copa los fines de semana supone tirar a la basura todo el dinero invertido en cremas, cosmética y masajes. Es posible que si tienes 20 o 25 años todo esto no te importe demasiado ahora, pero créeme, a partir de los treinta te importará. Te importará incluso más allá de lo razonable.

Si usted tiene más de treinta años sabrá perfectamente de qué estoy hablando.

Beber y fumar no son los únicos enemigos a batir. La falta de sueño, la mala alimentación y el exceso de sol pasan factura a una edad en la que ni siquiera un buen cirujano plástico puede hacer mucho. «A mi consulta llegan mujeres que parecen haber pasado toda su vida trabajando en el campo. Son mujeres acomodadas, que llevan años tostándose al sol en barcos y playas y que ahora, a los 50 años, tienen la piel tan gruesa como una campesina», suele decir mi asesor de belleza y cirujano plástico. Salir hasta las seis de la mañana un día sí y otro también, tumbarse al sol sin protección suficiente (en el caso del rostro, el sol ni siquiera debería tomarse con protección) y comer mal supone comprar un pasaje a la decadencia antes de tiempo. Implica, además, renunciar a envejecer con serenidad y con belleza. Porque vejez y belleza no tienen por qué ser términos excluyentes, aunque a menudo terminen siéndolo.

Hay un último factor dentro de este capítulo que muchas mujeres no tienen en cuenta. La tristeza, en general, y especialmente la tristeza que sucede a las rupturas es el gran enemigo de la belleza, el más insidioso, el menos controlable, el más silencioso. Es un arma de varios filos, porque ataca el físico desde múltiples frentes y lo hace al mismo tiempo: produce estrés y ansiedad, provoca insomnio, disminuye el apetito y hace perder peso o, por el contrario, dispara la sensación de hambre y hace ganar kilos, desata torrentes de lágrimas que hinchaban el rostro y reseca la piel. Constituye, por decirlo así, la bestia negra de la estética femenina. Y, sin embargo, pocas mujeres se deciden a combatirla.

Hay que reconocer que cuando una mujer es abandonada el cuidado de la belleza no es una de sus prioridades. No puede serlo en un momento en el que apenas puede pensar en otra cosa que en sí misma y en el hombre que se fue. Y, sin embargo, afrontar una ruptura con el convencimiento de que ésta puede no sólo arruinar nuestra felicidad, sino también nuestro físico, supone una diferencia considerable. Es posible que en las primeras horas, días y semanas resulte muy difícil, por no decir imposible, preocuparse de comer bien, dormir lo suficiente, hidratarse la piel y el cabello, controlar el llanto. Pero, más adelante, cuando esa primera embestida de dolor se aleja y se instala esa otra tristeza de la que hablamos en un epígrafe anterior, entonces sí es posible prestar un poco de atención al aspecto físico e impedir que la ruptura resquebraje no sólo nuestra vida, sino también nuestra belleza.

Al contrario que en ocasiones anteriores, aquí sí existen trucos para lograrlo. Al igual que los flashes se combaten visualizando inmediatamente una imagen agradable, en el caso de las lágrimas debe usted repetir esta frase cada vez que tenga un acceso de llanto: ningún hombre merece que arruine sus ojos por su causa, ninguno en absoluto. Cada vez que se sienta al borde de las lágrimas, cada vez que comience a llorar, piense en esta máxima.

La ayudará bastante más de lo que se imagina, porque sacará de su interior ese resto de orgullo que la ruptura ha sepultado, pero que todavía está ahí.

Respecto a la comida y el sueño, recuerde que el objetivo de todo lo que hemos narrado en este libro hasta el momento es lograr que el hombre que se fue regrese a usted. Y si ése es el objetivo, de poco servirá poner en práctica estrategias y principios si cuando él regrese no



encuentra nada más que ruinas.

No es la ruptura el momento de abandonar el maquillaje, ahorrar en cremas, descuidar la depilación o dejar de visitar la peluquería. Es más bien el momento de intensificar todas esas actividades, el momento de mimarse, de cuidarse, de invertir en cremas y masajes, de cambiar el color de su pelo, ensayar un nuevo corte o dejárselo crecer. Es el momento de volver a casa y, en lugar de arrojarse sobre la cama a llorar, prepararse con decisión una buena cena, llenar la bañera de agua caliente y sumergirse en ella para, después, llevarse un buen libro a la cama y dormir plácidamente.

No olvide que conservar y cuidar la belleza supone mantener el orgullo y la autoestima que hacen de una mujer un ser fascinante y maravilloso.

Sí, es difícil y, sí, requiere esfuerzo.

Pero eso ya lo sabía antes de comenzar a leer este libro.

CONVERSACIONES ÍNTIMAS CON EL ESPEJO

Cuando era una niña y vivía en la casa que mis padres tienen en Nueva Delhi adopté la costumbre de hablar sola frente al espejo. Cuando me sentía triste, cuando me sentía sola, cuando me sentía incomprendida o asustada, me acercaba a un enorme espejo que había en un rincón de mi cuarto y comenzaba a hablar. Era una verdadera conversación, un animado diálogo en el que una parte de mí exponía y la otra reprendía, una parte aconsejaba y la otra consolaba. Con el tiempo y a medida que fui creciendo conservé la costumbre, pero cambié el escenario. Ya no se trataba del espejo de mi habitación, era el espejo de un hotel, de un nuevo apartamento, del cuarto de baño de un avión, de los lavabos de un aeropuerto, de un restaurante o de un club. Los diálogos, sin embargo, eran los mismos y su efecto, como siempre, profundamente tranquilizador.

A lo largo de mis experiencias con el hombre que se fue, los diálogos con el espejo han sido un apoyo valioso. Pese a contar con un amplio grupo de amigas que ayudan, con un fiel séquito de amigos y ex novios dispuestos a prestarme un hombro sobre el que llorar, ha habido momentos en los que sólo los diálogos con mi otro yo me han dado reposo. Momentos a media noche o al filo de la madrugada en los que únicamente el espejo podía reprenderme con la suficiente firmeza y la suficiente confianza como para hacerme razonar. De la misma forma que hay personas que necesitan escribir cartas para sacar fuera todo lo que tienen dentro de sí, hay otras que utilizan el espejo para desdoblar su personalidad y decirse a sí mismas lo que necesitan oír.

Enfrentarse a la propia imagen con los ojos enrojecidos por el llanto es un buen acicate para reaccionar en un momento de dolor. No hay salida entonces, no hay excusas, no hay visiones románticas del sufrimiento, no hay suavidad. De pie frente al espejo se vislumbra la realidad sin adornos: él se ha ido y una no sólo está sola sino, además, está horrible.

Así, mientras llorar sobre la cama o el sofá es un episodio de dolor romántico, llorar frente al espejo es una experiencia dura y profundamente real. Pocas mujeres después de haberla vivido continúan abandonándose al dolor, porque la impresión de verse derrumbada frente a una misma dura lo suficiente como para sacar fuerzas de flaqueza y levantarse.

La próxima vez que se abandone a las lágrimas después de una ruptura, hágame caso. Busque un hermoso espejo en su casa y mírese en él. Lea en su rostro las marcas del sufrimiento y anímese en voz alta, dígame a sí misma todo lo que sabe, todo lo que conoce, todo lo que la convierte en una chica Parker.

Después, cuando ya no soporte ver tanta congoja, séquese las lágrimas, lávese la cara, maquílese con cuidado y salga a comprarse un buen par de sandalias.



Se sentirá mejor, se lo aseguro.

MANTENER LA MENTE A RAYA

«¡Oh! ¡Cuánta, cuánta es mi desdicha, de haber visto lo que vi, para ver ahora lo que veo!», se lamenta Ofelia en el drama de Shakespeare. Convencida de que Hamlet ha perdido la razón, la dureza del trato que recibe de él y la tristeza que le provoca la muerte de su padre la sumen en la desesperación y provocan su suicidio. Un suicidio, como todos, nada hermoso, pese a que la pintura prerrafaelista nos haya dejado una evocación romántica de la muerte de Ofelia en el río.

El suicidio femenino —el suicidio de Ofelia— no es ni mucho menos una excepción en el comportamiento de las heroínas literarias clásicas. Julieta, Emma Bovary, Edna Pontellier, Anna Karenina... la lista es larga y la conclusión, obvia: el desamor trae consigo pensamientos negativos que llevados al extremo conducen a la auto-destrucción.

Por supuesto que los pensamientos negativos que rondan la mente de las mujeres abandonadas no tienen por qué llevar al extremo de Ofelia. Afortunadamente, en una abrumadora mayoría de ocasiones no es así. Pero pese a ello, la mente de una esposa, amante o novia abandonada es un espacio fértil para las ideas oscuras y los pensamientos tristes. Como ya hemos relatado en el capítulo VI, en ocasiones se trata de ideas negativas sobre el aspecto físico o la inteligencia. Otras veces se refieren a la imposibilidad de seguir adelante sin el hombre que se fue, al convencimiento de que se ha perdido toda oportunidad de ser feliz o al temor a no volver a enamorarse nunca más.

—¿Y si no vuelvo a enamorarme? ¿Y si me convierto en una de esas mujeres que no cesan de rememorar su amor de juventud porque no han vuelto a encontrar otro? —me preguntó una mañana mi amiga Gabrielle mientras nos dábamos un masaje en mi suite del hotel Hyatt de Shanghai con una fabulosa vista de la ciudad a nuestros pies.

—Volverás a enamorarte, tal vez incluso del mismo hombre. Ya sabes lo que pienso sobre eso —le respondí, un poco cansada tras dos días de analizar exhaustivamente el comportamiento del marido de Gabrielle, que acababa de abandonarla y con el que estaba tramitando el divorcio.

—¿Y si no es así?

—Si no es así, el mundo seguirá girando y tú encontrarás la forma de ser feliz —repuse—. Y mientras tanto y cuando menos te lo esperes un hombre te verá girando con el mundo, extenderá los brazos y te atrapará.

La atraparon, doy fe de ello, y su historia tuvo un desenlace feliz.

Pero no siempre sucede así.

En ocasiones los pensamientos destructivos actúan como una barrera que impide llegar a ver siquiera el horizonte. Como esos asnos a los que se les tapa los ojos para que no se desvíen del camino, muchas mujeres abandonadas caminan sin posibilidad de elegir rumbo, cegadas por ideas preconcebidas y pensamientos destructivos que les impiden salir adelante.

Aparentemente, muchas de esas mujeres se han recuperado de sus rupturas sentimentales. Han dejado atrás las lágrimas, la tristeza crónica, la expresión de hastío. Pero no están curadas. Si se observa su comportamiento con atención se descubre que ya no tienen la alegría de antes, que la manera en la que se relacionaban ha cambiado, que el cuidado con el que se arreglaban cuando salían a cenar o a tomar una copa, ha desaparecido. Ya no creen que vayan a enamorarse de nuevo, ya no tienen fe en que ese acontecimiento ocurra. Y una vez que pierden la fe pierden también la esperanza y con ella las posibilidades de conseguir lo que un día ansiaron.



Los pensamientos negativos no son más que eso, pensamientos. No son barreras infranqueables, no son murallas espesas. No son más que piedras en el camino y, como tales, pueden superarse.

La mente —lo hemos dicho varias veces— puede domesticarse, puede doblegarse y moldearse, como la arcilla con la que creamos nuestras primeras figuras cuando somos niñas. Por eso, si hay un momento en el que hay que imponerse sobre la mente, en el que hay que aplastarla sin miramientos, ése es el momento de la ruptura.

Una chica Parker, al menos una que se precie, mantiene la mente a raya y guarda la esperanza bajo llave.

Una chica Parker, ocurra lo que ocurra, jamás pierde la fe.

UNA CHICA PARKER GUARDA LOS REGALOS

Una de las mejores formas de vislumbrar lo que ha sido la vida sentimental de una mujer es examinar los regalos que le hicieron los hombres que la quisieron y a los que quiso. Hay mujeres que guardan valiosos tesoros: joyas, pieles, fabulosas ediciones de libros, maravillosos vestidos. Hay otras, como es mi caso, que conservan tesoros sencillos, detalles tontos y espontáneos.

En mi cofre de regalos de hombres que me han querido guardo dos piedras recogidas junto a la tumba de Emily Brönte, una tela antigua traída de Perú, varios colgantes y pulseras de artesanía inca, un sari bordado en oro, decenas de malos poemas de amor, una figura de madera robada de un cóctel en una embajada, una pulsera art decó, un álbum con recortes y recuerdos de la historia que tuve con el hombre que me lo regaló, varios vestidos de una tienda que lleva mi nombre en Madras, un traje de seda china, el primer juguete de uno de los hombres que me quisieron, flores, una edición antigua de obras selectas de Shakespeare... La lista es larga y su principal valor no es económico. Tal vez porque, en mi caso, siempre he querido a hombres lo suficientemente inteligentes como para saber que lo que yo quería de ellos no eran regalos caros.

Algunas mujeres consideran importante recibir un brillante de vez en cuando o unas perlas. Sin embargo, las chicas Parker dejamos esos regalos para más adelante. Tal vez después de cumplir los 40; desde luego, nunca antes de los 30. «Las perlas antes de los 50 avejentan», solía decir mi tía abuela Sarah. Yo creo que tiene razón. La ternura de los regalos de novios, maridos y amantes es la cara amable de la moneda, pero ésta también tiene su cruz.

Cuando llega la ruptura y durante los meses siguientes a ésta cada uno de esos detalles se convierte en un recordatorio vivo del hombre que se fue, en un guante de boxeo que nos golpea una y otra vez en el mismo punto. Es entonces cuando se llega a una terrible encrucijada: tomar la decisión de deshacerse de los regalos o conservarlos día a día hasta acostumbrarse a su presencia sin sentir dolor, aun a riesgo de retrasar así el momento de la recuperación.

En realidad hay una tercera solución no tan drástica como la primera, pero bastante más eficaz que la segunda. Al igual que muchas mujeres no rompen las fotografías del hombre que se fue, sino que las guardan hasta que el tiempo les permita volver a verlas con serenidad, reunir los regalos y guardarlos en un lugar de difícil acceso o incluso en la casa de alguien cercano es una buena forma de blindarse frente al dolor. También es el modo de conservar el testimonio de una época que, le guste o no, formó parte de su vida.

Si tuvo usted la fortuna de encontrar a un hombre al que quiso profundamente y con el que fue feliz, hágame caso: busque un sitio alejado y seguro para todos esos recuerdos. Llame



a una amiga y pídale un rincón en su sótano o su desván. Enciérrelos en un baúl y guárdelos en un altillo, lejos de su alcance y lejos de su vista. Guárdelos todos, también las cartas y las fotografías. Guárdelos todos y, después, mire a su alrededor.

A partir de ahora tiene usted todo a su favor para recuperarse.

*Aproveche la oportunidad.
Es también un regalo.*



Capítulo 8

Bien —pensó gravemente—; yo tengo algo que no tienen otras mujeres, aún las más bonitas..., y es una cabeza que ha tomado una firme resolución.

MARGARET MITCHEIX, *Lo que el viento se llevó*

CÓMO SOBREVIVIR A LA FALTA DE NOTICIAS

Uno de los aspectos más difíciles de comprender del método Parker es la necesidad de olvidarse realmente del hombre que se fue. No se trata de borrar su recuerdo, tampoco de convencerse a sí misma de que nunca existió, ni siquiera de fingir que jamás tuvo un papel en su vida. Olvidar realmente al hombre que se fue en el sentido del método Parker implica simplemente dejar de esperarle. Suena muy sencillo, parece muy simple, pero es terriblemente difícil de lograr.

Hay mujeres que no advierten la diferencia entre olvidar y fingir que se olvida; mujeres que creen que con actuar como si hubiesen olvidado al hombre que las abandonó la tarea está hecha. En cierto modo, tienen razón. El primer paso para olvidar al hombre que se fue consiste en actuar como si se le hubiese olvidado ya. Pero fingir no es suficiente. Por muy buena actriz que usted sea llegará un momento en que se dará cuenta de que lo que está haciendo es sólo eso: desempeñar un papel.

Olvidar al hombre que se fue supone bastante más esfuerzo que el necesario para fingir. Requiere levantarse cada mañana y seguir todas las pautas de recuperación que hemos apuntado en los capítulos anteriores: comer bien, dormir bien, cuidarse y arreglarse, rodearse de amigas que ayudan, guardar fotografías y regalos, adoptar técnicas para eliminar los flashes... Requiere convencerse de que hasta que ese hombre y sus andanzas desaparezcan de su mente, hasta que su imagen deje de ser el primer y el último pensamiento del día, hasta que cese de abrir el correo electrónico con la esperanza de ver un mensaje suyo, hasta que se canse de mirar el teléfono móvil con la esperanza de que llame, hasta entonces, no habrá ni la más mínima posibilidad de que él regrese.

Convencerse de ello tampoco es tarea fácil. En ocasiones, apuesto a que sabe de qué estoy hablando, hay una voz interior que se rebela contra la idea de olvidarle. Una voz que grita que no se le quiere olvidar, que no se le va a olvidar. Y, sin embargo, el proceso de olvidar que el método Parker propone no es un olvido clásico; no es ese olvido que se asemeja sospechosamente al abandono o al fracaso. En el método Parker el esfuerzo necesario para olvidar al hombre que se fue es únicamente una premisa para recuperarle. Si no es exactamente una victoria, al menos es una táctica necesaria para obtener la victoria.

«En cuanto al recuerdo de Rodolphe, lo había enterrado en lo más profundo de su corazón y yacía allí, solemne e inmutable, como la momia de un rey en una cripta.» Emma Bovary, como muchas otras heroínas decimonónicas, precisa pasar una aguda enfermedad y una lenta recuperación para lograr olvidar a su amante. Algo más de 150 años más tarde, las mujeres que pasan por un proceso de ruptura no pueden permitirse el lujo de guardar cama y permanecer reclinadas en una cómoda convalecencia; no pueden permitirse pasar los días entregadas a la meditación o a los pensamientos tortuosos. Tienen que levantarse cada



mañana y salir a trabajar, tienen comidas de negocios que les impiden volver a casa y descansar, tienen reuniones, tienen cócteles y fiestas, tienen películas en las que sumergirse al volver a casa, tienen todos los libros del mundo para entretener sus mentes. Y es por ello que tienen muchas más ventajas a la hora de olvidar.

*Lo único que no deben hacer y en lo que no deben caer,
es en hundirse en la desesperanza.
Anótelo, anótelo bien. Es importante.*

LAS CHICAS PARKER NUNCA ESPERAN

Si ha llegado usted hasta las páginas de este libro probablemente haya sufrido recientemente una ruptura sentimental traumática y no deseada. A lo largo de esta obra ha aprendido qué hacer y qué no hacer para convertirse en una chica Parker y, a partir de ahí, conseguir que el hombre que la ha dejado regrese a usted. En ese sentido, el método Parker parte de una cierta dosis de esperanza. La esperanza de revertir ese proceso de ruptura, la esperanza de lograr que un buen día y finalmente él vuelva a usted.

Pero la esperanza del método Parker no es una esperanza estática. Como ya hemos repetido, una de las dos grandes premisas que preceden a la vuelta del hombre que se fue, es el hecho de que la novia, esposa o amante abandonada se recupere y vuelva a ser la mujer que fue. Esto significa que no basta con leer el método Parker. Hay que leer, hay que practicar y hay que vivir el método Parker. Hay que levantarse y pelear día a día, hay que trabajar, hablar, sonreír, salir con los amigos, dedicarse a una misma, conocer a otras personas. Hay que remontar el curso del río, nadar a contracorriente y hacerlo con la única ayuda de la propia voluntad. Y hay que hacerlo porque el peligro de abandonarse únicamente a la esperanza, el peligro de dejarse ir y sumergirse en la ensoñación de que tal vez un día él vuelva, es convertirse en una mujer atrapada por los recuerdos y sepultada por las fantasías.

Diferenciar entre la esperanza y el inmovilismo es por ello una de las claves del método Parker: una chica Parker no es una mujer que espera, es una mujer que actúa. Por eso resulta tan importante aprender a compaginar la esperanza con la acción y comenzar a asumir que el hombre que se fue no regresará a menos que la mujer a la que abandonó deje de esperar pasivamente y siga adelante.

«No debes volver a llamarle por teléfono, pase lo que pase. Los hombres no pueden admirar a una muchacha que los persigue, aunque sea un poco duro decirlo en estos términos. Y tienes que volver con tus amigos y salir con ellos. No te quedes en casa rogando que suene el teléfono, Sylvie. Sal, compórtate con alegría y ésta llegará», explica la experimentada señorita Marion a su alumna, la inexperta Sylvie Peyton, en *Consejos a la Joven Peyton*, un relato escrito por Dorothy Parker para Harper's Bazaar en 1933. Pese a haber sido escrito hace más de 70 años, el cuento describe admirablemente la necesidad de dejar de esperar la vuelta del hombre que se fue y, al mismo tiempo, la dificultad que esa actitud entraña.

Pese a la retahíla de recomendaciones que la señorita Marion vierte sobre la joven Peyton, el final del cuento nos descubre a una profesora desesperada que no puede evitar hacer lo contrario a lo que predica. «¿Podría hablar con el señor Lawrence, por favor?... ¡Oh!, ¿no ha vuelto todavía? ¿Podría decirme dónde puedo localizarlo?... Ah, no lo sabe Entiendo. ¿Tiene la menor idea de si estará allí más tarde?... Entiendo. Gracias. Bien, si vuelve, ¿tendría la amabilidad de pedirle que telefonee a la señorita Marion?... Sí, Marion. Cynthia Marion. Gracias... Sí, he llamado antes. No olvide decírselo, por favor. Muchas gracias».

Los sentimientos femeninos han cambiado muy poco desde que se leían esos relatos del



Harper's Bazaar de los años treinta. Hoy, las mujeres seguimos teniendo grandes dificultades para serenarnos tras el proceso de ruptura. Es cierto que es una meta difícil, pero que sea difícil no significa que resulte imposible.

Como buena chica Parker debería usted estar acostumbrada a coronar cimas inalcanzables para el resto de las mujeres. Acostumbrada a dominarse, a mantener la calma, a no perder la sonrisa. Aunque sea complejo aprender a esperar sin perder la capacidad de actuar y sin dejarse, al mismo tiempo, llevar por el impulso de perseguir al hombre que se fue, debe usted practicar una y otra vez esta virtud.

*La de mirar al futuro con esperanza
y avanzar hacia el con paso firme.*

LA ETAPA DE BARBECHO

Cuando mi abuela materna, que nació a principios del siglo pasado en Spaskoi-Lutóvinov, abandonó Rusia apenas pudo llevarse con ella un par de cuberterías de plata, una vajilla decorada con un dragón, una primera edición de *El Idiota* y tres baúles de pieles de su madre y de su abuela. Mi abuela Natasha, que se enorgullecía de la amistad de su familia con Turgueniev y aseguraba que su padre había jugado de niño sobre las rodillas de Dostoievsky, practicaba un ritual cada año. A mediados de noviembre sacaba puntualmente las pieles de sus tres viejos baúles, las estiraba sobre todos los sofás y sillones de la casa y las ponía a airear bajo el cálido sol de la India. Completamente fascinada por aquellos abrigos, aquellas estolas, aquellos cuellos, aquellos gorros, aquellas magníficas capas, yo también tenía mi pequeña parte en aquel ritual. Mientras admiraba la suavidad de las pieles, mientras me las probaba y las acariciaba, mi dialogo con la abuela Natasha era todos los años el mismo.

—¿Y no se estropearán por ponerlas al sol después de estar tanto tiempo encerradas, abuela?

—Todo lo contrario, Penelope. La etapa de barbecho protege las pieles, después el aire puro y el sol son capaces de sacar lo mejor de ellas.

Tenía razón. Cada mes de noviembre aquellas viejas pieles rusas parecían renacer, más brillantes, más suaves, más nuevas que el año anterior.

La teoría del barbecho de la abuela Natasha me ha salido al paso más de una vez a lo largo de la vida. Cuando en mi adolescencia leí por primera vez a Emerson descubrí inmediatamente su reflejo entre sus páginas. «A veces, cuando nos creíamos indolentes, se ha realizado mucho y han empezado muchas cosas en nosotros, según hemos visto más tarde», escribió el pensador trascendentalista. Del mismo modo que para mi abuela Natasha la oscuridad revitalizaba las pieles, Emerson sostenía que a menudo, cuando nos sentimos más inactivos, es precisamente cuando se producen más convulsiones en nuestro interior y cuando nace lo mejor de nosotros mismos.

Tanto el pensamiento de Emerson como la sabiduría rusa de mi abuela pueden aplicarse perfectamente a una ruptura sentimental. Dejando a un lado a esa clase de personas que tras el abandono se lanzan inmediatamente a los brazos de una nueva pareja en un intento por acallar su dolor, la mayoría de las mujeres que han experimentado una ruptura necesitan un periodo de tiempo, más o menos largo, para recuperarse y volver a sentirse bien. Es un periodo necesario, una suerte de refugio invernal en el que la esposa, novia o amante abandonada se acurruca, reflexiona y poco a poco va retomando sus fuerzas. Ese refugio, esa pausa entre la ruptura y la recuperación, es lo que en el método Parker se denomina (en honor a mi abuela Natasha) la etapa de barbecho. Al igual que algunos campesinos dividen sus campos en



parcelas y rotan los cultivos de forma que cada año una porción de la tierra pueda descansar y recuperar sus nutrientes, la etapa de barbecho sentimental permite a la mujer abandonada recuperar la energía, la alegría y las ganas de vivir que la ruptura le arrebató.

La etapa de barbecho debe encajarse en ese proceso de esperanza activa del que hablábamos en el epígrafe anterior. Estar en barbecho significa mimarse, cuidarse y evitar conflictos sentimentales que puedan alterar ese equilibrio todavía en vías de recuperación, pero nunca encerrarse detrás de puertas y ventanas ni renunciar a vivir plenamente. Se trata de un proceso natural, el mismo que lleva a un niño a negarse a subir de nuevo a una bicicleta de la que acaba de caerse. Hace falta curar la herida, dejar pasar unas horas o unos días y, será entonces y sólo entonces, cuando el pequeño acepte volver a intentarlo.

La etapa de barbecho implica también poner en práctica todas las herramientas de recuperación que hemos analizado en los capítulos precedentes. Es el momento de guardar los regalos, el momento de buscar amigas que ayuden, el momento de comer y dormir bien y de cuidar el aspecto físico. Es también el momento de aprender a controlar los flashes y los pensamientos negativos, poner en su justa medida las virtudes y defectos del hombre que se fue y aceptar que la culpa rara vez está acumulada en un solo lado. Es la ocasión para renovar el vestuario, para planear un viaje, para cambiar el corte de pelo, para aprender a jugar al golf o practicar equitación. Pero, sobre todo, es el momento de aprender a conocerse a usted misma, de aprender a aceptarse y a quererse.

El corazón de una mujer que ha pasado por una ruptura sentimental es como el de un niño que se ha caído de una bicicleta.

Volverá a subirse, volverá a disfrutar y a pedalear.

Pero al igual que las viejas pieles rusas de mi abuela, necesita tiempo.

EL DÍA EN QUE TODO CAMBIA

Hace unos años, tras haber pasado un par de meses especialmente complicados de trabajo, decidí tomarme un descanso e irme una semana con mi novio de entonces a la casa de campo que su familia tenía en Alemania. Una región de contornos suaves, colinas y prados impecablemente verdes, salpicados de granjas, vacas y cúpulas de iglesias. Un hermoso e inmenso campo de golf que en invierno se cubre de un manto de nieve brillante. Las vacas y el césped desaparecen entonces, el aire se hace helado y el humo de las granjas y el tañido de las campanas animan a llegar a casa para sentarse frente a la chimenea, comer un buen asado y beber vino caliente con especias. Recuerdo que aquella semana el frío fue especialmente intenso y mi avión se retrasó, de forma que ya estaba casi entrada la noche cuando él me recogió en el aeropuerto para emprender el viaje. Cansada por el vuelo, estresada por un día de trabajo duro y hambrienta, no dejé de contar los kilómetros hasta que llegamos a la casa. El maletero del coche, me había asegurado él en el aeropuerto, estaba lleno de comida, así que la perspectiva de llegar y cocinar una cena abundante se alzó ante mis ojos como la mejor de las recompensas.

Cuando al filo de la medianoche llegamos por fin y descubrimos que la comida no estaba en el coche perdí los nervios. La casa estaba congelada y el termómetro marcaba casi la misma temperatura —varios grados bajo cero— en el exterior que en el interior. Enfundada en mi abrigo y en el suyo, con las manos, los pies y la nariz helados y sin posibilidad de llevarme ni un vaso de leche caliente a los labios, perdí toda mi capacidad de razonar e hice lo que hacemos a menudo las mujeres cuando estamos muy cansadas y nos sentimos muy frustradas: llorar, llorar de enfado y de rabia. Tras una discusión monumental que ni siquiera



me sirvió para entrar en calor y en la que no me mostré excesivamente razonable, me fui a dormir sin dirigirle la palabra y le dejé concentrado en encender la calefacción y en hacer lo posible para convertir aquel refugio helado en un lugar habitable.

Encantadora, ¿verdad?

A la mañana siguiente me desperté tarde y con una agradable sensación de calor. La luz entraba por la ventana e inundaba la habitación con esa claridad que proporciona el reflejo del sol sobre la nieve. Alguien se había levantado temprano, había reforzado la calefacción con la chimenea, había bajado al pueblo a comprar pan fresco, queso, huevos, jamón, leche, café y mantequilla y estaba afanándose en preparar un desayuno. Sentí el olor del café y de los huevos con jamón que llegaba desde la cocina y de pronto todo cambió. Mi enfado, el recuerdo del frío, el hambre, los problemas del trabajo, todo se volatilizó en ese mismo instante. Diez minutos después bajaba a desayunar convertida de nuevo en una chica feliz y profundamente arrepentida.

La sensación de felicidad que sentí aquella mañana al despertarme es muy similar a los sentimientos que se agolpan en la mente de una mujer abandonada el día en que por primera vez se siente bien. No sé cómo habrá sido o cómo será ese día para usted, pero en mi caso lo que recuerdo con más claridad son dos cosas: una de ellas, la conciencia de despertarme por primera vez sin el recuerdo de la ruptura en mi mente; la segunda, una fabulosa e intensa sensación de alivio.

Hay mujeres que tardan muy poco en enfrentarse al día en que todo cambia. Personas afortunadas, que se sienten mal uno o dos meses y después alcanzan esa liberación. Otras no tienen tanta suerte y necesitan más tiempo. Pero es precisamente en este segundo grupo donde se experimenta con más intensidad la fuerza y la energía que conlleva la llegada de ese día. Es entre esas mujeres donde resulta más tangible y más real la felicidad que ese día trae consigo.

Si ha sido usted abandonada recientemente debe recordar que por muy triste y desesperada que se sienta ahora, todavía tiene por delante la llegada de ese día. No es un acontecimiento que ocurra solamente a algunas mujeres. Es una fecha segura, un día cierto que sorprende una mañana y hace que todos los contornos se muevan, se emborronen y de pronto vuelvan a definirse. Exactamente igual que el olor de unos huevos con jamón, el sol que se refleja en la nieve y entra en la habitación o la conciencia de que alguien que nos quiere y a quien queremos se afana para hacernos sentir mejor, consigue que en una décima de segundo todo nuestro estado de ánimo cambie.

Créame, le ocurrirá a usted también.



Capítulo 9

La chica que vale la pena tener es aquella que no espera a nadie.

SCOTT FITZGEEALD

EN BUSCA DEL NOVIO INTERMEDIO

Una chica Parker jamás utiliza el metro o el autobús para desplazarse. Si no le resulta posible realizar el trayecto en avión o la distancia es excesivamente corta para sacar su coche del garaje, las chicas Parker utilizamos siempre el medio de transporte más adecuado para proteger nuestros zapatos. Sí, lo ha adivinado: estoy hablando del taxi.

El taxi es la forma de circular más confortable que existe. Permite usar el teléfono móvil sin temor a provocar un accidente, anima a cerrar los ojos y relajarse de camino al trabajo o tras una agotadora tarde de compras, no ha de llevarse al taller ni pagar un alquiler por aparcarlo, puede circular por esas zonas que en determinadas ciudades están abiertas únicamente al transporte público y, por último, y no menos importante, permite escuchar (tal vez sería mejor decir que obliga) las reflexiones de la persona que lleva el volante.

—¿Va usted a reunirse con su novio? —me preguntó una noche un taxista de Chicago con esa discreción que caracteriza a algunos miembros del colectivo.

En vista de que yo no parecía estar dispuesta a proporcionar tal información, mi conductor volvió a la carga.

—Bueno, quien dice novio dice medio novio. Ahí se despertó mi interés.

—¿Qué quiere decir medio novio? ¿Una relación sin compromiso? —le pregunté curiosa.

—No, no, no quería insinuar eso. Me refiero a esos novios que se tienen entre un novio de verdad y otro novio de verdad. Ya sabe, un novio temporal.

En ese punto yo ya estaba incorporada en el asiento y miraba fijamente a través del retrovisor el rostro del taxista, un hombre mayor con barba y gafas de concha que, como supe después, llevaba el maletero lleno de frascos de miel casera.

—¿Por qué se imagina que tengo un novio serio? —le pregunté finalmente.

—Bueno, yo tengo mucho ojo para esas cosas. Y si tengo razón, la próxima vez que tenga novio debería tener un medio novio. Se lo digo yo, que ya tengo muchos años. Para las cosas serias siempre hay tiempo.

La conversación que mantuve con aquel hombre, como tantas veces ocurre con los pequeños detalles, cambió en cierto modo mi vida. En aquel momento acababa de romper una relación sentimental y tenía el corazón frágil y dolorido, por lo que la perspectiva de una nueva relación profunda se me hacía simplemente insoportable. Pese a que comenzaba a recuperar la motivación, todavía tenía miedo. Tenía miedo a equivocarme de nuevo, miedo a volver a sufrir.

Las palabras del taxista abrieron esa noche un nuevo horizonte ante mí. Acostumbrada a relaciones largas y estables me dije que tal vez no era aquel el momento de pensar en el próximo y definitivo hombre de mi vida, sino más bien la ocasión de lanzarme al mundo de la frivolidad. Aquella noche, mientras nadaba sola en la piscina del hotel, me juré a mí misma



que iría en busca del novio intermedio.

Aunque en mi caso el candidato a intermedio se convirtió en una relación larga y estable —hay algunas que no estamos hechas para la frivolidad sentimental— la idea del novio temporal es un capítulo esencial en el proceso de recuperación de toda mujer abandonada. Permite desempolvar las armas y probar de nuevo las alas. Y es una condición indispensable para lograr la vuelta del hombre que se fue.

Pese a que a primera vista buscar una relación con fecha de caducidad pueda parecer un planteamiento cruel o egoísta, no tiene por qué serlo en absoluto. El mundo, cualquier chica Parker lo sabe, está plagado de aspirantes a novios intermedios. Están por todas partes; no hay más que dirigir la vista a cualquier esquina y ahí aparecen, tres o cuatro juntos, deseando convertirse en novios intermedios. A poco que reflexione usted se dará cuenta de que es mucho más fácil encontrar un candidato a novio intermedio que uno a novio estable. Además, si el candidato está bien elegido y quiere exactamente el mismo tipo de relación y compromiso que usted necesita será imposible hacerle sufrir. La única forma de producirle cierto estrés será anunciarle un buen día que su candidatura ha dejado de ser intermedia y se ha convertido en permanente.

El día en que sienta ganas de volver a tener algún tipo de relación sentimental estará usted dispuesta para buscar su novio intermedio. Búsquele sin prisas, búsquele con alegría. Búsquele y asegúrese de que él desea lo mismo que usted.

Y, quién sabe, tal vez termine encontrando algo bastante más valioso que una mera relación temporal.

Se lo digo por experiencia.

SER UNA MALA CHICA AL ESTILO PARKER

Hace un par de años organicé una cena en mi casa de Nueva York para agasajar a dos compañeras de trabajo de mi novio que estaban de paso en la ciudad. Recuerdo que aquella tarde dediqué más tiempo a arreglarme que a preparar la cena. Me cité con mi peluquero, me di un masaje, me compré un vestido, ascendí hasta las alturas de un par de zapatos perfectos y me maquillé como si estuviese pintando un Giotto.

Quería estar impecable, quería que todo saliese bien, quería organizar una cena perfecta.

Aquella noche vestí la mesa con un mantel de hilo, saqué la vajilla más valiosa de mi armario, encendí velas perfumadas, adorné la mesa con flores, puse música suave y serví una cena exquisita (puedo decirlo abiertamente porque no salió de mis manos, sino de las del chef de un magnífico catering). Mis invitadas resultaron ser dulces, amables y encantadoras. Tal y como me había propuesto, fue una velada perfecta y, tras despedirnos, mi novio se ofreció a acompañarlas al hotel.

Cuando regresó yo estaba recogiendo la mesa. Se acercó a mí, me rodeó la cintura con los brazos y me dijo al oído: «¿Sabes qué? Me han dicho que eres increíble y muy guapa. Y yo he pensado: lo es más aún por dentro que por fuera». Recuerdo muy bien que le miré a los ojos, apoyé la cabeza en su hombro y pensé en lo absurda que había sido mi frenética tarde en busca de la imagen perfecta.

Si está leyendo este libro y ha llegado hasta estas líneas estoy casi segura de que ha sido usted la mejor esposa o novia que ha podido ser con ese hombre que un buen día se fue de su lado. Tal vez su esfuerzo, si se trató de un esfuerzo, no sirviese para retenerle ni lograrse hacer de él ese hombre definitivo que deseaba que fuese, pero puede estar segura de que consiguió hacer de usted una persona mejor. Consiguió convertirla en alguien más dulce, en alguien más comprensivo, más flexible, más cálido y, seguramente, más fuerte.



Pero aunque la relación es el marco perfecto (siempre que se esté enamorada y se reciba amor) para convertirse en una persona mejor, la recuperación tras la ruptura exige en ocasiones convertirse en una mala chica. No estoy hablando de una mala chica en sentido literal, no se trata de hacer daño deliberadamente a nadie o de convertirse en una persona ruín y egoísta. Ser una mala chica en la terminología del método Parker consiste, sencillamente, en dejar de pensar tanto en los demás y comenzar a pensar un poco más en usted. Consiste en dejar de sentirse responsable de los sentimientos ajenos y comenzar a hacer de su relación con los hombres un campo de juegos un poco más frívolo de lo que ha sido hasta ahora. Consiste en dejar de preocuparse por el hombre que se fue, en dejar de pensar en cómo se sentirá si se entera de que es usted feliz de nuevo, tiene usted una nueva relación, sonríe y se ríe, está espléndida, fabulosamente guapa. Consiste en dejar de practicar ingeniería social para que esos cambios maravillosos no lleguen a los oídos de él y puedan lastimar sus sentimientos o incluso su orgullo (¿es posible que todavía le preocupen tanto sus sentimientos?).

Ser una mala chica en el contexto del método Parker implica volver de nuevo al mundo de las citas sin sentirse culpable y sin pensar que está traicionando esos sentimientos hacia él que todavía perduran en usted. Implica arrojarse a los brazos de su novio intermedio sin pasarse la noche en vela pensando en qué ocurrirá cuando le deje y en cómo herirá sus sentimientos. Implica aprender que en determinados momentos es más urgente cuidar de una misma que cuidar de los demás, sobre todo cuando los demás son adultos y saben cuidar de sí mismos. Implica dejar de anteponer las necesidades ajenas a las propias, al menos, de vez en cuando.

En realidad ser una mala chica, según el método Parker, consiste en darse permiso para no ser perfecta.

Créame, es un gran alivio.

UNA PIEZA REDONDA NO ENCAJA EN UNA CUADRADA

—Supongo —susurró Lotty— que el marido de Rose te parece simplemente un hombre corriente de edad mediana y buen carácter.

Scrap bajó su mirada de las estrellas y contempló a Lotty por un momento, mientras centraba de nuevo su mente.

—Simplemente un hombre más bien colorado y más bien redondo —susurró Lotty.

Scrap inclinó la cabeza.

—No lo es —susurró Lotty—. Rose ve a través de todo eso. Eso sólo son adornos. Ella ve lo que nosotros no podemos ver, porque le ama.

Efectivamente, Rose, una de las protagonistas de *Un abril encantado*, la maravillosa novela que Elizabeth von Arnim escribió en 1922 y que no debe faltar en la biblioteca de una chica Parker, ve lo que los demás no pueden ver en su marido. Y lo ve porque le ama. De hecho, Rose ve en ese marido algo, que los demás no perciben probablemente porque ese algo ni siquiera existe.

Al igual que Rose, la mayoría de las mujeres enamoradas y abandonadas ven en sus parejas inmensas virtudes que a menudo nadie, sino ellas, puede comprender. Si antes de abandonarlas el hombre que se fue era atractivo, inteligente y divertido, a partir de la ruptura o, mejor, durante los primeros meses de abandono, esas cualidades alcanzan proporciones míticas. Como ya hemos adelantado a lo largo de este libro, el paso del tiempo desdibuja contornos y minimiza roces. Lo bueno se intensifica, lo malo se suaviza. Él en realidad no era egoísta, sino introvertido. Tampoco desconsiderado, sino sometido a una enorme tensión. No era frío, sólo le costaba expresar sus sentimientos. No perdía la paciencia sin motivo,



simplemente soportaba un fuerte estrés. Y así sucesivamente.

Sin embargo, a medida que avanzan los meses y la mujer abandonada comienza a recuperarse, ese proceso se invierte. Una de las principales señales de la recuperación es la aparición de los primeros atisbos de crítica. No estoy hablando de una crítica amarga, injusta o abrumadoramente parcial, sino de la constatación de un fenómeno que al principio resulta sorprendente: el hombre que se fue tenía defectos. Sí, los tenía. O al menos tenía un carácter que no sólo no encajaba, sino que chirriaba cuando se ponía en contacto con el de usted.

«Era como intentar hacer encajar una pieza redonda con otra cuadrada», me explicó en una de las entrevistas que realicé para este libro Katerina, una mujer con la que conversé en Praga. Como en el caso de muchas otras mujeres que han padecido rupturas no deseadas, el proceso de crítica serena de Katerina comenzó pocos meses después de la separación, se afianzó durante el proceso de recuperación y culminó con el inicio de su siguiente relación. «Mi siguiente novio me hizo ver que muchas de las culpas que me atribuía en la relación no eran tanto mías como compartidas. Mi ex novio era de una forma y yo de otra y eso hacía que tuviésemos problemas. No estábamos hechos el uno para el otro o tal vez necesitábamos una dosis de voluntad para comprendemos que, sinceramente, creo que no teníamos.»

El proceso que Katerina experimentó cuando conoció a su siguiente pareja se lleva a cabo a menudo con el novio intermedio o con el —recuerde que se lo he advertido— intermedio-definitivo. Al tratarse de una relación nueva en la que no hay asignaturas pendientes ni problemas soterrados el novio intermedio se convierte en un reflejo por contraste de lo que la mujer abandonada no recibió del hombre que se fue. Es entonces cuando se descubre que algunas cosas que parecían inevitables, incluso normales, no lo eran en absoluto. Se descubre que cuando una relación funciona no se llora cada mañana o cada noche. Se descubre que los amigos no son la prioridad de un hombre si éste está verdaderamente enamorado. Se descubre que si hay confianza no hay secretos y no hay compartimentos estanco. Se descubre que las peleas son la excepción y no la norma, que las dificultades a menudo son solamente excusas, que encajar un pieza redonda en una cuadrada es imposible.

Abrir los ojos y ver los defectos y las virtudes del hombre que se fue es una prueba de que la recuperación marcha a buen ritmo. Descubrir las incompatibilidades que había entre ustedes y separar la parte de culpa de él de la parte de culpa de usted es una muestra de madurez y de crecimiento. Pero es algo más: es también la primera señal de que ha comenzado usted a perdonarle.

Como habrá advertido a lo largo de esta obra, una chica Parker tiene toda la capacidad del mundo para perdonar.

Y, desde luego, jamás termina de crecer.

¿CUÁNDO VA A REGRESAR?

Si tuviese que definir cuál es el instrumento más codiciado por una mujer que acaba de ser abandonada o está recuperándose de una ruptura sentimental me referiría sin dudarle a una bola de cristal. Sentarse frente a una esfera y poder averiguar qué siente ahora él, qué está haciendo, con quién está, qué es lo que explica a sus amigos, qué dice a su familia, qué piensa por las noches, cómo nos recuerda o, simplemente, si nos recuerda alguna vez son informaciones que codicia toda mujer en esas circunstancias. Sin embargo, y a medida que pasa el tiempo, esos interrogantes se ven sustituidos por otros. Saber si ha rehecho su vida sentimental, cómo es ella, cómo se comporta él, si son felices... O, por el contrario, qué hace



sin pareja, si piensa en el pasado, si siente nostalgia, si se da cuenta de que se equivocó al dejarnos marchar...

Las chicas Parker añadimos una última interrogación a esa retahíla de cuestiones: cómo y cuando será el día en que él regrese. Y lo hacemos porque toda chica Parker que haya seguido y practicado el método Parker sabe perfectamente que los hombres (es verdad que, a veces, por desgracia) siempre terminan regresando. Lo saben hasta tal punto que una bola de cristal serviría para indicarles la hora y el minuto en que él va a reaparecer, pero no para decirles que esa vuelta finalmente se producirá.

¿Cuándo va a regresar? Ésa es la gran pregunta. La respuesta exacta, evidentemente, no existe. Pero si atendemos al método Parker sabremos que la vuelta del hombre que se fue sólo se producirá a partir del día en que la mujer abandonada haya olvidado el dolor y haya rehecho su vida. Eso implica, ya lo hemos dicho, volver a salir, volver a sonreír, enamorarnos de nuevo, aprender a vivir sin la conciencia de que ha pasado un día más sin él, sin el sentimiento de que él no ha regresado todavía. Implica dejar atrás los flashes, los aniversarios, los recuerdos, las fotografías, las lágrimas, incluso la curiosidad. Porque mientras usted tenga en mente el pensamiento de que él no ha vuelto, mientras registre cada mañana su correo electrónico en busca de un mensaje, mientras trate de sondear a amigos y conocidos para saber qué hace o dónde está, él no volverá.

No lo hará.

Sin embargo, un buen día, cuando ya apenas crea que le importa, cuando esté felizmente abrazada a su nuevo novio, cuando planifique unas vacaciones fabulosas con sus hermanas o sus amigas, cuando esté inmersa en una divertida tarde de compras o vuelva a casa con la mente puesta en el vestido que se va a poner para esa cena que le espera en hora y media, ese día el teléfono sonará.

Un tarde, cuando haya dejado pasar esa oportunidad de ponerse en contacto con él para realizar una gestión importante, cuando haya dejado de preocuparse sobre si sabe o no que está usted nuevamente enamorada o, por el contrario, deje de importarle que sepa que no lo está, cuando abra su correo electrónico sin buscar su nombre entre los remitentes, cuando ya no le vea en cada esquina, ese tarde el mensaje con el que tanto ha soñado aparecerá.

Un noche, cuando llegue a casa cargada de bolsas del supermercado, cuando esté echada en el sofá con una mascarilla nutritiva en la cara, cuando se sumerja en un baño caliente repleto de sales o se disponga a preparar la cena, ese noche el timbre de la puerta sonará.

Y entonces y sólo entonces sonreirá, respirará hondo y lo sabrá.

Sabrás que a partir de ese momento el futuro sólo depende de usted.

TERCERA PARTE:

Ser totalmente Parker



Capítulo 10

Yo no he destrozado tu corazón, tú lo has destrozado y, al hacerlo, has destrozado el mío.

EMILY BRÖNTE, *Cumbres Borrascosas*

EL INSTANTE MÁS ESPERADO

Cuando era niña y leí por primera vez la escena de despedida entre Heathcliff y Catherine en *Cumbres Borrascosas* comprendí que la humanidad se divide en dos grandes grupos: los que lloran al leer ese pasaje y todos los demás. Al echar la vista atrás me veo leyendo sobre un viejo sofá granate que había en la biblioteca de mi abuela en Toronto, preguntándome cómo diablos podría alguien en su sano juicio resistirse a la encantadora brutalidad literaria de Heathcliff. «Catherine Earnshaw, que no descanses mientras yo viva. Dijiste que yo te maté, persigúeme pues. (...) Quédate siempre conmigo, en cualquier forma, ¡vuélveme loco! Pero no me dejes en este abismo donde no te pueda encontrar. ¡Oh, Dios, esto es impronunciable! ¡No puedo vivir sin mi vida, no puedo vivir sin mi alma!»

¿Se resistiría usted a algo así? Yo, desde luego, no.

Cumbres Borrascosas, además de ser una obra maestra de poesía, belleza y desgarró, es un magnífico ejemplo de la catarsis que la vuelta del hombre que se fue produce en la vida de la mujer que abandonó. La marcha de Heathcliff (lo menciono únicamente por si pertenece usted a ese grupo humano que ha tenido la desgracia de no haber leído la novela) no se produce porque haya dejado de amar a Catherine, sino precisamente por lo contrario: porque se siente despreciado por ella.

Su vuelta es así la vuelta de un hombre endurecido, vengativo y a la vez profundamente dominado por un amor que terminará destruyendo a los dos. La vuelta de Heathcliff, tres años y medio después de su huida, pone el mundo de la caprichosa y egoísta Catherine patas arriba. Poco puede imaginar ella entonces en qué medida ese regreso y la amargura que traerá consigo tendrá como desenlace su propia muerte y la degradación moral definitiva de Heathcliff.

Afortunadamente, el regreso del hombre que se fue en la vida real rara vez resulta tan dramático como lo fue en la imaginación y la pluma de Emily Brönte. En la vida real los acontecimientos se desarrollan sin un guión preconcebido, sin una mano literaria que los desgrane y, por lo mismo, resultan bastante menos inolvidables. Durante muchos meses la mujer abandonada dibuja en su imaginación una y otra vez cómo será la vuelta del hombre que se fue; imagina cómo se sentirá, qué le dirá, cómo la mirará él, qué verá en sus ojos, cómo se comportarán ambos.

Como tantos otros, no es más que un ejercicio mental estéril. Pese a que ya hemos reiterado que una chica Parker no sabe lo que es la sorpresa en materia de arreglo personal, no ocurre lo mismo con la vuelta del hombre que se fue. Por desgracia, bastante a menudo ese regreso se produce en el peor momento posible: en un día ocupado, una tarde agotadora, la vuelta del gimnasio o una semana con el cutis en pie de guerra. Y cuando se produce, la diferencia entre lo evocado y lo vivido suele ser generosa y también decepcionante.

Si usted ha recibido un mensaje o una llamada del hombre que la abandonó y ha



accedido a verse con él lo mejor que puede hacer es no esperar demasiado de ese encuentro. Durante los días o las horas anteriores a la cita procure vaciar su mente de romanticismos y ocuparla en los aspectos verdaderamente importantes, como la elección del vestido que llevará o el restaurante en el que cenarán. Al igual que sucedió con Catherine y Heathcliff, cuyos espectros se reunirán finalmente tras la muerte y vagarán juntos por los páramos, el momento del reencuentro no es más que el inicio de un proceso que culminará más adelante.

Cuando el aturdimiento, la sorpresa y la emoción dejen lugar a la reflexión, la autocritica y el sentimiento. Cuando sus almas y sus mentes vuelvan a conectar, en lo posible, como antes.

En vida, por supuesto.

UNA CHICA PARKER CONFÍA EN LAOTSE

Cuando se ha crecido con un pie puesto en Oriente y otro en Occidente se aprende pronto que lo que algunos occidentales denominan «la gran reserva espiritual de oriente» no es más que una quimera que oculta el deseo de encontrar lejos de sus casas algo que deberían buscar dentro de sí mismos. Durante toda mi infancia he visto peregrinar a gente de todos los rincones del mundo occidental a la India, a Sri Lanka, a Nepal y a otras regiones asiáticas en busca de ese algo que, como todo lo que goza de naturaleza espiritual, no está ni aquí ni allá, no se puede localizar en un lugar determinado, no se puede hallar con el simple gesto de comprar un billete de avión. Muchas de esas personas mueven la cabeza escandalizadas cuando ven restaurantes, centros comerciales y discotecas en las ciudades asiáticas u observan a jóvenes calzados con zapatillas deportivas mientras hacen cola para comprar una hamburguesa o mientras trabajan conectados a sus ordenadores portátiles. Ese tipo de viajero, aparentemente más satisfecho cuando encuentra pobreza que cuando ve prosperidad (siempre que la pobreza esté lejos de su hotel, naturalmente), viaja de una a otra zona del país en busca de lo que considera «auténtico». Por desgracia para él y afortunadamente para los demás, esta clase de viajero suele regresar a su país decepcionado y con la inquietante sensación de que la realidad le ha timado.

«He venido a buscar a Dios», le explicó una mañana una pintora alemana a mi padre mientras ambos comprábamos un regalo de cumpleaños en una tienda de seda en Madras. «No creo que pueda decirle dónde encontrarlo —le contestó él con una sonrisa—. Si usted cree en Dios sabrá que acostumbra a estar en todas partes, incluso me atrevería a decir que también en Alemania». La mujer miró con un profundo desprecio a mi padre, que aquel día no hizo gala de sus dotes de diplomático y después se alejó indignada.

Muy lejos de esos prejuicios y ensoñaciones, crecer entre regiones geográficas distantes tiene sus ventajas (también tiene inconvenientes, aunque no es el momento ahora de hablar de ellos). La mezcla de culturas es estimulante y ayuda a desarrollar la capacidad de tomar lo mejor de aquí y de allá, de comparar aspectos de ambos mundos y de comprender un poco mejor algunas de sus peculiaridades.

En mi caso, cuando cumplí los tres años pasé al cuidado de una vieja niñera china que mis padres trajeron consigo a la India después de haber vivido algunos años en Pekín. En aquella época la estricta disciplina que me imponía mi padre me convertía en protagonista de terribles tragedias que terminaban casi siempre en mares de lágrimas con leche y galletas. Cuando después de cada tormenta, me encerraba en mi cuarto a llorar, mi nanny me decía siempre lo mismo: que tuviese paciencia y que no insistiese.

Ella conocía a mi padre casi mejor que mi madre y sabía muy bien cuál era la mejor táctica para ablandarle. «Niña, tú crees que el empeño es la clave del éxito y por eso insistes e



insistes, lloras y lloras. Pero la verdad es justo la contraria: el que se empeña en algo siempre fracasa» repetía, parafraseando un viejo aforismo recogido en las páginas del Tao Te Ching. Aunque he de reconocer que el pensamiento de Lao Tse ha tenido la desgracia de pasar a formar parte del kit de supervivencia de los buscadores profesionales de sabiduría oriental, ese precepto es uno de los pilares del método Parker. Y es también la explicación última de por qué el hombre que se fue terminará estando de nuevo ante su puerta.

«Al principio me sentí aliviado, me sentí relajado. Estaba triste por la ruptura, desde luego, pero sobre todo sentía como si me hubiese quitado un peso de encima. Cuánto más me llamaba y más explicaciones me pedía, más seguro estaba de que había hecho bien dejándola. Pero a las pocas semanas todo eso terminó y comencé a vivir una nueva vida sin ella», me explicó Dermont, un abogado de Philadelphia, que había dejado a su mujer tras seis años de matrimonio.

Durante los primeros meses tras la ruptura, Dermont no fue demasiado consciente de la pérdida que había sufrido. Se sentía aliviado, se sentía indiferente. La relación no iba bien, ya no estaba enamorado, había hecho lo correcto al romper. «Pero un día, casi un año después, algo me sucedió. No podría explicar muy bien lo que pasó, pero de repente comencé a preguntarme dónde estaría ella, qué haría, con quién estaría. Empecé a rememorar escenas, a tener fantasías del pasado, a pensar en su sonrisa, en sus ojos, en su risa. Y, de pronto, ocurrió: me di cuenta de que todavía estaba enamorado de ella.»

El proceso de vuelta de Dermont no surgió de un día para otro. Durante los primeros meses de soledad experimentó la sensación de ligereza y libertad que sigue a una ruptura traumática: no más discusiones, no más lágrimas, no más compromisos. Después, inició una nueva relación que no funcionó y tras ella una segunda que tampoco lo hizo.

«Al principio no me di cuenta de cuál era el problema, pero después me hice consciente de lo que estaba pasando. Simplemente, las comparaba a todas con ella. Las comparaba siempre con ella y ninguna estaba a su altura ni a la altura de la relación que habíamos mantenido», me confesó. Poco después de estar consciente de esos sentimientos, Dermont decidió que haría todo lo posible por recuperar a su ex mujer. «No fue fácil, Penelope, ya lo sabes. Había muchas heridas sin cicatrizar. Era un reto y lo asumí como tal. Aguanté muchas cosas porque estaba seguro de que la quería y el resto para mí ya no tenía importancia.»

El año de separación entre Dermont y su esposa dio a éste el espacio suficiente para recapacitar, experimentalar nuevas experiencias y llegar a la conclusión de que la única mujer de su vida era la mujer que había dejado atrás. La actitud de su esposa, un modelo de chica Parker, resultó una pieza fundamental en ese proceso. «Ella no insistió, después de las primeras semanas se rindió sin más y me dejó marchar», me explicó. En realidad, no se rindió.

Una noche en París la esposa de Dermont me contó la historia de su ruptura y yo le expliqué cuidadosamente los pilares del método Parker, entre ellos el aforismo taoísta que asegura que el que se empeña fracasa. Unos meses después me llamó a medianoche desde un hotel de Río de Janeiro para contarme que su marido había dejado un mensaje en el contestador de su hotel suplicándole que volviese con él.

Era la noche de su cumpleaños. Su nombre, si han leído el prólogo de este libro, seguro que ya lo saben, es Claire Vassé.

¿POR QUÉ AHORA?

Si usted cree haber seguido fielmente las normas del método Parker y tiene ante sí en estos momentos la posibilidad de volver con el hombre que la abandonó, hay una prueba



infalible que le permitirá saber si realmente ha actuado como un modelo de chica Parker. Simplemente, cierre los ojos y hágase las siguientes preguntas: ¿Realmente le viene bien volver ahora con él? ¿O preferiría hacerlo dentro de unos meses? ¿Se ha preguntado en algún momento por qué ahora? ¿Se ha lamentado de que él no haya decidido reaparecer un poco más adelante?

Si las respuestas a estas preguntas son afirmativas puede usted sentirse satisfecha. Sin duda alguna se ha convertido en una chica Parker modélica. Y lo ha hecho porque ha conseguido vencer la influencia que ese hombre tenía sobre usted. Tal vez se deba a que su vuelta la ha sorprendido en brazos del novio intermedio; o tal vez a que, tras varios meses de oscuridad, su nueva vida se presenta como una tentación difícil de vencer. Quizá porque necesita tomarse las cosas con calma o incluso porque quiere marcharse un año al extranjero y tener una relación estable ahora no le viene demasiado bien.

Sea por la razón que sea, a menudo la vuelta del hombre que se fue se convierte en un triunfo que llega en mal momento. En ocasiones, no vamos a engañarnos, ese aparente fastidio no se debe tanto a circunstancias externas, como a un mecanismo que pocos seres humanos son capaces de eludir: el del desinterés que se apodera de nosotros cuando conseguimos por fin lo que llevamos tanto tiempo anhelando. «Todo barco es un objeto romántico hasta que nos embarcamos en él», decía Emerson en su ensayo sobre la experiencia.

Desear algo con tanta fuerza como una mujer abandonada desea la vuelta del hombre que la abandonó es una apuesta fuerte. Tanto que tras meses de sufrimiento, disciplina y trabajo, alcanzar esa meta puede convertirse en una experiencia casi insustancial. «Así que esto es, —se dice entonces la mujer abandonada—, esto es lo que siento». Y lo que siente no es ni la mitad de profundo de lo que creyó que iba a sentir.

Por supuesto, no siempre sucede así. Si el regreso se produce poco tiempo después de la ruptura y todavía no se ha logrado el desapego que preconiza el método Parker, el reencuentro con el hombre que se fue es una experiencia emocionante. También resulta peligrosa, por cuanto la mujer que recibe al hombre que la abandonó no ha tenido todavía tiempo para dejar de ser la persona frágil a quien ese hombre rompió el corazón y convertirse en una chica Parker fuerte y con recursos.

Cuanto más tiempo pase entre la ruptura y el reencuentro, más tiempo tendrá para recuperarse, aprender, crecer y coronar la vuelta del hombre que se fue.

Será entonces cuando se haga la pregunta clave: ¿por qué ahora?

CUATRO MODELOS DE HOMBRES QUE VUELVEN

La afición por elaborar listados es uno de los estigmas que identifican a los miembros de la familia Parker. Desde nuestra infancia, los Parker nos hemos entregado siempre con entusiasmo a la labor de construir listas. Todos nosotros, de una o de otra forma, compartimos una devoción común: la de anotar decenas, centenas de palabras cuidadosamente clasificadas las unas bajo las otras. La tía abuela Melania aseguraba, por ejemplo, que una de las formas de detectar a un Parker ilegítimo (un fenómeno frecuente en las generaciones anteriores de la familia) es buscar en sus bolsillos pequeños trozos de papel repletos de listas. «No importa de qué se trate, querida. No es el contenido lo importante, es el hecho de tener una mente que disfrute realizando enumeraciones. Si es un Parker puedes estar segura de que hará listas», me dijo una vez.

Listas minuciosas, largas y compulsivas. Listas detalladas de batallas históricas, de nombres de pretendientes, de especies de dinosaurios, de fechas de nacimientos, de escritoras



decimonónicas muertas antes de los 30 años, de libros de la Biblia o de especies de coleópteros. Listas de exploradores británicos, de poetas romanos, de armamento utilizado en la primera y segunda guerras mundiales, de escritores con sus correspondientes obras completas, de músicos y pintores con sus obras completas. Listas de satélites y estrellas, de personajes de la mitología griega, de huesos del cuerpo humano, de minerales y piedras preciosas, de reyes de Inglaterra o de elementos químicos. Listas de títulos de la biblioteca clasificados por autores, listas de títulos de la biblioteca clasificados por géneros literarios, listas de títulos de la biblioteca clasificados por...

Sí, definitivamente, si es un Parker hará listas.

Desde esa perspectiva, clasificar a los hombres que vuelven en sólo cuatro categorías, tal y como hace esta obra, ha supuesto para mí un inmenso esfuerzo de contención. El listado de hombres que vuelven que describe el método Parker no comprende, sin embargo, modelos cerrados, sino más bien cuatro grandes categorías que pueden englobar en cada una de ellas a dos o más vanantes de su especie. Como ya habrá podido adivinar, lo que quiero de usted es que estudie esas categorías y analice a cuál de ellas pertenece el hombre que primero la abandonó y ahora está llamando de nuevo a su puerta.

1. El Ulises

«Si te quedas conmigo gozarás de la inmortalidad y de una juventud eterna», le explica Calipso a Ulises para disuadirle de su proyecto de volver a Itaca con su mujer y su hijo. Calipso logra retener a Ulises durante siete años en la isla de Ogigia. Durante ese tiempo le brinda su hermosura, su sabiduría y sus cuidados, pero al cabo de un tiempo Ulises se cansa de ella y comienza a suspirar por regresar. Tras ser advertida por Zeus de que debe dejarle partir, Calipso se acerca a la playa y encuentra a Ulises sumido en la tristeza. «Hallóle sentado en la playa, que allí se estaba, sin que sus ojos se secasen del continuo llorar, y consumía su dulce existencia suspirando por el regreso; pues la ninfa ya no le era grata», relata Homero en su *Odisea*.

En realidad, no es difícil llegar a la conclusión de que Ulises no es un modelo de hombre demasiado recomendable sentimentalmente hablando. Es cierto que su lucha por volver junto a su esposa es dura y larga, pero también lo es que ésta no se inicia hasta el momento en que el héroe se cansa de Calipso.

La vuelta de Ulises, pese a ello, representa el modelo de regreso con más posibilidades de éxito: el del hombre que vuelve porque se da cuenta de que nada de lo que ha hallado en su camino —sea otra mujer, sea la independencia sentimental o sea el afán de aventura— puede compararse con lo que dejó detrás de él. Así, el héroe regresa seguro de que hace justo lo que desea hacer: volver con su familia. Ha corrido aventuras, ha cohabitado con una ninfa, ha tenido la inmortalidad y la eterna juventud al alcance de su mano y, pese a ello, prefiere una existencia mortal, junto a una familia mortal y una mujer mortal.

O es un idiota o es de fiar.

2. El Indeciso

El modelo Ulises no es el único prototipo de hombre que vuelve y tampoco es el más peligroso. Hay un modelo de hombre que vuelve, al que podríamos bautizar como el Indeciso, que representa un grave riesgo para el equilibrio de la mujer a la que pretende recuperar.

«Me dijo que me echaba de menos y que necesitaba verme, así que yo me volví loca, ya sabes. Comencé a imaginar cómo sería, cómo le haría sufrir hasta permitirle volver, qué cosas tendría que cambiar y todo eso. Después de un mes de vernos, me dijo que no estaba preparado para volver, que no estaba seguro, que necesitaba más tiempo para averiguar por qué había vuelto y si realmente estaba enamorado de mí», me explicó Supitr, una estudiante



que entrevisté en Bangkok.

El Indeciso de Supitr es un modelo bastante frecuente de hombre que vuelve. Se le reconoce fácilmente porque, al contrario del hombre que regresa convencido de lo que quiere, como Ulises, el Indeciso no muestra sus cartas al principio, ni parece tener prisa por abordar el tema de sus sentimientos. El objetivo del Indeciso es comprobar cuáles son esos sentimientos y, una vez realizada esta prueba, decidir cómodamente si se va o si se queda. De esta forma, él no interpreta la reaparición en la vida de su ex pareja como una suerte de compromiso o, al menos, como una señal de que desea recomponer su relación.

Ha regresado —es cierto—; quiere verla —es cierto también—; pero ello no le compromete con el deseo de volver a la relación.

3. El Solitario

Junto al Indeciso, el hombre que tiene miedo a la soledad es otro modelo de hombre que vuelve que conviene evitar. El Solitario es ese ex novio, marido o amante que regresa tras comprobar que la libertad sentimental no resulta tan excitante una vez que se ha probado y tras experimentar una profunda e intensa soledad. El Solitario, al contrario que el Ulises, no ha iniciado nuevas relaciones, no ha corrido extraordinarias aventuras y, por lo mismo, no regresa porque haya comprobado que nadie puede competir con la mujer que abandonó.

Por el contrario, el Solitario regresa porque se siente solo y abandonado, porque echa de menos la sensación de tener una mujer que le quiera, que se preocupe por él, que piense en su felicidad.

Así, el regreso del Solitario no suele llegar a buen puerto, porque no le mueve el amor: le mueve la desesperación y la autocompasión.

4. El Caprichoso

Pero si el Indeciso y el Solitario son modelos de hombre que regresa del que una chica Parker haría bien en huir, el más peligroso, el más tóxico modelo de hombre que vuelve es el que sólo desea lo que no tiene.

El Caprichoso es ese hombre que comienza a echar de menos a la mujer que abandonó exactamente el día en que ésta deja de llamarle y pedirle que regrese, o bien cuando recibe la noticia de que ella ha iniciado una nueva relación sentimental. Los Caprichosos reaparecen justo cuando en la vida de sus ex parejas ya no parece haber sitio para ellos, luchan por recuperar la posición perdida y, una vez que logran su objetivo, caen en la cuenta de que su afán por regresar se ha esfumado como por arte de magia.

Se han embarcado en el navio y éste ha dejado, una vez más, de ser romántico.

Si usted ha recibido la llamada, el mensaje o la visita del hombre que la abandonó trate de mantener la suficiente distancia emocional como para poder analizar las razones por las que ese hombre ha regresado. Hágale hablar, haga que le explique qué ha hecho durante el tiempo en que estuvieron separados, cómo ha sido su vida durante ese periodo y qué es lo que le ha impulsado a volver.

Por mucho que los recuerdos dulces le impulsen a volver a él con los ojos cerrados, sea fuerte y manténgalos bien abiertos. Escuche, escuche y escuche hasta que esté en condiciones de saber si ese hombre al que todavía ama es un Ulises, un Indeciso, un Solitario o un Caprichoso en cualquiera de sus variantes. Escuche, escuche y escuche y cuando esté segura de que conoce las razones por las que él ha vuelto a su vida podrá tomar una decisión sobre si debe o no volver con él.

PENELOPE
PARKER

LOS HOMBRES (A VECES, POR
DESGRACIA) SIEMPRE VUELVEN.



*Hasta entonces, hágame caso una vez más
y mantenga los ojos bien abiertos.*



Capítulo 11

Wanara Duara Dakara Dan, Yaval Ka-val Masky Dan,
Kålan Kulan Twenty-One, Ya... Yu... Me... PLUCK!

Pluck thukki mela pottu, Chattiar veetula nandú, Nanu
thooki mela pottu, Naga rathna pambu, Pambu thooki mela
potu, Yelarikkum SANDOSHAM!

Canción infantil de TAMIL NADU (India)

ABRIR LA PUERTA CON CAUTELA

Mi amigo Jack, crítico de arte y pintor en sus ratos libres, siempre dice que una mujer restaurada tiene mucho más encanto que una de nueva fabricación. Lo que quiere decir mi amigo Jack es que las relaciones, las rupturas y los vaivenes sentimentales proporcionan a las mujeres que superan esos trances un algo especial que jamás podrán tener las que han tenido una única relación feliz o las que han optado por apartarse del fuego la primera vez que se han quemado. Es posible que Jack tenga razón, pero también lo es que muchas de las mujeres que han vivido avatares sentimentales, más que encanto, lo que sacan de esas experiencias es un profundo y terrible miedo.

Desde luego, el miedo en sí mismo no es malo. Constituye un mecanismo de defensa humana, una luz roja que nos hace estar alerta y nos permite calibrar los riesgos y no sólo las ventajas de cualquier situación vital.

No, el miedo no siempre es malo, pero a veces puede llegar a serlo.

El miedo puede paralizar a una mujer abandonada hasta el punto de impedirle continuar su vida sentimental o hacer que arruine su siguiente relación. Puede levantar barreras, puede construir defensas que impidan que todos, incluido el próximo hombre de su vida, tengan la oportunidad de llegar hasta ella. Puede hacerle pensar que es mejor no arriesgar, que es preferible vivir en una burbuja a salvo y segura que poner de nuevo el pie en el mundo real y embarcarse en una nueva relación. Puede erigir en su interior extraños mecanismos de defensa que la impulsen a huir justo en el momento en que las cosas comienzan a ir bien. Es una enfermedad peligrosa. Y ataca tanto a los hombres como a las mujeres.

En realidad, entre el impulso inconsciente que caracteriza nuestras primeras relaciones sentimentales y la reflexión y el miedo que comienzan a acechar después hay un estado intermedio que toda chica Parker debe saber dominar: la cautela. La cautela es una virtud difícil de practicar porque comparte frontera con el miedo y a menudo es fácil confundirla con éste. Sin embargo, las diferencias entre ambos estados de ánimo son profundas. Mientras el miedo paraliza, la cautela induce a la reflexión, pero no excluye la acción; mientras el miedo aísla, la cautela protege; mientras uno ciega, la otra agudiza la visión y permite juzgar las situaciones con mayor claridad.

La vuelta del hombre que se fue es el escenario perfecto para desechar el miedo, pero también para poner en práctica todas nuestras dotes de cautela. Tras largos meses de dolor y recuperación una nueva etapa se abre ante nosotras. Él está ahí, en el umbral, a la espera de una invitación para entrar. Y usted es la única persona apta para realizar esa invitación.

Por eso, si decide abrir la puerta y dejarle entrar asegúrese antes de que cumple los



requisitos mínimos para cruzar el umbral. Y una vez que lo cruce y hasta que esté usted segura de cuáles son sus sentimientos y cuáles son los de de él, mantenga la cautela y no baje la guardia.

Ya habrá tiempo de levantarla.

SEÑALES PARA DESCONFIAR Y SEÑALES PARA SALIR CORRIENDO

Bien, ya estamos aquí. Finalmente le ha abierto usted la puerta. Le ha escuchado, le ha perdonado y ha decidido concederle esa nueva oportunidad. Es la guinda de una tarta que ha tardado en cocinarse varios meses, una tarta elaborada a base de trabajo, dolor, sacrificio personal y autocontrol. Ha realizado usted una labor dura, pero lo ha logrado. Ha obtenido el premio que codiciaba y ahora lo que quiere es disfrutar de la victoria y sentarse, por fin, a descansar.

La pregunta clave es si eso resulta posible. Y la respuesta correcta es que no.

A menos que sea usted uno de esos seres ingenuos siempre bien dispuestos a ser golpeados una y otra vez, lo que querrá decir que no ha aprendido todavía cuál es la esencia del método Parker, estoy segura de que entenderá que la virtud de la cautela debe mantenerse durante un tiempo prudencial una vez abierta esa puerta. Es cierto que ha seguido usted todos los pasos indicados: ha hablado con él, le ha interrogado sobre los motivos de su vuelta, ha escuchado y analizado sus explicaciones y, después de todo ello, ha decidido dejarle entrar otra vez en su vida.

Pero eso no es suficiente. Porque aunque tal vez la visión de tenerle suplicante ante usted haya podido deslumbrarla, hubo un tiempo en que ese hombre hizo justo lo contrario a lo que usted esperaba de él. Hubo un tiempo en que le dio explicaciones y le hizo promesas con el mismo fervor con el que ahora llama de nuevo a su puerta.

Así que piense en ello y antes de zambullirse de nuevo en esa piscina aguarde a ver lo que le espera en el fondo.

La mejor manera de hacerlo, en realidad, la única manera, es estar atenta a las señales que tarde o temprano emitirá el hombre que se fue. Esas señales pueden ser tranquilizadoras, pueden incitar a la desconfianza o pueden invitar a salir corriendo. La misión de una chica Parker en estas circunstancias es estar atenta, captar las señales, tratar de descifrarlas y actuar en consecuencia.

Cualquier mujer puede descifrar sin esfuerzo las señales tranquilizadoras. No todas, sin embargo, advierten con la misma facilidad las señales para desconfiar y algunas ni siquiera llegan a ver las que invitan a salir corriendo. Es muy difícil, por no decir imposible, elaborar un manual de señales que sirva para todos los casos y mida todas las situaciones. Porque cada mujer, cada hombre y cada relación es una historia única y diferente y por lo tanto debe ser analizada como tal. Lo que puede ser esperanzador en un hombre, puede ser sospechoso en otro.

Si el hombre que la abandonó solía llamarla todos los días y ahora la llama dos veces por semana es posible que su vuelta no esté tan llena de convencimiento como asegura. Pero si ese hombre la llamaba antes una sola vez por semana y ahora la llama tres, evidentemente hay algo que ha ido intensificándose con su vuelta. De la misma forma, si ese hombre era reacio a hablar sobre sus sentimientos y ahora se esfuerza sinceramente en hacerlo, si nunca se interesaba en sus proyectos y aficiones y ahora trata de participar en ellos, si siempre antepone sus intereses a los suyos y ahora trata de compaginar los suyos con los de usted,



probablemente su interés en recomponer la relación sea sincero.

¿Y qué decir de las señales para sospechar? Después de varios meses de análisis e introspección una chica Parker debería saber perfectamente qué comportamientos y problemas socavaron la relación y qué tipo de actitudes no está dispuesta a dejar entrar de nuevo en su vida. Si todos esos comportamientos que la hirieron y la hicieron sufrir comienzan a reproducirse nada más pisar el umbral puede comenzar usted a preocuparse. Si esa irritante costumbre de no contestar sus mensajes o sus llamadas resurge al mes de volver de nuevo a su vida, active las alertas. Parece un detalle intrascendente, pero no lo es. De la misma forma que tampoco debería serlo para él el hecho de que usted no haga el más mínimo esfuerzo por corregir o suavizar los comportamientos o actitudes que construyeron el camino a la ruptura. No, definitivamente no se trata de detalles intrascendentes. Son señales que evidencian la nula disposición para reconstruir con bases sólidas la relación.

Como solía decir mi tía abuela Sarah, al final todo se reduce a una cuestión de altura de miras. Si ese hombre profundamente arrepentido y, digámoslo así, reenamorado de usted no tiene voluntad para corregir esas asperezas ahora que acaba de regresar, ¿qué ocurrirá pasados dos años? ¿Y diez? ¿Y veinte? ¿Será usted capaz de aguantar su comportamiento a diez o veinte años vista? ¿Qué ocurrirá cuando ese amor febril que ahora siente se transforme en algo más civilizado? ¿Podrá soportarlo? ¿O su vida se convertirá en una sucesión de discusiones, reproches y amarguras?

El amor, lo hemos dicho ya a lo largo de este libro, es una fuerza poderosa. Pero no siempre es lo suficientemente firme como para superar todo tipo de adversidades, especialmente cuando éstas provienen de lo que una de las partes percibe como desinterés o desconsideración por parte de la otra.

Por eso, una vez más, esté atenta a las señales. Sea constructiva, pero sea realista. Y no deje que el amor le impida ver con claridad.

Tómese su tiempo. No hay prisa para sentarse a descansar.

Al fin y al cabo, en su momento, también él se tomó el suyo.

UN PEQUEÑO CASTIGO

Mi tía abuela Melania, que murió de su séptima pulmonía mientras preparaba su última fiesta de cumpleaños, me dijo una vez que la diferencia entre el castigo y la venganza es la ira. «Si no hay ira, sino únicamente la voluntad de corregir un comportamiento, es un castigo, querida; si hay ira es, sin duda, una venganza».

Una mañana, mientras desayunábamos en el jardín de su hermosa casa en el valle de Franschhoek, en Sudáfrica, y yo le untaba pacientemente una tostada tras otra, me contó que ninguna de las mujeres de su familia había levantado jamás la voz para reprender a uno de los suyos. «Tu bisabuela Parker fruncía un poco la ceja derecha cuando estaba realmente furiosa. Ella solía decir que su madre consideraba aquella ceja como una afrenta a la educación que le había dado. Luchó durante años con aquel músculo rebelde, pero nunca consiguió dominarlo. La vieja Hanna, la niñera de tu padre, estaba convencida de haber visto a tu bisabuela entrar en la eternidad moviendo frenéticamente la ceja derecha», me explicó mi tía abuela Melania.

Lo cierto es que al margen de que los Parker hayamos considerado siempre la falta de control como un signo de debilidad e incivilización, la diferencia entre el castigo y la venganza es mucho más que un matiz. Además de tener como objetivo el deseo de corregir un comportamiento, el castigo puede desempeñar también otras funciones. Para una chica Parker que está viviendo la experiencia de tener frente a su puerta de nuevo al hombre que la abandonó, el castigo puede ser una forma de comprobar la fortaleza de las intenciones y de los



sentimientos de él.

De esta forma, el periodo de castigo que recomienda el método Parker no busca ni herir, ni corregir: busca únicamente comprobar.

¿Cómo llevar a cabo ese objetivo? Las mujeres de las comedias cinematográficas de los años treinta son verdaderas maestras en este arte. Una Mirna Loy o una Claudette Colbert sabían perfectamente —obviamente en la ficción— cómo manejarse en este tipo de situaciones. Observarlas no supone sólo sumergirse en una fabulosa sesión cinematográfica, sino aprender, aprender mucho.

Como ellas, una chica Parker debe afrontar el periodo de castigo con soltura, optimismo y buen humor. No se trata de abrir la puerta y asomarse con suspicacia; se trata de abrir la puerta, sonreír y llenar el umbral de pequeñas piedrecitas que nos permitan averiguar hasta qué punto el hombre que se fue está dispuesto a sortear obstáculos para volver.

En el fondo, si lo piensa bien, es una actitud beneficiosa para ambos. A usted le servirá para averiguar si él está preparado para reiniciar la relación. A él para ponerse a prueba a sí mismo y comprobar si sus sentimientos son firmes.

Un buen periodo de castigo es una experiencia divertida y excitante. Es hacer del reencuentro con el hombre que se fue un nuevo encuentro; es tratarle como trataría a un nuevo hombre en su vida; es tantearle, ponerle a prueba; es jugar un poco con él.

Y es, finalmente, hacerlo sin rencor y sin deseo de herir.

Porque no lo olvide: castigar no es sinónimo de vengarse. Y si necesita usted vengarse es que algo ha ido mal en su proceso de recuperación.

O tal vez que todavía no se ha recuperado.

Medite sobre ello.

A UNA CHICA PARKER NO LE BASTAN LAS FLORES

«Dolly no ha tenido ninguna fatalidad en su vida y por eso no hace más que perder el tiempo», aseveraba con humor la escritora Anita Loos en su célebre libro *Los caballeros las prefieren rubias*, publicado en 1948. En realidad, y pese a lo que piensan millones y millones de mujeres, perder el tiempo —ese pecado del que habla Loos— no es el mayor riesgo al que se enfrenta una mujer, por mucho que durante siglos hayamos escuchado lo contrario. El verdadero riesgo que corre una mujer (y, por supuesto, también un hombre) es equivocarse al elegir a su pareja y equivocarse por segunda vez al regresar con ella. Esa es la razón por la que el método Parker propugna la cautela como la primera de las virtudes que debe practicar una chica Parker al volver con el hombre que la abandonó. Y es la explicación de por qué en esta obra se dedica tanto espacio a insistir en este punto.

Tras el periodo de castigo, esa etapa en la que un termómetro interior le ayudará a medir la intensidad de los sentimientos del hombre que se fue, llega el momento de derribar todos los muros y de acabar con casi todas las barreras. Es una condición indispensable para dar una nueva oportunidad a la relación, porque no tiene sentido alguno aceptar volver con el hombre que se fue si no se está dispuesta a confiar en él y en el futuro de esa unión. Ahora bien, el «casi todas las barreras» que acabamos de mencionar tiene una razón de ser. La confianza en una pareja que funciona debe ser plena, debe constituir el primer cimiento sobre el que se levanta todo el resto de la construcción. Pero su pareja —no debe olvidar este pequeño detalle— no era hasta antes de ayer una de esas parejas que funcionan. Su pareja, debe usted reconocerlo, era más bien una de esas parejas que se rompen. Así que tal vez la confianza plena sea una cumbre que debe abordar con prudencia, por mucha ilusión que sienta y por muchas ganas de olvidar el pasado que tenga.



Sí, es una carga pesada y puede incluso que le parezca absurda. ¿No va a terminarse nunca la obligación de actuar con cautela? ¿Hasta cuándo hay que dormir con los ojos abiertos? ¿No será esta desconfianza un nuevo acicate para destruir la relación?

«No puedo soportarlo», me explicó Casilda, una profesora a la que entrevisté durante los meses, en que recopilé casos para escribir este libro. Hacía seis meses que Casilda había regresado con su pareja, un hombre al que abandonó por su insistencia en colocar su trabajo siempre e invariablemente por delante de la relación con ella.

Durante los cinco años que duró su romance, la pareja de Casilda anuló cenas, llegó tarde a citas, canceló vacaciones y retrasó decisiones en un afán imparable por dedicar toda su devoción al trabajo. «Se olvidaba de mí, se olvidaba de que había quedado en recogerme y ni siquiera me llamaba para avisarme. Siempre había algo y a veces ese algo era una reunión social con gente de su empresa», me explicó Casilda. Tras dos años de separación y un novio intermedio, su novio regresó para pedirle que volviera. Le juró que había cambiado; le dijo que había comprendido cuáles debían ser sus prioridades; le explicó que su trabajo era muy importante para él, pero que comprendía que había perdido el equilibrio entre su vida personal y su vida profesional.

El primer mes sus promesas se mantuvieron; el segundo, también; el tercero se derrumbaron estrepitosamente. «Comenzó a salir de nuevo a las doce de la noche del trabajo. Al principio me dijo que era algo puntual, después se hizo la norma. Cada vez que reservaba una mesa en un restaurante, él llegaba una hora tarde. Volvió a olvidarse de llamarme cuando no podíamos vernos. Se arrepentía al día siguiente y me mandaba flores, pero eso no me bastaba, Penelope».

No, a Casilda (no había más que ver las lágrimas en sus ojos mientras me contaba su historia) las flores no le bastaban. ¿Y a usted? ¿Le bastarían a usted?

Es por historias como ésta por lo que el método Parker propugna reiniciar la relación con el espíritu de un periodo de prueba, una actitud que no implica necesariamente un sentimiento de desconfianza, sino de vigilancia. El periodo de prueba les permitirá, a usted y a él, sumergirse sin sobresaltos y con tranquilidad de nuevo en la relación. Y lo hará sin que ello suponga en modo alguno una pérdida de tiempo.

Porque el peor riesgo de una mujer, como chica Parker ya lo sabe, no es perder el tiempo, sino equivocarse.

Y porque a usted, probablemente, tampoco le bastan las flores.



Capítulo 12

Sé que quiero a J. y sé que le necesito para ser feliz. No para divertirme, desde luego. Ya sabes que me divierto de un modo atroz sin él. Sino para ser feliz. La felicidad de vegetar al sol, la tranquilidad, la estabilidad.

Carta de MELANIA PARKER a SARAH PARKER

LAS SEGUNDAS PARTES SÍ FUNCIONAN

Todos tenemos nuestras debilidades. Para algunos son los niños, para otros los viajes, para otros la literatura, para otros el arte. Yo tengo las cuatro debilidades anteriores y una más: mis tías abuelas. Las tías abuelas Parker, algunos de cuyos consejos e historias forman parte de esta obra, han sido mi inspiración desde que era una niña. Ellas son esas maravillosas, espléndidas ancianas de las que hablaba en los primeros capítulos de este libro. De Sudáfrica a Estados Unidos y de India a Canadá, las mujeres Parker siempre han tenido para mí una casa abierta, una conversación interesante y un consejo, generalmente no solicitado, pero impagable. A ellas debo ese sentido de tribu que ha hecho fuertes a los Parker a lo largo de generaciones. A ellas también les debo mi firmeza, esa sensación de que pase lo que pase, en lo bueno y en lo malo, yo dirijo mi propio barco.

«De niños pensábamos que nunca creceríamos. Creíamos que éramos eternos, brillantes y perfectos», escribió en su diario la tía abuela Melania poco después de alcanzar la venerable edad de trece años. Desde luego, ella no fue eterna —murió hace apenas tres años—, pero al menos para mí y para el resto de la familia, fue siempre brillante y perfecta. Audaz, inteligente y sofisticada, tía abuela Melania aseguraba que todos sus admiradores habían muerto con su nombre en los labios. En su juventud montaba a caballo sin silla, fumaba en público y se pintaba los labios de rojo profundo. Aunque estuvo profundamente enamorada del hombre con el que se casó, tuvo más de una dificultad para mantener su matrimonio a flote.

Pero, por supuesto, no lo reconoció nunca ante nadie.

«La querida Melania fue y volvió varias veces en el mismo periodo de tiempo en que los demás sólo íbamos», me contó una noche tía abuela Sarah mientras se servía la tercera copa de licor de grosellas bajo el viejo roble del jardín de su casa de Conecticut. El marido de la tía Melania era un hombre encantador, pero también era un jugador. «Vivían unos seis meses separados cada lustro, aunque bajo el mismo techo, por supuesto. Él siempre lograba convencerla de que todo había sido un error y que debían intentarlo de nuevo. Y ella accedía, siempre accedía».

—¿Hubo otras mujeres? —le pregunté esa tarde a tía abuela Sarah.

—Querida, cómo se nota que no conociste a Melania de joven. Con ella en una habitación el resto de las mujeres no existían. No, no había otras mujeres, pero había caballos. Y entre un caballo y tu tía, es terrible decirlo, él escogía siempre el caballo.

Las separaciones quinquenales de la tía Melania cesaron un buen día cuando tras 20 años de matrimonio se enamoró de su profesor de pintura y decidió abandonar a su marido. «Él le suplicó que no le dejase. Le juró que dejaría el juego, le juró que haría lo que ella



quisiese. Y, una vez más, la convenció», me explicó tía Sarah.

Aunque nadie en la familia creía en las promesas de reforma de aquel desastre encantador, a partir de ese día el matrimonio de Melania cambió para siempre y la familia dejó de recibir las noticias periódicas de sus separaciones. «Él no volvió a jugar. Sufrió tanto con la posibilidad de perderla que eligió para siempre entre sus dos pasiones. Como solía decir nuestro padre, ese día, definitivamente, Melania Parker ganó el derby».

La victoria de tía Melania sobre el mundo equino es la prueba palpable de que las segundas partes sentimentales pueden ser un éxito. Como a cualquier otra mujer en su situación, mi tía abuela tuvo que soportar voces de todo tipo que la advirtieron de que las segundas partes nunca son buenas y de que las personas jamás cambian. Las mismas voces que usted habrá escuchado más de una vez o que tendrá que escuchar cuando tome la decisión de regresar con el hombre que la abandonó y decida comunicar la noticia a su familia y a sus amigos.

Son consejos bienintencionados, guiados por el temor a que alguien vuelva a hacerle daño, pero son sólo eso —consejos— y debe tener presente que es usted muy libre de aceptarlos o ignorarlos.

Finalmente la persona que va a vivir o a desterrar definitivamente de su vida esa historia de amor es usted. Usted es la que se arriesga; usted es la que puede fracasar; usted, la que puede ganar.

No deje que otros tomen decisiones en su nombre. Al fin y al cabo nadie apostaba por la victoria ecuestre de Melania Parker.

Nadie, excepto ella misma, por supuesto.

LECCIONES QUE SE APRENDEN Y LECCIONES QUE SE OLVIDAN

Lo malo y lo bueno de haber sobrevivido a una ruptura sentimental y haber logrado recomponer de nuevo la relación es que se aprenden por el camino muchas cosas y se olvidan, en ese mismo camino, muchas otras. La reflexión que acompaña al proceso de ruptura y recuperación es un magnífico campo de cultivo para averiguar no sólo cuál fue la aportación del hombre que se fue a la ruptura, sino cuál fue la de usted. Pero, al mismo tiempo, la euforia que sucede a la recuperación se convierte en un terreno perfecto para enterrar esos descubrimientos.

A lo largo de mis viajes y mis conversaciones con mujeres abandonadas de toda talla y condición he llegado a la conclusión de que la coincidencia entre esas enseñanzas y esos olvidos es asombrosa. Casi todas las mujeres afirman haber aprendido lo mismo y casi todas coinciden también al definir lo que han olvidado después.

Como me dijo una vez una de mis amigas, la primera lección que se aprende tras la ruptura es que el exceso de dependencia no sólo mata el amor, sino que destroza la autoestima y dificulta extraordinariamente la recuperación. Una de las grandes premisas que abren el camino a la recuperación tras una ruptura sentimental es la conciencia de que una debe volver a ser la persona que era antes de que esa relación y sus dificultades acaparasen toda su atención. «Tengo que tener más vida propia, mantener mis amigos, cultivar mis propios proyectos y dejar de vivir sólo pendiente de él», se dicen a menudo las mujeres en esa situación, conscientes de que la dependencia exagerada arruina sus personalidades y vuelve anodinas sus vidas.

En esa suerte de ranking de enseñanzas, al exceso de dependencia sigue el exceso de discusiones. Cuando las mujeres abandonadas salen de esa espiral de dolor que supone una



relación abocada a la ruptura suelen descubrir con asombro que aquello que consideraban normal era, en realidad, un verdadero infierno. Descubren que las discusiones terminaron convirtiéndose en la norma y no en la excepción en la relación con el hombre que se fue; y descubren también que muchas veces esas discusiones fueron fruto de la frustración y la decepción que la relación les producía. «A veces discutir era para mí la única forma de arrancarle una reacción, de hacer que hablase de sus sentimientos», me dijo una de las mujeres que entrevisté.

El abuso del dramatismo y los celos injustificados también forman parte del libro de enseñanzas de las rupturas. Algunas veces hacen falta varios meses de separación para que la mujer abandonada caiga en la cuenta de lo humillante que resulta vivir una relación en la que se sospecha, se acosa, se interroga y se registra una y otra vez en busca de indicios de traición. También es entonces cuando se advierte que el amor dramático resulta bastante menos eficaz para mantener a flote la relación que un poco de ligereza (al menos, en las formas) y muchas dosis de humor. «Un día un amigo me dijo que las cosas iban mal porque yo era demasiado intensa. Entonces caí en la cuenta de que enfocaba mi vida como una especie de Emma Bovary y, bueno, ya sabe usted lo qué ocurrió con ella», me dijo otra de las mujeres con las que hablé durante el tiempo en que preparé el libro.

Hasta aquí, las lecciones que se aprenden. Pero, ¿y qué decir de las lecciones que se olvidan?

Las lecciones que olvidan las mujeres abandonadas pueden resumirse en una sola: la necesidad de mantener un equilibrio entre la individualidad y la comunidad, entre la vida personal y la vida en común con el hombre con el que mantienen una relación.

Parece una lección sencilla, pero no lo es en absoluto. Durante los primeros meses tras la reconciliación es fácil de recordar; cuando ha transcurrido ya un año muy pocas mujeres consiguen formularla sin titubear. Mantener la individualidad no significa desconfiar, no entregarse o mantenerse alerta; mantener la individualidad no es ni más ni menos que preservar aquello que hace a cada persona diferente y única, aquello por lo que el hombre con el que está se sintió atraído hacia usted, aquello por lo que sus amigos, sus compañeros de trabajo y su familia la aprecian y la quieren.

Perder todo eso es como reconocer que nada de lo que usted es, tiene el más mínimo valor. Preservarlo no es sólo una cuestión de autoestima, es sobre todo una cuestión de supervivencia.

*Cuide todo aquello que la hace ser la persona que es.
Si usted misma no lo hace, ¿cree que alguien lo hará?*

SEIS ERRORES GARRAFALES

Las viejas costumbres son difíciles de abandonar. Con el mismo entusiasmo que sienten los párvulos cuando estrenan un cuaderno en blanco, las mujeres que dan una segunda oportunidad a sus parejas empiezan su aventura cargadas de buenos propósitos. Tienen muy fresco en su memoria los errores que llevaron su primer intento al desastre; saben qué hicieron mal y qué hicieron peor; saben también en qué falló él y saben en qué medida las circunstancias contribuyeron al fracaso. Lo saben y están dispuestas a no olvidarlo. Pero, como explicamos en el capítulo anterior, casi siempre terminan olvidándolo.

Comienzan así a aparecer en escena seis errores clásicos en los que la mayoría de esas mujeres terminan cayendo tarde o temprano. Son seis errores graves y nefastos. Seis errores, sin embargo, que sin son identificados a tiempo pueden prevenirse y eliminarse



convenientemente.

1. Entusiasmarse antes de tiempo

El entusiasmo «es la fuerza que ha realizado todos los milagros a lo largo de los tiempos», decía Amos Bronson Alcott en sus *Adagios Órficos*. Seguramente tenía razón, pero la pureza de principios que predicaban los trascendentalistas no es un buen equipaje para una mujer inmersa en la reconstrucción de una relación que fracasó. De la lista de errores posibles que se pueden cometer en esas circunstancias, dejarse llevar por el entusiasmo antes de tiempo es el primero y el más grave, porque de él suelen derivarse todos los demás.

Aunque la mujer que vuelve con el hombre que se fue se rodee al principio de una armadura de precaución, a los pocos meses (o incluso, a las pocas semanas) muy pocas la conservan intacta. Adelantar acontecimientos, fantasear con la felicidad presente y futura, hacer más y más planes... todos ellos son síntomas de haber caído en los brazos de un entusiasmo sin medida. ¿Cómo evitar que suceda? La respuesta es la de siempre: con mucha y muy férrea autodisciplina.

Mantener la mente a raya, esa virtud clásica de las chicas Parker.

2. Aislarse del mundo

La más inmediata de las consecuencias nefastas del entusiasmo prematuro es la tendencia a aislarse de amigos y conocidos. Una vez más, al principio muchas de las mujeres que vuelven con los hombres que las abandonaron se cuidan mucho de reservar un par de días a la semana para verse con sus amigas. Poco a poco, a medida que pasan las semanas y la ilusión aumenta, ese propósito comienza a convertirse en un deber y muy pronto es ya una pesada carga.

En esos momentos comienza a funcionar la máquina de excusas: de la cena con copas se pasa a la cena sin copas; de ésta al café, del café a la comida y, finalmente, la norma es una escueta y rápida cita mensual. Sí, es difícil resistirse a la tentación de convertir la vuelta con el hombre que se fue en un refugio exclusivo, pero recuerde que también fue duro el descubrir, cuando él la abandonó por primera vez, que muchas de sus amigas ya no estaban junto a usted cuando más las necesitó.

Tenga presente en su memoria cuánto le costó volver a cultivar esas amistades y obtendrá la fuerza necesaria para dedicar a sus amigos el tiempo que merecen.

3. Abandonar las aficiones

Antes las mañanas de los sábados se dedicaban a ir de compras, a jugar al tenis con los amigos, a pasear o a buscar libros en librerías antiguas. Se salía a probar nuevos restaurantes, se emprendían viajes, se practicaba golf, se hacía yoga. Ahora el tiempo vuela y todo se hace en pareja, incluidas esas aficiones masculinas que él, al contrario que usted, no ha querido abandonar.

Claro que de vez en cuando todavía dedica tiempo a sus inquietudes, pero ese tiempo siempre coincide con las ausencias de él, con sus cenas de trabajo, con sus citas para ver partidos de fútbol. Y así, poco a poco y casi sin darse cuenta, sus aficiones terminan encerradas bajo llave en el baúl de los recuerdos.

Y lo que es peor, su conversación y su amplitud de miras se constriñen con ellas.

4. Plegarse siempre a los planes de él

¿Cuándo fue la última vez que insistió para que él la acompañase a hacer algo y



abandonase, a cambio, sus propio planes? ¿No lo recuerda? Tal vez sea porque no ha sido una conducta habitual. El fin de semana pensaba usted aprovechar el tiempo para hacer una limpieza a fondo y ordenar los armarios, pero él tenía que llevar el coche al taller y hacer una serie de gestiones. La habían invitado a casa de una amiga que hacía mucho que no veía, pero él tenía entradas esa noche para ver un concierto de su grupo preferido. Pensaba irse de compras con su hermana, pero él necesitaba urgentemente un traje nuevo y sin usted es incapaz de comprar nada.

Las situaciones son variadas, la conclusión es universal: la mujer enamorada termina anteponiendo los intereses del hombre a los suyos propios.

Le cuesta admitirlo, se lo niega a sí misma, pero es así.

5. Estar demasiado pendiente de la relación

«¿Eres feliz?» «¿Estás bien?» «¿Algo va mal?» «¿En qué estás pensando?» «¿Con quién vas a quedar?» Seguramente le suenan algunas de estas preguntas y seguramente sabe, antes de que yo se lo diga, que no debe hacerlas. Son preguntas que están bien en la adolescencia; incluso en la primera juventud, pero a partir de los 30 años deben ser desterradas por completo del vocabulario.

En realidad, la mejor forma de darse cuenta de lo irritantes y absurdas que resultan estas cuestiones es haber tenido una relación con una persona que en algún momento nos sometió a ellas. Aparte de demostrar una profunda e inquietante inseguridad, acorralar al otro con interrogantes de ese tipo debilita la relación y produce hastío y rechazo.

Al hacerlas, además, se pone de manifiesto que una no se siente digna de suscitar el amor del hombre con el que está. En realidad, aquello que decían nuestras abuelas sobre la conveniencia de mantener el misterio en el amor tiene aquí mucho de verdad. No en el sentido de convertir la relación en un campo de maniobras y artificialidades, sino en el de mantener vivo en el corazón del otro la sensación de que el amor que recibe es un bien valioso que debe disfrutar, pero que también ha de merecer y mantener.

Es por ello que despreocuparse un poco de la relación, dejar de obsesionarse con la idea de si el hombre que se fue siente o no siente lo que nosotras quisiéramos que sintiese, es una de las claves para hacer de la vuelta un éxito.

6. Convertir el regreso en una cuestión de vida o muerte

El que se empeña fracasa, decía, ya lo hemos visto, Lao Tse. Examinadlo todo y quedaos con lo bueno, aconseja San Pablo. Las chicas Parker asimilan y aplican todo lo que reciben, todo lo que las enriquece, todo lo que amplía y profundiza sus puntos de vista, pero no insisten en su empresa hasta más allá de lo razonable.

Hacer del éxito en la vuelta el objetivo último de la vida supone aplicar un nivel de presión a la experiencia que no pocas veces acaba con ella. Regresar y hacer de ese regreso una relación estable y feliz es una cima importante que requiere esfuerzo, respeto, paciencia y amor. Pero jurarse a una misma que si ese objetivo no se alcanza la vida dejará de tener sentido no es más que volver a repetir, uno a uno, todos los errores del pasado.

Mire al frente, pues. Disfrute, relájese y todo irá bien.

Y si no es así deberá usted armarse de valor y seguir adelante.

*Hasta quedarse con lo verdadero,
lo bueno y lo valioso.*



EL GRAN SECRETO PARKER

Los fines de semana, especialmente cuando llega la primavera y se pueden tener las puertas del salón abiertas al jardín de par en par, preparo decenas de cócteles para los invitados que llenan de vez en cuando la vieja casa familiar de los Parker. Mi soltura con la coctelera tiene una explicación. En la Navidad de 1998 conocí a un anciano barman cubano en un viejo hotel de Hungría que aún recordaba los tiempos en que su antigua patria ejercía de Riviera del Caribe. Se llamaba Mario y fue él quien me enseñó a mezclar las bebidas con el mismo cuidado con el que un pintor mezcla el óleo. A él le debo, por ejemplo, el haberme transmitido la verdadera sabiduría que subyace a un buen daiquirí.

La noche de fin de año Mario me contó la historia del amor de su vida. Me explicó que cuando era joven y vivía en la isla se enamoró y se casó con una mujer en La Habana. Al principio fue muy feliz, pero al poco tiempo de iniciar la convivencia se dio cuenta de que había cometido un error. Un error confirmado diariamente por decenas de gritos, discusiones, lágrimas y portazos. «Nuestra vida era un infierno. Yo pasaba más tiempo en el bar que con mi mujer, aunque seguía enamorado de ella, ambos estábamos enamorados».

A lo largo de las décadas siguientes, Mario y su mujer intentaron reconciliarse una y otra vez. Año tras año se reunieron y se separaron. Pero no fue sino hasta la primavera de 1975 cuando consiguieron perdonarse por fin y definitivamente. «A partir de entonces pasé los años más felices de mi vida —me explicó aquella noche con lágrimas en los ojos— pero ella se fue muy pronto. Todavía me atormenta la pena por haber averiguado el secreto demasiado tarde. Si lo hubiésemos sabido antes cuánta felicidad no hubiésemos derrochado como lo hicimos.»

—¿El secreto? —le interrogué extrañada mientras trataba de emularle mezclando una parte de ginebra con tres de vermouth y añadiéndole unas hojas de eneldo—. ¿A qué clase de secreto se refiere?

Y entonces, inclinándose hacia mí a través de la barra, me lo dijo.

—El secreto de una reconciliación, señorita, el secreto del amor eterno, el secreto de aprender a no mirar nunca atrás excepto para recordarse a uno mismo (sobre todo en las épocas difíciles) las razones por las que una vez nos enamoramos de la persona con la que vivimos.

—¿Así de sencillo? —le respondí, un poco decepcionada.

—¿Así de sencillo? —me contestó sonriendo—. Así de complicado, señorita. Es usted muy joven o ya sabría lo duro que es. Es lo más difícil del mundo, se lo aseguro. Pero en los momentos duros es lo único que funciona.

Tal vez Mario tuviese razón, o tal vez exista alguna otra fórmula. Pero, en cualquier caso y sea cual sea esa fórmula personal que cada uno decida emplear, hay una cosa cierta: no se puede coronar una reconciliación si el camino a esa meta no parte del perdón. Aparentemente resulta sencillo, es un principio manido, se trata de una vieja fórmula; todos la conocemos. La aprendimos de nuestros padres; la enseñamos a nuestros hijos. Pero no se engañe: se trata de una sencillez aparente. Porque aunque el perdón es lo único que funciona, como decía el viejo Mario, lo cierto es que resulta endiabladamente difícil de lograr.

Ahora que estamos llegando a las páginas finales de este manual quizá sea el momento de aparcar los paños calientes y romanticismos que todavía perviven en su mente y enfrentar de una vez por todas una realidad: su relación, su matrimonio, su noviazgo, no funcionará jamás si no consigue usted perdonar a su pareja y si su pareja no consigue, al mismo tiempo, perdonar lo que considere que debe perdonar en usted. Y créame al decirle que cuando en el



método Parker hablamos de perdonar no hablamos de algo cómodo y desdibujado. No hablamos de esas medias tintas del perdón que todos conocemos y que se resumen en ese principio de «perdono, pero no olvido».

Cuando hablamos de perdonar en el método Parker hablamos del verdadero perdón. Hablamos del perdón profundo, de ese perdón que borra y que cura. Hablamos de ese tipo de perdón que no admite cataplasmas, que no acepta componendas; que es duro y que es difícil. Hablamos de un perdón generoso, regenerador, profundo y constructivo. Hablamos del perdón que borra el pasado y que es capaz de enfrentar el futuro con las manos, la mente y el corazón limpios.

¿Está preparada para conceder un perdón de ese tipo?

¿Lo está también el hombre que se fue y que ahora se encuentra de nuevo junto a usted?

Medítelo, medítelo con calma; medítelo junto a él y medítelo en soledad.

*Y recuerde que aunque sea muy difícil,
es lo único que funciona de verdad.*

UNA RECETA MILAGROSA LLAMADA RUPTURA

Aunque a primera vista parezca un resorte infantil, hay personas que necesitan ser abandonadas o perder aquello que poseyeron para apreciar realmente el valor de lo que fue suyo. Como en el caso del perdón, éste es un viejo mecanismo que muchos conocemos. Pero a diferencia del perdón —que nunca y por mucho que se practique está exento de dificultad— hay personas que cuando se hacen adultas aprenden a amar lo que tienen sin necesidad de perderlo antes.

No todas, sin embargo, son tan afortunadas.

Cuando comencé a escribir este libro fui perfectamente consciente de que una buena parte de las lectoras a las que iba dirigido formarían parte de ese grupo de personas que precisan de un tirón de orejas para valorar a los hombres a los que aman, a sí mismas y sus propias vidas. Sabía que muchas de mis lectoras seguramente terminarían descubriendo que en cierta medida también ellas colaboraron con un granito de arena a precipitar la ruptura sentimental que las trajo a estas páginas. Imaginaba que el método Parker no sólo sería leído y practicado por mujeres abandonadas que habían estado enamoradas hasta lo tuétanos, sino también por aquellas tan adormecidas en sus relaciones personales que únicamente el sonido de la puerta al cerrarse tras el hombre de sus vidas había conseguido hacerlas despertar.

Conocí por primera vez a una de esas mujeres el último de los veranos de mi infancia en St. Yves. A mis ocho años estaba al cuidado de una niñera irlandesa y pasaba gran parte del día jugando con ella en los rincones del enorme y salvaje jardín de mi abuela materna y en la playa que se abría tras sus muros. Aquella nanny era una chica de apenas veinte años que desde mi perspectiva infantil encarnaba la belleza más absoluta. Las dos pasábamos tardes enteras recogiendo conchas y adornándonos el pelo con ellas, el suyo mucho más largo que el mío, tanto que evocaba el de las heroínas de los cuentos de hadas que aparecían en las viejas ilustraciones de Rackham y Lefler. Como Rapunzel, por ejemplo.

Nanny Rapunzel tenía dos novios en el pueblo, un peculiar arreglo que tanto mi abuela como ellos ignoraban. Ante mi pregunta de a cuál de los dos prefería, ella se reía y siempre contestaba lo mismo: «no lo sé, cariño, supongo que a los dos». Y así parecía ser, hasta el día en que los galanes descubrieron aquel juego y la abandonaron al mismo tiempo. Ni siquiera la severa reprimenda de mi abuela o lo comprometido de la situación (los dos se presentaron a un tiempo en la puerta de casa) logró arrancar de sus ojos una sola lágrima. Pero a las dos



semanas de aquel incidente, la sorprendí una noche derrumbada sobre su cama llorando con una desesperación tal que llegué a pensar que iba a romperse ante mis ojos.

Alarmada, avisé a mi abuela, que fue la encargada de consolarla y hacerle confesar el motivo de sus lágrimas. No lloraba de vergüenza o de arrepentimiento, explicó. No lloraba por haber sido sorprendida en aquel doble engaño y tampoco lo hacía por haber faltado a la confianza de mi abuela. Lloraba únicamente porque había descubierto que estaba enamorada de uno de aquellos hombres que la habían abandonado. Lo había descubierto tarde; lo había descubierto demasiado tarde y por eso se sentía tan desgraciada.

Afortunadamente, la juventud del interesado y las buenas artes diplomáticas de mi abuela recompusieron la situación y en poco tiempo nuestra niñera volvió a sonreír de nuevo. Eso sí, esta vez de un modo distinto y con una felicidad mucho más profunda y verdadera.

Tres años después de aquel verano recibí una carta suya en la que me contaba que acababa de casarse y que era inmensamente feliz. «Cuando seas mayor, Penelope, tal vez descubras que a veces hay que perder al hombre al que quieres para darte cuenta de que sólo a su lado puedes ser feliz», me advertía en la carta.

Y, desde luego, años después y como muchas otras mujeres, lo descubrí.

El tipo de mujer que encarnaba mi niñera en aquella época constituye un grupo especialmente dotado para alcanzar la felicidad con el método Parker. Todas ellas son mujeres que retoman una relación que fracasó en su día porque no supieron o no pudieron valorar y cuidar el amor que tenían. Ese modelo de chica Parker se hace muy consciente de cuáles fueron las razones del fracaso y por eso reinicia su relación sentimental con ilusión y con grandes dosis de energía. Es una experiencia condenada, por así decirlo, al éxito. Y funciona, desde luego que funciona. Este libro contiene varios testimonios que demuestran hasta qué punto funciona.

Pese a ello, no es el único modelo de vuelta con el hombre que se fue que triunfa. Si usted ha llegado hasta estas últimas páginas sabrá mejor que nadie que cada chica Parker tiene su propia historia. En ocasiones son historias de inconsciencia; en otras son historias de incomprensión, de incompatibilidades e incluso de incomunicación. Y otras veces, también lo hemos advertido en esta obra, son historias destinadas una y otra vez al fracaso y que, por lo mismo, no merecen el esfuerzo y el precio que hay que pagar por reconstruirlas.

Todas esas historias y, con ellas, todas las chicas Parker que las protagonizan tienen algo en común: el coraje que caracteriza a las personas que no se dejan vencer por los fracasos. La gran moraleja de este libro, si es que puede sacarse alguna, es que las chicas Parker saben que la vida es una larga sucesión de contrariedades y de oportunidades. Pero saben, además, que mientras con las primeras no se puede hacer más que tratar de atravesarlas con valentía, a las segundas hay que agarrarlas por el cuello con la misma firmeza con la que Nils Holgersson se aferraba a su ganso.

Esa fuerza es el mejor tesoro de toda chica Parker. Es, por así decirlo, su sello de identidad. Es la razón que explica por qué las chicas que han seguido el método Parker dominan un arte que el resto de las mujeres ignoran: lograr que los hombres, sean como sean, hagan lo que hagan y estén donde estén, siempre vuelvan.

«El destino mueve los hilos, pero nosotros jugamos los naipes», decía William Shakespeare.

Una chica Parker, apuesto a que ya lo sabe, tiene siempre las mejores cartas.

Y, desde luego, jamás olvida guardarse un as en la manga.



EPÍLOGO

Benito Parker ronronea en mi cabeza mientras escribo las últimas páginas de este libro. Como todos los Parker, también Benito militaba en el universo de las listas. En su caso, los listados giraban alrededor del horario matutino de los miembros de la familia, a los cuales pedía diaria y separadamente su desayuno en un brillante plan destinado a multiplicar la comida hasta el infinito.

Un plan perfecto que sólo fue desbaratado tras varios años de buen funcionamiento.

Aunque hace mucho que nos dejó, el gato de los Parker sigue con nosotros y ha estado presente desde el principio al fin de esta obra. Está escondido entre las historias de tía abuela Sarah, agazapado bajo las anécdotas de la tía abuela Melania, subido a cada armario, pegado a cada pierna, querido y mimado en todos los rincones de todas las casas Parker.

Está presente del mismo modo en que lo están todos los miembros de la familia que no han sido retratados en estas páginas, pero que forman parte del extraño universo en el que se ha forjado este pequeño manual y sin el cual no habría sido posible.

Es por esta razón por la que no quiero terminar estas líneas sin agradecer a todos los Parker —especialmente a los que son, pero también a los que fueron; antes de nada a los que están, pero sin olvidar a los que hace tiempo que nos dejaron— sus inigualables genes, su apoyo y su influencia.

Gracias también a todas las mujeres que han dado su permiso para ser retratadas en este libro. Gracias a M. por su ayuda constante. Gracias a quienes habéis escuchado, a quienes habéis leído y a quienes habéis esperado.

Y gracias, por supuesto, a todos los hombres: a los que volvieron, a los que nunca se han ido y a los que jamás regresaron.

Nueva York, 9 de julio de 2006

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

PENELOPE PARKER

Penelope Parker es una mujer joven, cosmopolita y sofisticada, que bebe martini con eneldo, adora las antigüedades holandesas, jamás viaja en transporte público y cuenta con un plantel de extravagantes tías abuelas repartidas por el mundo, de las cuales recibe inspiración y consejos. Educada entre la India, Inglaterra, Estados Unidos y Canadá, Penelope Parker no vacila jamás: siempre sabe lo que hay que hacer y cómo hay que comportarse; siempre sabe lo que hay que decir y lo que es aconsejable callar.

Detrás de esta pseudo-autora se esconde un gran misterio, pues no hemos podido certificar si estos datos son ciertos ni encontrar ninguna foto de ella.

LOS HOMBRES (A VECES, POR DESGRACIA) SIEMPRE VUELVEN

¿Has perdido al hombre que amas?

¿Estás locamente enamorada de él?

¿Eres incapaz de olvidarlo?

¿Estás decidida a luchar hasta recuperarlo?

Si has respondido que sí a cualquiera de las preguntas anteriores, éste es el libro que necesitas. En estas páginas no se te dirá cómo superar la ruptura, ni leerás los típicos consejos para olvidarlo, tampoco se te explicará cómo enamorarte de nuevo. Penelope Parker sabe lo que quieres: que tu hombre regrese.

Los hombres (a veces, por desgracia) siempre vuelven es un libro diferente, un libro que te convertirá en una mujer capaz de hacer que los hombres –sean como sean, hagan lo que hagan y estén donde estén– siempre vuelvan. Tras leer estas páginas te convertirás en una chica Parker y te sorprenderás al comprender que en ti habita el poder necesario para hacer que tu hombre vuelva. Sólo necesitas utilizar el método Parker.

¡Descubre los secretos de este método y trae a tu hombre de regreso cuanto antes!

* * *

PENELOPE
PARKER

LOS HOMBRES (A VECES, POR
DESGRACIA) SIEMPRE VUELVEN



© Penelope Parker
Guillermo Schavelzon & Asoc, Agencia Literaria

© 2007, Random House Mondadori, S A
Primera edición enero, 2009
ISBN 978-84-8346-839-5
Deposito legal B 47179 2008
Fotocomposicion Lozano Faisano, S L (L'Hospitalet)
Printed in Spain - Impreso en España